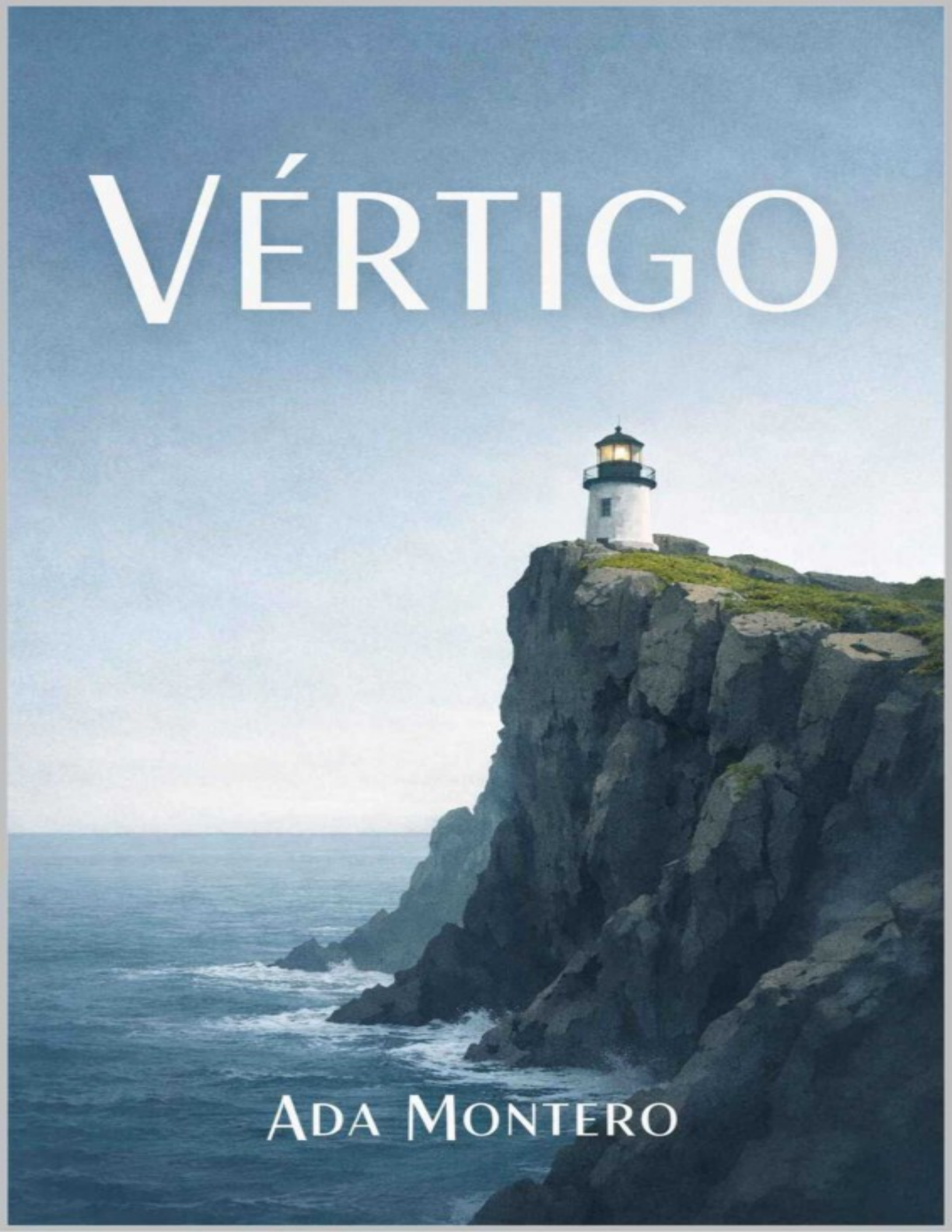
VÉRTIGO



ADA MONTERO

Ada Montero

Vértigo

A veces lo que más miedo da es lo que te sostiene

© 2026 Ada Montero

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación del autor o se usan de forma ficticia.

Publicado de forma independiente.

Queda prohibida la reproducción total o parcial sin autorización escrita del autor.

1

El autobús huele a ambientador de pino y a algo que no quiero identificar.

Llevo tres horas con la frente pegada a la ventanilla, viendo cómo Galicia se deshace en Asturias y Asturias se vuelve cada vez más verde, más empinada, más lejos de cualquier cosa que conozca. El móvil vibra en el bolsillo. Paula. Tercera llamada en una hora. No la cojo.

El conductor anuncia Villaviciosa y yo bajo con una mochila que pesa demasiado y una maleta con la rueda rota. Desde aquí tendría que haber un autobús más pequeño hasta

Tazones, pero la marquesina está vacía y el horario pegado al cristal tiene manchas de humedad que lo hacen ilegible.

Espero cuarenta minutos.

Cuando por fin llega, es una furgoneta con asientos que huele a gasoil y a hierba cortada. El conductor me mira por el retrovisor.

—¿Tazones?

—Sí.

—¿De vacaciones?

—De trabajo.

No pregunta más. Me gusta.

Tazones aparece al final de una curva cerrada, como si el mundo se abriera de golpe. Casas bajas de colores pastel pegadas al puerto. Barcos pequeños en el agua quieta. Olor a

sal y a algo verde, vivo, que no sé nombrar. Es bonito de una forma que no esperaba. Bonito de verdad, no de postal.

Y entonces miro arriba.

El acantilado sube como una pared. Verde, gris, enorme. Y en lo alto, el faro. Blanco contra el cielo gris. Diminuto desde aquí. Altísimo desde cualquier sitio.

Se me cierra la garganta.

Respiro. Una vez. Dos. Tres. Bajo la mirada al suelo. A mis zapatillas. A la maleta con la rueda rota. Cosas que están al nivel del suelo. Cosas que no se caen.

Consuelo me espera en una casa azul con las contraventanas blancas. Es pequeña, morena, con el pelo recogido en un moño que parece hecho hace tres días y una sonrisa que ocupa toda la cara.

—Tú eres la gallega.

—Abril. Sí.

—Pasa, pasa. ¿Has comido? Tengo caldo.

No he comido, pero digo que sí. Consuelo me enseña la casa igual: la cocina con la bombona de butano, el baño con la

cortina de flores, la habitación con la cama que cruje, la ventana que da al acantilado.

Al faro.

Ahí está otra vez. Blanco. Lejano. Altísimo.

Cierro la cortina.

—Esa ventana tiene la mejor vista del pueblo —dice Consuelo desde la puerta.

—Ya. Es que me deslumbra.

No me deslumbra. Me da pánico. Pero Consuelo no tiene por qué saberlo. Nadie tiene por qué saberlo, excepto Paula y la psicóloga que dejé de ver en febrero porque no me podía permitir cuarenta euros a la semana.

Consuelo se va con la promesa de traerme caldo mañana. Me quedo sola. Abro la maleta. Saco lo primero: el cuaderno de dibujo, los carboncillos, el sacapuntas. Lo segundo: ropa para dos meses. Lo tercero: las pastillas de lorazepam que me recetó la doctora y que solo tomo cuando el cuerpo decide que no quiere funcionar.

Me siento en la cama. Cruje.

Saco el cuaderno. Miro por la ventana de la cocina, la que da al puerto, la que está a nivel del suelo. Dibujo lo que veo: las

barcas, las casas de colores, el agua gris verdosa, una gaviota gorda posada en un noray.

Dibujo rápido. Los trazos salen solos. Carboncillo contra papel, ese ruido que me ordena la cabeza cuando nada más funciona.

Mi tutora quiere treinta ilustraciones del faro y los acantilados de Tazones. Es mi proyecto de fin de grado. Mi última oportunidad de acabar la carrera después de dos años

arrastrándome por las asignaturas como si el plan de estudios fuera una cuesta empinada. Que lo es.

Treinta ilustraciones. Desde arriba.

Y yo no puedo subir.

Termino el dibujo del puerto. Es bueno. Detallado, vivo, con esa textura granulada que da el carboncillo sobre el papel grueso. Pero es desde abajo. Todo lo que dibujo es desde abajo.

Miro el teléfono. Cuatro llamadas de Paula. Un mensaje: "Dime que has llegado viva o llamo a la Guardia Civil."

Le escribo: "Viva. El pueblo es bonito. El faro está muy alto."

Responde en tres segundos: "Ya lo sabías. Para eso te dieron la beca."

Para eso me dieron la beca. Para dibujar algo que me aterra.

Me tumbo en la cama. Cruje. Miro el techo. Hay una mancha de humedad que parece un pájaro. O un avión. O una persona cayendo.

Cierro los ojos.

Mañana subo. Mañana lo intento. Mañana.

2

El despertador suena a las cuatro y media y el mundo todavía no existe.

Me visto a oscuras. Pantalón de agua, jersey de lana, botas. Los mismos gestos de siempre, en el mismo orden. Hay algo en la repetición que me mantiene a flote. Coger las llaves, cerrar la puerta, bajar al puerto. El frío de la mañana en la cara. El olor del mar antes del amanecer, que es distinto al del mediodía: más limpio, más crudo, como si el agua todavía no se hubiera puesto la máscara del día.

La Galerna está donde siempre. Tercer amarre, cuerda doble al noray. El barco del abuelo Celso. Ahora mío, aunque él diría que los barcos no son de nadie, que son del mar y nosotros solo los pedimos prestados. El abuelo decía muchas cosas así. Algunas las entiendo ahora. Otras no las voy a entender nunca.

Salgo del puerto cuando el cielo empieza a aclararse por el este. El motor de La Galerna es viejo y suena como un abuelo tosiendo, pero funciona. Siempre funciona. Pongo rumbo a la

zona de siempre, cerca de la rasa costera, donde las lubinas se acercan al amanecer.

Pesco durante dos horas. Lubina, verdel, un congrio que devuelvo porque es demasiado pequeño. El mar está tranquilo hoy. Cristal gris. Ni una ola que merezca ese nombre.

Hay días en los que me gusta el silencio del mar. Días en los que es lo único que necesito. Y hay días en los que el silencio se parece demasiado a otra cosa. A la ausencia. Al hueco que deja alguien cuando ya no está.

Hoy es de los segundos.

Vuelvo al puerto a las ocho. Amarro. Subo las cajas al muelle. Tomé ya está abriendo El Faro, que es el único bar del pueblo y también la tienda, la oficina de correos no oficial y el centro de reuniones de todo Tazones.

—Buena pesca —dice Tomé mirando las cajas.

—Normal.

—Normal para ti es buena para cualquiera. ¿Café?

Café. Siempre café. Tomé lo hace cargado, casi negro, con un dedo de leche que parece puesto por accidente. Perfecto.

Me siento en la barra. El bar huele a madera vieja y a tortilla de esta mañana. Tomé pone las noticias en la tele, pero con el

volumen tan bajo que solo se ve a un señor moviendo la boca sin sonido.

—Oye —dice Tomé, secando un vaso que ya está seco—. ¿Has visto que hay luz en la casa de Consuelo? En la de al lado, la que alquila.

—He visto.

—Es una chica. De Galicia. Viene a dibujar, dice Consuelo.

—Vale.

—¿Vale? ¿Eso es todo?

—¿Qué quieres que diga?

Tomé sonríe con esa sonrisa suya que significa que está pensando algo que no debería pensar.

—Nada. Solo que este pueblo tiene doscientos habitantes y la mitad tiene más de sesenta. Una chica nueva es noticia.

—Para ti todo es noticia.

—Para mí todo es interesante. Hay una diferencia.

Termino el café. Dejo la taza en la barra. Pago, aunque Tomé nunca me cobra y yo siempre le dejo las monedas.

De vuelta a casa, paso por la casa de al lado. La de Consuelo, la que alquila a turistas en verano y a nadie el resto del año.

Lleva vacía desde septiembre. Ahora hay luz en la cocina. Una sombra que se mueve detrás de la cortina. Alguien pequeño.

No miro más.

Entro en mi casa. Dejo el pescado en la nevera. Me ducho con agua caliente hasta que el baño se llena de vapor. Me visto. Miro el calendario de la pared. Abril. El mes, no la chica. Aunque supongo que ella también se llama así. Consuelo me lo dijo anoche, pero no estaba escuchando del todo.

Tengo que llamar a mi padre. Llevo dos semanas sin llamarle. Él lleva un año en Gijón, en un piso pequeño encima de una ferretería, trabajando en la lonja. Se fue después de lo de Marcos. No porque lo de Marcos le afectara directamente, sino porque ya no podía mirarme sin ver lo que había pasado. O eso creo. Nunca me lo ha dicho con esas palabras. Mi padre no dice las cosas con palabras. Las dice con distancia.

No le llamo.

Por la noche, intento leer. Un libro sobre nudos marineros que me regaló el abuelo Celso y que he leído cuatro veces. Lo abro por una página cualquiera. As de guía. Ballestrinque. Gaza.

Los nombres de los nudos suenan como los nombres de los problemas: cosas que atas para que no se suelten.

Oigo un ruido en la casa de al lado. Luz encendida. Las tres de la mañana.

Me asomo a la ventana. No veo nada, solo la luz amarilla detrás de la cortina. Alguien que tampoco duerme.

Apago la mía. Me tumbo. Cierro los ojos.

El mar suena como siempre. Como si nada hubiera cambiado. Como si nadie se hubiera ahogado nunca en él.

3

Me levanto con la decisión hecha: hoy subo.

El café sabe a valentía barata y a leche de brick. Lo bebo de pie, mirando por la ventana de la cocina, la segura, la que da al puerto. Fuera llueve fino, esa lluvia que en Galicia llamamos orballo y que aquí probablemente tiene otro nombre pero moja igual.

Cojo el cuaderno, los carboncillos, una mochila pequeña. Zapatillas de deporte que no son de montaña pero son lo que tengo. Salgo.

El sendero empieza al final de la calle principal, después de la última casa. Un cartel de madera medio podrida dice: FARO DE TAZONES - 2,1 KM. Debajo, alguien ha escrito a bolígrafo: "Merece la pena." Trago saliva.

Empiezo a subir.

Los primeros doscientos metros son fáciles. El camino es ancho, la pendiente suave, los árboles a los lados tapan la vista del acantilado. Puedo hacer esto. Puedo hacer esto. Puedo hacer esto.

La primera curva.

El camino gira a la derecha y de repente no hay árboles. Solo cielo gris, hierba verde y abajo, muy abajo, el mar. Las rocas.

La espuma blanca contra la piedra negra. El vacío.

Me paro.

Las manos me tiemblan. El corazón me late en las sienes. Se me nubla la vista por los bordes, como si el mundo se estuviera cerrando. Conozco la secuencia: temblor, taquicardia, visión de túnel, náuseas, parálisis. La he vivido cien veces. En el puente de Ourense. En la azotea de la facultad. En el balcón del piso de Paula, un tercero que para mí podría ser un décimo.

Me agarro a un árbol. Corteza rugosa bajo los dedos. Respiro. Dentro. Fuera. Dentro. Fuera.

No puedo.

No es que no quiera. Es que el cuerpo dice que no. El cuerpo dice que ahí arriba hay muerte, que la gravedad es una promesa, que el suelo es lo único seguro. El cuerpo miente, pero miente muy bien.

Bajo. Rápido, torpe, resbalando en el barro. Cuando llego abajo estoy empapada de lluvia y de sudor frío. Me siento en una roca junto a la playa. Las manos todavía tiemblan. Saco el cuaderno.

Dibujo el acantilado desde abajo. La pared de roca, las capas de piedra, la hierba colgando del borde como pelo. El faro arriba, pequeño, inalcanzable. Lo dibujo como lo que es para mí: una cosa hermosa que está donde no puedo llegar.

El dibujo es bueno. Es siempre bueno cuando dibujo con miedo. Como si la adrenalina afinara los trazos. Pero mi

tutora no quiere dibujos desde abajo. Quiere la perspectiva del faro. El mar visto desde arriba. El vértigo convertido en arte.

Fácil de decir para alguien que da clase en un primer piso.

Vuelvo a casa. Me ducho. Me cambio. Marco el número de Paula.

—Dime que has subido —dice antes de que yo diga nada.

—He llegado a la primera curva.

Silencio.

—Eso es más de lo que subiste en el puente de Ourense.

—En el puente de Ourense no había curva, Paula. Había puente.

—Ya, bueno. ¿Y mañana?

—Mañana lo intento otra vez.

—Oye, ¿y no hay nadie que pueda acompañarte? Digo, alguien del pueblo que conozca el camino. A veces ir con alguien ayuda.

—Esto es un pueblo de doscientas personas donde la más joven tiene sesenta años.

—Pues pregunta a alguien de sesenta. Los viejos de pueblo suben acantilados como cabras.

Me río. Paula siempre me hace reír, incluso cuando llamo llorando, que ha sido más veces de las que me gusta admitir.

Cuelgo. Como un plátano y dos galletas. No tengo hambre,

pero sé que si no como el cuerpo decide que además de vértigo voy a tener un bajón de azúcar, y eso ya es combinar demasiadas cosas malas a la vez.

Por la tarde salgo a dibujar al puerto. Me siento en el espigón, lejos del borde, con las piernas cruzadas y el cuaderno en el regazo. Dibujo las barcas. El agua. Una red colgada de un poste. El detalle de los nudos me hipnotiza: son perfectos, repetitivos, cada uno igual y distinto al anterior.

Un hombre pasa con cajas de pescado. Alto. Pelo claro, revuelto por el viento. Manos grandes. No me mira. O sí, pero tan rápido que no cuenta.

Es el vecino. Lo he visto por la mañana desde la ventana, saliendo de la casa de al lado cuando todavía estaba oscuro. Pescador, supongo. Tiene pinta de pescador. Tiene pinta de alguien que no necesita a nadie, que el mar le basta.

No le hablo. Él tampoco.

Sigo dibujando. Las barcas, el agua, los nudos. Todo desde abajo. Todo seguro. Todo insuficiente.

El cuaderno tiene cien páginas. Llevo tres usadas. Las tres son desde el suelo.

Noventa y siete páginas por llenar. Dos meses por delante. Un faro que no puedo alcanzar.

Cierro el cuaderno. Vuelvo a casa. Cierro la cortina de la ventana que da al acantilado. Me meto en la cama.

Mañana. Mañana otra vez.

4

La veo antes de que ella me vea a mí.

Está sentada en las rocas del espigón, al final del puerto, con un cuaderno enorme abierto sobre las rodillas y un trozo de carboncillo en la mano. Lleva una chaqueta verde demasiado grande para ella y el pelo oscuro recogido en un moño que se le está deshaciendo. Tiene los hombros subidos hasta las orejas, como alguien que intenta hacerse pequeño.

Yo vuelvo de La Galerna con la captura del día. Tres cajas. Lubina y verdel. Un día normal.

Me acerco porque es el camino. No porque quiera hablar. No es que no quiera, es que yo no hablo con gente nueva. La gente nueva hace preguntas y las preguntas son puertas que no siempre quiero abrir.

Pero me paro.

Porque lo que está dibujando es el faro. Visto desde abajo, desde la playa, como una cosa lejana y brillante. Y hay algo en la forma en que lo ha dibujado que me detiene. No es un dibujo bonito. Es un dibujo verdadero. El faro parece

inalcanzable. Parece un lugar al que alguien querría llegar pero no puede.

—¿Es el faro? —digo.

Levanta la cabeza. Ojos grandes, color avellana, asustados durante medio segundo antes de controlarse. Tiene una mancha de carboncillo en la mejilla izquierda.

—Intento.

—¿Has subido?

No responde. Baja la mirada al cuaderno. Pasa una página, como si buscase algo. No busca nada. Solo no quiere contestar.

Entiendo.

Llevo dos años viviendo en un pueblo de doscientas personas. He aprendido a leer lo que la gente no dice. Consuelo cuando no habla de su marido. Elvira cuando no habla de su hija en

Madrid. Tomé cuando no habla de la chica de Gijón que le dejó. Las ausencias hablan más alto que las palabras.

Esta chica no ha subido. Y no es porque no le apetezca.

—Conozco un camino —digo—. Más largo. Por el bosque. Es menos vertical. Los árboles tapan la vista del acantilado casi todo el rato.

Levanta la cabeza otra vez. Me mira como si le hubiera dicho algo en un idioma que creía que nadie más hablaba.

—¿Cómo sabes que...?

—No sé nada. Solo conozco el camino.

Silencio. El mar contra las rocas. Una gaviota que grita como si tuviera algo importante que decir.

—Mañana a las siete —digo—. Antes de que caliente. Se sube mejor con fresco.

No espero respuesta. Cojo las cajas y sigo hacia El Faro. Tomé está detrás de la barra con un trapo al hombro y esa cara de estar esperando que le cuenten algo.

—¿Qué? —digo, dejando las cajas en la cámara frigorífica de

la trastienda.

—Nada. ¿Hablabas con la gallega?

—Le he dicho que conozco el camino al faro.

—Ah. ¿Y eso es todo?

—¿Qué más va a ser?

Tomé se apoya en la barra. Sonríe. Tiene la misma sonrisa que su madre, mi tía Lucía: una sonrisa que parece inofensiva pero que esconde tres conversaciones que no estás teniendo.

—Chica nueva en el pueblo. Vive al lado de tu casa. Le ofreces llevarla al faro. No sé, primo, parece el principio de algo.

—Es el principio de un paseo.

—Ya. Lo que tú digas.

Salgo del bar. El pueblo está tranquilo, como siempre. Un par de viejos en el banco del puerto. Un perro dormido en la puerta de la sidrería de Elvira. El mar al fondo, gris hoy, calmado.

Subo a casa. Guardo el pescado. Como algo rápido: pan con queso y un tomate que ya estaba blando. Me siento en el porche. Desde aquí veo la casa de al lado. La ventana que da al acantilado tiene la cortina cerrada.

No sé por qué le he dicho lo del camino. No soy así. No ofrezco cosas a gente que no conozco. Pero había algo en ese dibujo.

En la forma en que miraba el faro desde abajo. En la forma en que no contestó cuando le pregunté si había subido.

Marcos me habría dicho que soy un blandengue. Marcos me decía muchas cosas. Las oigo todavía, a veces, cuando el mar está en calma y la casa en silencio. Su voz. Su risa. El "venga, tío, que no pasa nada" que decía antes de todo. Antes de las tormentas. Antes de las olas grandes. Antes de la última vez.

No pasa nada. Hasta que pasa.

Me levanto. Cierro la puerta. Miro el reloj: las nueve de la noche. A las cuatro y media suena la alarma. Y a las siete he quedado con la chica del cuaderno en el sendero del faro.

No sé si vendrá. Probablemente no.

Pero la voy a esperar igual.

5

Llego al sendero a las siete menos cinco y él ya está allí.

Apoyado en el cartel de madera, con las manos en los bolsillos de una chaqueta azul marino desgastada por los codos. Pelo revuelto. Ojos que parecen cambiar de color según la luz: ahora son más verdes que azules. Tiene un cigarrillo apagado detrás de la oreja, como si fuera un lápiz.

—Has venido —dice.

—He venido.

No sonríe. Asiente, como si eso fuera suficiente. Se gira y empieza a caminar.

El camino que toma no es el del cartel. Se desvía a la izquierda, por un sendero más estrecho que se mete entre los árboles. Eucaliptos primero, luego castaños, luego algo que no sé nombrar pero que huele a verde y a tierra mojada.

—Es más largo —dice sin girarse—. Cuarenta minutos en vez de veinte. Pero por aquí los árboles tapan casi todo.

No pregunta por qué necesito que los árboles tapen el acantilado. No pregunta nada. Solo camina delante de mí, a un

ritmo que no es lento ni rápido. Un ritmo humano. Un ritmo que dice: no hay prisa.

Habla.

No de mí. No de por qué estoy aquí. Habla del pueblo. De los castaños, que este año han dado poca castaña porque septiembre fue seco. De las vacas de Manolo, el ganadero, que a veces se escapan y aparecen en mitad del sendero como si fueran ellas las dueñas del camino. De la vez que un turista llamó a la policía porque había una vaca en la carretera y el guardia civil le dijo que la vaca estaba antes que él.

Me río. Bajo, casi sin darme cuenta.

Seguimos subiendo. Los árboles se abren a veces y veo retazos de cielo gris, pero no el acantilado. El camino sube en zigzag, suave. Puedo respirar. Puedo caminar. Puedo hacer esto.

Hasta que no puedo.

Llegamos a un claro. Los árboles se acaban de golpe y el mundo se abre. El mar, abajo. Lejos, pero abajo. La pendiente

verde cayendo hacia las rocas. El horizonte enorme, infinito, sin nada donde agarrarse.

Me paro. Me agarro a un tronco. Las piernas me tiemblan.

Óliver se gira. Me mira. No con preocupación exagerada. No con lástima. Me mira como se mira a alguien que está haciendo algo difícil.

—No puedo más —digo. La voz me sale pequeña.

—Vale.

Eso es todo. Vale. No "venga, un poco más". No "no es para tanto". No "mira qué vistas". Solo vale.

Se sienta en una roca. Saca el cigarrillo de detrás de la oreja. Lo enciende. Fuma despacio, mirando el trozo de mar que se ve entre los árboles.

—Mañana un poco más —dice, echando el humo hacia el cielo.

No lo dice como una orden. Lo dice como un hecho. Como "mañana sale el sol" o "mañana sube la marea". Algo que va a pasar porque así funcionan las cosas.

Me siento a su lado. No demasiado cerca. Saco el cuaderno. Dibujo lo que veo desde aquí: el claro entre los árboles, el trozo de mar enmarcado por las ramas, la línea del horizonte donde el gris del agua se convierte en el gris del cielo. Es un encuadre que no había pensado. No es desde arriba ni desde

abajo. Es desde la mitad. Desde el punto donde me he quedado.

Dibujo rápido. Óliver no mira el cuaderno. O si mira, lo hace de lado, sin que se note. Fuma su cigarrillo hasta el filtro. Lo apaga contra la suela de la bota. Se guarda la colilla en el bolsillo.

—Listo —digo, cerrando el cuaderno.

—Bien.

Bajamos juntos. Él va delante otra vez, pero más despacio, como si supiera que bajar es peor que subir cuando el problema son las alturas. Porque bajar es mirar hacia abajo.

En el pueblo nos separamos sin ceremonias. Él va hacia su casa. Yo hacia la mía. Consuelo ha dejado un táper de caldo en la puerta con una nota que dice: "Caliéntalo bien, que hace humedad."

Entro. Caliento el caldo. Me siento en la mesa de la cocina.

He subido. No hasta arriba. No hasta el faro. Pero he subido más que ayer. He subido hasta donde el cuerpo me ha dejado, y un hombre que no conozco ha dicho "vale" como si eso fuera suficiente.

Y lo más raro es que, por un momento, lo ha sido.

Abro el cuaderno. Miro el dibujo del claro. Es distinto a los otros. Tiene profundidad. Tiene capas. Los de abajo eran

planos, bonitos, seguros. Este tiene algo que los otros no tienen.

Tiene altura.

Poca. Pero algo.

Saco el móvil. Escribo a Paula: "He subido a la mitad. Hay un chico que conoce un camino."

Responde en diez segundos: "UN CHICO."

"Un camino, Paula. He dicho un camino."

"Has dicho las dos cosas."

Bloqueo el teléfono. Cierro el cuaderno. Me meto en la cama.

Mañana un poco más.

6

No duermo bien. No es nuevo.

Hay noches en las que el sueño llega fácil, como la marea subiendo, y me arrastra sin ruido. Y hay noches en las que el cerebro se queda encendido como la luz de un barco que no encuentra puerto. Esta es de las segundas.

Me levanto a las dos de la mañana. Bajo a la cocina. Bebo agua directamente del grifo, con la cara metida en el chorro, como un crío. Me siento en la silla junto a la ventana. El mar está negro y quieto. La luna pinta una línea de plata en el agua que parece un camino.

Marcos decía que la luna en el agua era el mejor faro del mundo. Que ningún marinero se había perdido nunca siguiendo la luna. Lo decía con esa convicción de quien no tiene miedo de nada.

Marcos no tenía miedo de nada.

Hace dos años. Octubre. Finales de octubre, casi noviembre. Salimos a las cinco de la mañana con pronóstico de mar buena. A las ocho cambió todo. La tormenta llegó del norte, sin avisar, o avisando de una forma que nosotros no supimos

leer. El mar se puso gris oscuro y las olas empezaron a crecer como si alguien estuviera inflándolas desde abajo.

Yo dije que volviéramos. Marcos dijo que aguantáramos un poco más. Había banco de bonito cerca y llevábamos semanas sin coger nada bueno.

Aguantamos.

La ola nos pilló de lado. La Galerna se ladeó. Marcos resbaló. El agua se lo llevó tan rápido que cuando me giré ya no estaba. Solo el sitio donde había estado, vacío, mojado, imposible.

Lo busqué. Salté al agua. Nadé hasta que los brazos dejaron de responder. Salvamento Marítimo me sacó cuarenta minutos después, a punto de hipotermia. A Marcos lo encontraron al día siguiente, en las rocas de Rodiles, a ocho kilómetros de donde se cayó.

Podía haber dicho que no. Podía haber insistido en volver. Podía haber agarrado la cuerda más rápido, haber estado más atento, haber sido mejor marinero, mejor amigo, mejor persona. Podía haber hecho mil cosas distintas y en todas ellas Marcos sigue vivo.

Pero hice lo que hice. Y aquí estoy. Vivo. Con su barco. Con su hueco.

Miro la ventana de la casa de al lado. La luz está encendida. Las tres de la mañana y la chica de Galicia tampoco duerme.

Me pregunto qué es lo que la mantiene despierta. Me pregunto si también tiene un hueco con la forma de alguien. O

si el suyo tiene la forma de otra cosa. De una altura. De una caída.

No voy a preguntárselo. No es asunto mío. Yo llevo a la gente al faro por el camino largo. Nada más.

Me acuesto otra vez. Cierro los ojos. El mar suena contra el acantilado, rítmico, constante. Como un corazón que no sabe parar.

A las cuatro y media suena la alarma. Me levanto. Los mismos gestos. El mismo orden. Pantalón, jersey, botas. Llaves, puerta, puerto.

La Galerna espera. Siempre espera.

Salgo a pescar. El amanecer tiñe el agua de naranja y rosa. Es el tipo de belleza que no necesita que la dibujen porque ya es perfecta tal como es. Pero pienso en ella dibujándola y algo se mueve en un sitio que no quiero nombrar.

Vuelvo a las ocho. En el puerto, veo sus zapatillas de deporte en el espigón. Está dibujando otra vez. Las barcas, creo. O el

agua. Tiene los dedos negros de carboncillo y la cara concentrada de alguien que está en otro sitio.

No la saludo. Ella tampoco me ve. O finge que no me ve. En este pueblo cabe cualquiera de las dos cosas.

Subo las cajas a El Faro. Tomé, café, tele sin volumen. La rutina.

—¿Mañana subís otra vez? —pregunta Tomé.

—¿Cómo sabes que hemos subido?

—Óliver. Pueblo de doscientas personas. Lo sé todo.

Tiene razón. Aquí es imposible que nada pase desapercibido. Ni un paseo, ni una luz encendida a las tres de la mañana, ni una chica dibujando en el espigón con los dedos manchados.

—Mañana subimos otra vez —digo.

Tomé no dice nada. Solo sonríe. Y por una vez, no añade ningún comentario.

Quizá porque ha visto algo en mi cara que yo todavía no quiero ver.

7

Segundo intento.

Óliver está en el sendero a las siete, como si nunca se hubiera ido. Mismo sitio, misma postura, manos en los bolsillos. Cigarrillo detrás de la oreja. Me pregunto si duerme con él puesto.

—Buenos días.

—Buenos días.

Empezamos a subir. El mismo camino entre los árboles. Eucaliptos, castaños, el verde intenso que huele a tierra y a musgo. Hoy no llueve, pero la humedad se pega a todo como una segunda piel.

Óliver habla. Del faro, esta vez. De cuándo se construyó, de quién vivía en él, del último farero que se jubiló en los

noventa y se fue a vivir a Oviedo porque no soportaba el silencio.

—¿No soportaba el silencio? —digo—. ¿Después de vivir aquí treinta años?

—Treinta y dos. Decía que el silencio de aquí no era silencio de verdad, que siempre estaba el mar. Que el silencio de verdad fue cuando se fue y ya no lo oía.

Pienso en eso. En cómo las cosas que nos rodean se convierten en parte de nosotros sin que nos demos cuenta. En cómo su ausencia duele más que su presencia.

Llegamos al claro donde me paré ayer. Respiro. Miro al frente, no abajo. El horizonte. La línea donde el gris del mar se funde con el gris del cielo. Eso puedo mirarlo. Lo que no puedo mirar es lo que hay entre esa línea y mis pies.

—¿Seguimos? —pregunta Óliver.

—Seguimos.

Caminamos más allá del claro. El sendero se estrecha. Los árboles vuelven a cerrarse, pero hay huecos. Ventanas entre las ramas por las que se ve el acantilado. No miro. Miro los pies de Óliver. Sus botas gastadas sobre la tierra húmeda. Un paso, otro, otro.

Llegamos a un punto más alto. Un banco de piedra junto a un castaño enorme. Desde aquí se ve el mar en todo su ancho:

inmenso, abierto, azul grisáceo. Y el faro, más cerca. Mucho más cerca.

El estómago se me encoge. Pero no me paro. Me siento en el banco. Miro al frente. Respiro.

—Aquí es buen sitio —dice Óliver.

Se sienta al otro lado del banco. Saca el cigarrillo, lo enciende. Fuma mirando el horizonte como si estuviera leyendo algo en él que yo no puedo ver.

Abro el cuaderno. Dibujo.

Desde aquí el paisaje es distinto. No es el faro inalcanzable visto desde abajo ni el trozo de mar enmarcado por ramas. Es algo intermedio. Puedo ver la curvatura de la costa, los

acantilados bajando en escalones, las manchas oscuras de las rocas en el agua. Es hermoso y aterrador en partes iguales.

Dibujo rápido. Los trazos del carboncillo son más nerviosos que los de ayer, más vivos. Hay algo en la altura que le da al dibujo una tensión que no consigo desde abajo.

—¿Siempre dibujas? —pregunta Óliver sin mirarme.

Levanto la cabeza.

—¿Siempre esperas?

Silencio. El humo de su cigarrillo sube recto en el aire quieto.

—Solo cuando merece la pena —dice.

No sé qué hacer con eso. Con esa frase suelta en el aire como el humo. No sé si habla de esperar en general o de esperar a que yo dibuje. No sé si importa la diferencia.

Lo que sé es que el corazón me late un poco más rápido y no es por la altura.

Termino el dibujo. Lo miro. Es bueno. No, es mejor que bueno. Tiene algo que los anteriores no tienen: una urgencia. Como si la mano supiera que este momento no dura para siempre y quisiera atraparlo antes de que se escape.

—Listo —digo.

Óliver apaga el cigarrillo. Se guarda la colilla. Se levanta. Bajamos.

Esta vez bajamos más despacio. No porque yo lo necesite, sino porque no hay prisa. El bosque huele a castaña podrida y a

musgo húmedo. Un pájaro canta algo repetitivo y obstinado, como si quisiera asegurarse de que alguien lo escucha.

—¿Mañana? —digo cuando llegamos al cartel del sendero.

—Mañana.

Nos separamos. Yo voy a mi casa. Él a la suya. Dos puertas que se cierran, una al lado de la otra.

Dentro, abro el cuaderno y repaso los tres dibujos. El del puerto, plano y seguro. El del claro, con un poco de profundidad. El de hoy, desde más arriba, con esa tensión que me eriza la piel.

Llamo a mi tutora. Le mando fotos de los tres.

—Abril, el tercero es otra cosa —dice, y su voz suena distinta. Suena como cuando alguien ve algo que no esperaba—. Sigue subiendo. Lo que sea que estés haciendo, sigue.

Cuelgo.

Lo que estoy haciendo es dejar que un pescador que fuma demasiado me lleve por un camino largo entre árboles mientras me cuenta historias de fareros que echaban de menos el ruido del mar.

No sé cómo explicar eso en una memoria académica.

Pero funciona.

8

El jueves por la noche, Tomé cierra El Faro a las once y abre la sidrería de Elvira a las once y cinco. Así funciona Tazones: los locales cierran y abren según quién tenga ganas de seguir la noche.

La sidrería de Elvira es una habitación con cinco mesas, un barril de sidra, un jamón colgado del techo y una televisión que solo pone fútbol y concursos. Elvira tiene cuarenta y cinco años, las manos fuertes de quien ha escanciado sidra toda la

vida y una forma de decir las cosas que no necesita preámbulos.

—¿Qué tal la pesca? —me dice, poniendo un culín de sidra delante sin que lo haya pedido.

—Bien.

—¿Y la gallega?

—No pesco gallegas, Elvira.

Tomé se ríe desde la otra punta de la barra. Elvira no se ríe. Elvira rara vez se ríe, pero cuando lo hace es porque algo es de verdad gracioso, no porque quiera ser educada.

—La gallega te mira —dice, poniendo otro culín.

—No me mira.

—Te mira cuando no la miras tú. Que es distinto.

Bebo la sidra. Está fría, ácida, perfecta. Cambio de tema. La temporada de bonito que empieza en mayo. Las redes que hay que arreglar. El motor de La Galerna que hace un ruido raro al ralentí. Cosas de las que sé hablar. Cosas que no me miran cuando no las miro.

Tomé habla de un partido del Sporting que vio el domingo. Elvira habla de su hija en Madrid que no llama lo suficiente. Yo escucho. Bebo. Estoy cómodo aquí, en esta barra, con estas personas que no necesitan que sea más de lo que soy.

A las doce salgo. Tazones de noche es un sitio que parece sacado de otra época. Farolas amarillas, calles vacías, el sonido del mar como una respiración de fondo. No hay

coches. No hay ruido. Solo la humedad en la cara y el olor a sal.

Y ella.

Está sentada en el muro del puerto, con las piernas colgando hacia dentro, lejos del agua. El cuaderno abierto en el regazo. Un lápiz en la mano, no carboncillo. Dibuja las barcas de noche. Las sombras de los cascos en el agua negra. Las cuerdas de los amarres como líneas finas contra la piedra del muelle.

No me ve. Está en ese sitio al que va cuando dibuja, ese sitio que no es aquí ni allí sino dentro del cuaderno. Lo reconozco porque yo tengo un sitio parecido en el mar, cuando estoy solo en La Galerna a las cinco de la mañana y el mundo todavía no ha empezado.

No la saludo. No me acerco.

Pero me quedo mirando un segundo más de la cuenta. La forma en que inclina la cabeza. El lápiz moviéndose rápido. Las manos manchadas, siempre manchadas, como si el carboncillo fuera parte de su piel.

Un segundo más de la cuenta se convierte en dos. Luego me voy.

Subo a casa. Me siento en la cama. Huelo a sidra y a noche. Miro la pared. La pared no me mira.

Pienso en lo que ha dicho Elvira. "Te mira cuando no la miras tú." Es una tontería. Elvira dice tonterías a veces, entre

verdades, como quien esconde una aguja en un pajar para que la busques. A veces la encuentras. A veces solo te pinchas.

Pero pienso en sus ojos. Avellana. Grandes. La forma en que me miraron la primera vez que le hablé, con ese medio segundo de susto antes de controlarse. Como un animal que no sabe si lo que tiene delante es peligroso o no.

No soy peligroso. Soy un tío de veintiséis años que pesca lubinas y sube turistas al faro en verano. No tengo nada especial. Tengo un barco heredado y una casa vacía y un amigo muerto.

Pero ella me miró.

Y yo la estoy mirando ahora, aunque no esté aquí. La estoy mirando en mi cabeza, sentada en el muro del puerto con el lápiz en la mano y las piernas colgando. La estoy mirando como se miran las cosas que no deberías necesitar pero que de repente están ahí y no sabes qué hacer con ellas.

Me tumbo. Cierro los ojos. El mar. Siempre el mar.

El sueño tarda en llegar. Pero cuando llega, por primera vez en mucho tiempo, no sueño con tormentas.

9

El faro.

Estoy delante del faro.

Es blanco. Más blanco de lo que parecía desde abajo, como si alguien lo repintara cada noche para que no pierda la costumbre de brillar. Tiene una puerta metálica cerrada con candado y una ventana redonda en lo alto que parece un ojo mirando al mar. Es más pequeño de lo que imaginaba y más hermoso. Las cosas reales siempre son más pequeñas y más hermosas que las que imaginas.

Casi no puedo respirar.

No por la subida. Bueno, también por la subida, que ha sido larga, cuarenta minutos por el camino de los árboles con Óliver delante marcando el ritmo. Pero sobre todo porque estoy aquí. Estoy arriba. He subido.

—¿Estás bien? —pregunta Óliver. Está detrás de mí, a unos metros, como si quisiera darme espacio.

—Creo que sí.

—¿Crees o estás?

Miro el faro. Miro el cielo, que hoy es azul por primera vez desde que llegué, un azul lavado, tímido, como si le diera

vergüenza ser bonito. Miro la hierba verde que crece alrededor de la base del faro, corta y dura, acostumbrada al viento.

No miro abajo.

—Estoy bien.

Me siento en la hierba, al lado del faro, con la espalda contra la pared encalada. Está fría y un poco rugosa. Saco el cuaderno. Las manos me tiemblan, pero es un temblor distinto al del pánico. Es un temblor de emoción. De algo que se parece a la victoria pero es más pequeño y más íntimo.

Dibujo el faro desde aquí. Desde al lado. Desde su misma altura. La puerta metálica con el óxido en las esquinas. La ventana redonda. El borde del acantilado que no veo pero sé que está ahí, a pocos metros, esperando como una boca abierta.

No lo dibujo. Dibujo lo que sí puedo mirar.

Óliver se sienta a unos metros. No demasiado cerca. Nunca demasiado cerca. Es como si tuviera un sensor interno que le dice exactamente cuánta distancia necesito. Saca un cigarrillo. Lo enciende. Fuma mirando el mar.

Desde aquí el mar es inmenso. No como desde la playa, donde es grande pero tiene límites: las rocas, el espigón, la línea de la costa. Desde aquí no tiene límites. Es todo azul gris

extendiéndose hasta un horizonte que podría ser el fin del mundo o el principio de otro.

—Es precioso —digo.

La voz me sale rota. No de tristeza. De algo que no tiene nombre pero que se parece a cuando llevas mucho tiempo intentando algo y por fin lo consigues y no sabes si reír o llorar, así que haces las dos cosas a la vez.

—Sí —dice Óliver.

Levanto la cabeza. Me está mirando a mí. No al mar. A mí. Y hay algo en su cara que es difícil de descifrar. No es una sonrisa exactamente. Es algo anterior a la sonrisa. Como el momento justo antes de que el sol salga, cuando el cielo ya sabe que va a pasar pero todavía no ha pasado.

Aparta la mirada. Fuma. El humo sube recto.

Dibujo durante una hora. Lleno cuatro páginas. El faro desde distintos ángulos, la hierba, la puerta, el cielo. No miro abajo ni una vez, pero los dibujos tienen algo que los de abajo no tienen. Tienen aire. Tienen espacio. Tienen la sensación de estar en un sitio alto sin que eso signifique caer.

Cuando cierro el cuaderno, Óliver ya ha terminado de fumar. Está sentado con los codos en las rodillas, mirando el

horizonte con esa calma suya que parece hecha de algo sólido, como la piedra del faro.

—Listo —digo.

—Bien.

Bajamos. Más despacio que subimos, porque bajar sigue siendo peor. Pero hoy no me agarro a ningún árbol. Hoy miro al frente, al pelo revuelto de Óliver, a su espalda ancha dentro de la chaqueta azul, y eso basta.

En el pueblo, nos separamos en la calle principal. Él va hacia el puerto. Yo me quedo en el muro, mirando el faro desde abajo. Ahora que he estado arriba, parece distinto. Más cercano. Como si hubiera encogido, o como si yo hubiera crecido.

Óliver se gira antes de llegar al puerto.

—Has subido.

No es una pregunta. Es un hecho. Como "mañana sale el sol".

—He subido.

Sonríe. Una sonrisa entera. No la media sonrisa que hace cuando Tomé dice algo gracioso ni la sonrisa educada que le pone a Consuelo cuando le pregunta si ha comido. Una sonrisa

de verdad, completa, que le llega a los ojos y los vuelve más azules que verdes.

—Lo sabía —dice.

—¿Cómo?

—Porque ya no necesitas que te distraiga.

Se gira. Sigue andando. Desaparece detrás de las casas del puerto.

Me quedo en el muro. Sola. Con el cuaderno contra el pecho y la sonrisa de un pescador clavada en algún sitio que no debería tener clavos.

Algo se rompe dentro de mí. Pero no de la forma mala. No de la forma que conozco, la que suena a cristal contra el suelo y a meses sin salir de la habitación. Se rompe de la forma buena. Como cuando abres una ventana que llevaba cerrada mucho tiempo y entra aire y hace frío pero también hace bien.

No sé qué hacer con esto.

Abro el cuaderno. Busco una página en blanco. Dibujo unos ojos. Azul verdoso. Que cambian de color según la luz.

No le enseño eso a mi tutora.

10

No sé en qué momento Abril se convirtió en parte del pueblo. No hubo un día concreto. No fue una decisión. Fue como la marea, que sube sin que te des cuenta hasta que miras y tienes los pies mojados.

Consuelo le lleva comida todos los días. Ya no solo caldo: tortilla, empanada, un trozo de bizcocho envuelto en papel de aluminio. "Que está muy delgada esa chica", me dice cuando me la cruzo en la calle, como si fuera responsabilidad mía que coma.

Elvira le guarda un sitio en la barra de la sidrería. El taburete del fondo, el que tiene el cojín rojo, el que no le gustaba a nadie porque está en la esquina y no se ve la tele. A Abril le gusta precisamente por eso: porque puede dibujar sin que nadie le dé conversación. Pero Elvira se la da igual. Le pone sidra que ella no ha pedido y le cuenta cosas del pueblo que nadie le ha preguntado. Abril escucha. Dibuja. A veces sonríe. Elvira me mira cuando eso pasa, como diciendo: "¿Ves?"

Tomé la saluda por su nombre cada mañana desde la puerta de El Faro. "Abril, guapa, ¿café?" Y ella dice que sí tres de cada cinco días y se sienta en la barra con su cuaderno y un café con leche que tarda una hora en beber. Tomé ha aprendido a

no hablarle cuando dibuja. Ha aprendido rápido, para ser Tomé.

El pueblo entero la ha adoptado sin pedirle permiso. Es lo que hacen los pueblos pequeños: deciden por ti si perteneces o no, y una vez que deciden que sí, ya no hay vuelta atrás. Abril pertenece. No sé si ella lo sabe, pero pertenece.

Yo la observo.

No de forma rara. No me escondo detrás de las cortinas ni la sigo por la calle. Pero en un pueblo de doscientas personas, observar es inevitable. La veo por la mañana, cuando baja al puerto con el cuaderno bajo el brazo y el pelo recogido en ese moño que se le deshace a los diez minutos. La veo al mediodía, comiendo un bocadillo sentada en el muro del espigón, con los pies colgando y los ojos en el agua. La veo por la noche, con la luz encendida a las dos de la mañana, una sombra moviéndose detrás de la cortina.

La veo soltarse. Poco a poco. Como un nudo que se afloja sin que nadie tire de la cuerda.

Ayer se rió con Consuelo. Fuerte, abierto, echando la cabeza hacia atrás. No la había oído reírse así. Tiene una risa que no parece suya, como si fuera demasiado grande para su cuerpo.

Como si la guardara en algún sitio y solo la sacara cuando se le olvidaba que estaba guardándola.

Hoy la vi dibujando en la terraza de El Faro. Tenía los auriculares puestos y movía los labios con la música. Tomé me pilló mirando.

—Colega —dijo.

—¿Qué?

—Nada. Colega.

No dijo nada más. No hacía falta.

La cuestión es que la pesca ya no es lo primero en lo que pienso cuando me levanto. Llevo dos años levantándome a las cuatro y media con un solo pensamiento: el mar. La Galerna. Las redes. La rutina que me mantiene en pie porque si me paro, si dejo de moverme un segundo, el hueco de Marcos se hace más grande y más oscuro y me traga.

Pero ahora, cuando suena la alarma, lo primero que pienso no es en la marea ni en la captura. Lo primero que pienso es si ella habrá dormido. Si la luz de su ventana estaba encendida cuando me acosté. Si va a subir al faro hoy.

Lo primero que pienso es en Abril. La chica, no el mes.

Y eso me asusta.

Porque las personas se van. Las personas siempre se van. Marcos se fue al fondo del mar. Mi padre se fue a Gijón. Mi madre murió cuando yo tenía quince años. Un cáncer rápido. Seis meses. La gente se va y lo que queda es un pueblo vacío y

un barco en el puerto y un faro arriba del acantilado que ya no alumbra a nadie.

No quiero que nadie más se instale en el primer pensamiento de la mañana para luego irse.

Pero ahí está. Pelo oscuro, ojos avellana, manos manchadas de carboncillo. Sentada en el muro del puerto, dibujando algo que no puedo ver desde aquí. Moviendo la cabeza con una música que no puedo oír.

Ahí está.

Salgo de casa. Bajo al puerto. Paso por delante de ella de camino a La Galerna.

—Buenos días —digo.

—Buenos días.

Sonríe. No la sonrisa entera, sino una media, tímida, como si la probara antes de soltarla del todo.

Sigo andando. No me giro. No necesito girarme para saber que ha vuelto al cuaderno. No necesito girarme para saber que el

dibujo de hoy probablemente tiene algo mío: la espalda, las botas, la silueta de alguien que se aleja hacia un barco.

No necesito girarme.

Pero quiero.

Subo a La Galerna. Enciendo el motor. Salgo del puerto. El mar me recibe como siempre: frío, gris, honesto. Él no finge. No sonríe a medias. No se va.

Pero tampoco tiene ojos color avellana. Ni manos de carboncillo. Ni una risa demasiado grande para un cuerpo pequeño.

Pesco. Lubina, verdel, un sargo que no esperaba. Un día bueno. Normal.

Vuelvo. Amarro. Subo las cajas. Paso por delante del muro. Ella ya no está. Solo queda una mancha de carboncillo en la piedra, donde ha apoyado la mano.

La toco con el dedo. Negra. Suave. Se deshace al contacto.

Me limpio la mano en el pantalón y sigo caminando.

Pero la marca queda.

11

Llueve desde el lunes.

No la lluvia fina de Ourense, esa que parece que no moja pero te empapa entera antes de llegar a la esquina. Esto es otra cosa. Agua gruesa, vertical, furiosa, que golpea las ventanas como si alguien lanzara puñados de grava contra el cristal. El mar se vuelve gris plomo y las gaviotas desaparecen. El cielo y el agua se juntan en una sola masa sin forma y el faro allá arriba es una mancha blanca entre la niebla. Invisible casi.

No puedo subir.

Llevo cuatro días encerrada en la casa de Consuelo con mis láminas, mis carboncillos y un café que se enfría cada media hora porque se me olvida que lo he hecho. Trabajo con lo que tengo: bocetos de los días buenos, fotografías del móvil, la memoria de cómo huele el viento allá arriba, de cómo la hierba se aplasta bajo las zapatillas, de cómo el horizonte se abre cuando llegas a la última curva. Pero no es lo mismo. Dibujar de memoria es mentir a medias. Es copiar lo que recuerdas en vez de lo que ves, y lo que recuerdas siempre está un poco desenfocado, un poco tramposo, un poco más bonito o más feo de lo que era.

Las paredes de la casa empiezan a cerrarse. No como en Ourense, no como aquellos meses. Pero hay un eco. Un

recordatorio. El cuerpo tiene memoria y sabe lo que significa estar encerrada mirando la misma ventana día tras día.

Al quinto día suena la puerta.

Abro con un jersey que me llega a las rodillas y el pelo recogido con un lápiz. Un lápiz HB clavado en un moño que se sujeta por milagro. Óliver. Empapado de arriba abajo. El pelo castaño oscurecido por el agua, pegado a la frente. Con una bolsa de plástico en la mano.

—Ha sobrado.

Miro la bolsa. Dos lubinas gordas, limones, un manojo de perejil fresco con las raíces todavía húmedas de tierra.

—No ha sobrado.

—Puede que no. ¿Vas a dejarme entrar o prefieres que me muera de hipotermia en tu escalón?

Le dejo entrar. Gotea por todo el pasillo. Un reguero de agua de lluvia y agua de mar y algo más que huele a barca y a red mojada. Le tiro una toalla que aterriza en su cara y se ríe. Tiene una risa que no debería estar permitida. Grave, corta, como si se le escapara antes de poder pararla. Una risa que suena a lo contrario de estar solo.

Se mete en mi cocina como si fuera la suya. Abre armarios que yo no he abierto todavía, busca sartenes en cajones donde no se me habría ocurrido mirar, enciende el fuego con un gesto automático. Yo me quedo apoyada en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y los pies descalzos sobre las baldosas frías, mirándole moverse. Hay algo hipnótico en alguien que sabe lo que hace con las manos. Alguien que no duda, que no se para a pensar, que coge un cuchillo y filetea

un pescado con tres movimientos limpios como si fuera la cosa más natural del mundo.

—¿Te quitas de ahí o me ayudas?

—No sé cocinar.

—Corta los limones. Eso sí sabrás.

Corto los limones. Despacio, concentrada, con el cuchillo demasiado grande para mis manos, como si fueran algo delicado y no una fruta con corteza dura. Él limpia las lubinas con una naturalidad que me recuerda que viene de esto, que el mar no es un paisaje para él sino un oficio, una rutina, el sitio de donde saca lo que come y lo que es. Las escamas saltan y le brillan en los nudillos bajo la luz del fluorescente. Cocina sencillo: aceite de oliva, sal gorda, limón, perejil picado grueso, fuego fuerte. Nada más. La casa empieza a oler a algo que no es humedad ni moho ni encierro por primera vez en cinco días.

Pongo música desde el móvil. Lo dejo en la encimera con el altavoz hacia arriba, apoyado contra el bote de azúcar. Suena algo suave, una playlist que hice para dibujar, cosas con guitarras acústicas y voces que no gritan. Él no dice nada sobre la música. Tararea un trozo sin darse cuenta, bajito, desafinando un poco, y cuando le miro niega con la cabeza como si no lo hubiera hecho.

Me lavo las manos en el fregadero. El zumo de limón me escuece en un corte del dedo que no sabía que tenía. Óliver pone los platos sin preguntar dónde están, como si ya se supiera la casa.

Cenamos en la mesa pequeña del salón. Las láminas apiladas a un lado, los platos encima de un mantel de hule que

encontré en un cajón y que tiene dibujos de anclas y timones, absurdamente apropiado. La lluvia sigue cayendo fuera pero aquí dentro hay pescado caliente y pan del día anterior tostado y una lámpara que da una luz naranja que lo vuelve todo más amable.

—Mi padre vive en Gijón —dice, de pronto, sin que le pregunte. Con la naturalidad de quien dice que va a llover mañana.

Dejo el tenedor a medio camino entre el plato y la boca.

—Se fue hace un año. Dice que por trabajo, pero en Tazones siempre hay trabajo si quieres pescar. No es una ciudad grande. No hay empresas ni oportunidades ni nada de eso. Hay mar y hay peces. Si te vas, es porque quieres irte.

No pregunto por qué. Él no me lo explica. Hay algo debajo de esas palabras, algo grande y oscuro que no cabe en una cena entre vecinos, pero no es el momento de sacarlo. Lo guardo.

Lo apunto en algún sitio dentro de la cabeza donde guardo las cosas importantes de las personas que me importan.

—Yo apenas vuelvo a Ourense —digo—. Mi madre me llama los domingos. Hablamos diez minutos. Siempre los mismos diez minutos. Siempre las mismas preguntas.

—¿De qué habláis?

—De si como bien. De si duermo. De si ya he acabado la carrera. Cada domingo. Como un guion que ninguna de las dos se atreve a cambiar.

—¿Y?

—Como regular, duermo peor y no, no he acabado.

Se ríe. Esa risa otra vez. La que suena a algo abriéndose.

—Suena a mi padre preguntándome si he arreglado el motor de La Galerna.

—¿Lo has arreglado?

—Tres veces. Sigue preguntando. Y cuando le digo que sí, pregunta si he cambiado el aceite. Y cuando le digo que sí, pregunta si he revisado las juntas. Nunca se acaban las preguntas.

—Nunca.

Nos miramos. No es una mirada larga ni dramática ni de película. Es un segundo. Un solo segundo en el que los dos sabemos exactamente lo que siente el otro. Padres que preguntan las cosas equivocadas porque no saben preguntar las correctas. Familias que quieren pero que no saben cómo.

Ese idioma roto que hablamos los hijos de padres que se esfuerzan pero no llegan.

Recojo los platos. Él me ayuda. Nos ponemos los dos en el fregadero, que es pequeño, de esos que solo cabe una persona, así que estamos demasiado cerca. Nuestras manos se rozan

bajo el agua caliente. Espuma, porcelana, nudillos que se tocan. Ninguno de los dos se aparta. Ninguno dice nada.

—Gracias por la cena —digo mientras le doy el último plato para que lo seque.

—Gracias por los limones.

Se pone el chubasquero mojado en el recibidor. Se para. Se da la vuelta.

—¿Mañana?

—¿Mañana qué?

—Si sigue lloviendo. ¿Ceno aquí?

Debería decirle que no. Que no hace falta. Que puedo cocinar yo, que sé hacer pasta y tortillas y cosas que no necesitan talento. Pero lo que digo es:

—Trae más limones.

Sonríe. Abre la puerta. La lluvia sigue ahí, idéntica, como si no hubiera pasado el tiempo.

—Buenas noches, Abril.

—Buenas noches.

Se va a las once. La casa huele a pescado y a perejil y a su colonia, que es algo entre madera y sal, algo que no se vende en ninguna tienda y que probablemente sea simplemente el olor de su piel después de un día en el mar. Algo que no

debería funcionar pero funciona. Algo que se queda en la cocina y en el salón y en el pasillo por donde goteó al entrar.

Me siento en la cama con el cuaderno. Dibujo la cocina. La sartén en el fuego con las lubinas dentro, los limones cortados en cuartos, unas manos grandes sujetando un cuchillo. Le dibujo las manos. Solo las manos. Los nudillos anchos, las venas marcadas en el dorso, una cicatriz vieja en el índice, las uñas cortas y limpias. No le dibujo la cara. Todavía no me atrevo a dibujar su cara. Porque dibujar la cara de alguien es admitir que la miras demasiado. Que la conoces de memoria. Que la llevas dentro.

Fuera sigue lloviendo. Pero ya no importa tanto.

12

Las huellas de dinosaurio de Tazones son una de esas cosas que ves toda la vida y dejas de mirar.

Están ahí, en las rocas de la playa, impresas en la piedra desde hace ciento cincuenta millones de años. De crío venía con el abuelo Celso y me ponía de rodillas junto a ellas y metía la mano entera dentro de la marca. El abuelo me decía que los dinosaurios habían caminado por aquí antes que nadie. Antes que los romanos, antes que los pescadores, antes que las casas y los barcos y las redes. Que nosotros somos los invitados. Me gustaba esa idea: que el suelo que pisas ya fue de alguien antes. Que no eres el primero ni serás el último.

Hoy se lo enseño a Abril.

La lluvia ha parado por fin. El cielo sigue gris, de un gris denso que no amenaza pero tampoco promete, y las rocas de la playa están mojadas y brillantes como si las hubieran barnizado. Perfecto para ver las huellas, porque el agua llena las marcas y las formas se distinguen con una nitidez que los días secos no tienen.

Bajamos a la playa por el camino del puerto. El aire huele a algas podridas y a tierra mojada, ese olor de después de la lluvia que en Asturias tiene un nombre que ahora mismo no recuerdo. Ella lleva las zapatillas de montaña, la mochila con los carboncillos y el cuaderno bajo el brazo, como siempre. El

cuaderno es una extensión de su cuerpo. Me pregunto si hay algún momento del día en el que no lo lleve encima. Si duerme con él debajo de la almohada. Si lo mete en la ducha dentro de una bolsa de plástico.

—Aquí —le digo, señalando una roca ancha y plana a la que se accede bajando unos metros por un desnivel de piedra irregular.

Ella mira el desnivel. No es mucho. Tres metros, quizá cuatro. Nada comparado con el sendero del faro. Pero veo cómo le cambia la cara. Cómo le cambia siempre: los ojos se estrechan un poco, la mandíbula se aprieta, los hombros suben medio centímetro. El cuerpo preparándose para el miedo antes de que el miedo llegue.

—Puedo bajar yo y hacerte una foto —le ofrezco, y lo digo como si fuera una opción normal y no una salida.

—No.

Lo dice rápido, cortante, apretando la mandíbula. Esa terquedad suya que no admite negociación. La misma que la hizo subir al faro cuando le temblaban las piernas y la misma que la trajo a un pueblo de Asturias a dibujar acantilados que le dan pánico. Terquedad o valentía. A veces no hay diferencia.

Se agarra a mi brazo. No me lo pide, no pregunta si puede, lo hace. Sus dedos se cierran alrededor de mi antebrazo y aprietan. Cinco dedos pequeños con carboncillo bajo las uñas que se hunden en mi piel con una fuerza que no cuadra con su tamaño. Tiene fuerza para lo pequeña que es. O tiene miedo, que es lo mismo.

Bajamos despacio. Roca por roca. Ella no mira abajo, mira mis pies y pone los suyos exactamente donde yo los pongo. Piso,

pisa. Piso, pisa. Un baile lento y torpe y necesario. Cuando llegamos a la roca plana, me suelta el brazo. Quedan las marcas de sus dedos en mi piel, cuatro líneas blancas que se vuelven rojas despacio.

—Oh.

Se arrodilla junto a la huella más grande. Un tridáctilo. Tres dedos enormes marcados en la piedra gris, del tamaño de una bandeja de horno, con los bordes redondeados por millones de años de lluvia y marea y viento y sal. Abril pasa los dedos por el borde de la marca con una delicadeza absurda, como si pudiera romperla. Como si ciento cincuenta millones de años no fueran suficiente garantía de resistencia. Mete la mano entera dentro de la huella, como hacía yo de crío, y los dedos le desaparecen dentro de la piedra.

—Ciento cincuenta millones de años —digo.

—Ciento cincuenta millones de años —repite, y suena distinto en su boca. Suena a asombro real, limpio, sin el filtro de costumbre que yo le pongo. Para mí es un dato que repito de memoria. Para ella es un milagro.

Saca el cuaderno. Siempre el cuaderno. Empieza a dibujar con esos movimientos que ya reconozco: rápidos al principio, trazos largos y sueltos para encuadrar, para pillar la forma general, el contorno, la escala. Y luego lentos. Precisos. Casi sin respirar. Los detalles. Las grietas de la roca, los bordes de la huella, las líneas donde el agua se acumula y brilla. Tiene

carboncillo en los dedos, en la mejilla izquierda, en el puente de la nariz donde se toca cuando piensa. Y piensa mucho.

Me siento a su lado y la miro dibujar.

Es algo que no me canso de hacer. No por ella, o no solo por ella. Es cómo desaparece. Cómo se le olvida que tiene vértigo, que le da miedo, que hay un desnivel detrás y un acantilado más allá. Cuando dibuja, Abril no está aquí. Está dentro del cuaderno, en el lugar que crea con las manos, en un sitio que solo existe entre su cabeza y el papel. Y ese sitio siempre parece mejor que este. Más seguro. Más suyo.

La brisa trae olor a algas y a sal. El mar está en calma, gris verdoso, con olas pequeñas que rompen contra las rocas de más abajo con un sonido monótono y suave, como una respiración grande. Las gaviotas han vuelto después de la lluvia y planean en círculos sobre el puerto. La Galerna está

amarrada con la popa hacia nosotros, balanceándose despacio.

—Tienes unas manos increíbles —digo.

Lo digo sin pensar. Se me sale. Como la risa. Como las cosas que no puedes parar porque salen antes que la decisión de callarlas.

Ella se pone roja. No un poco: mucho. Desde las orejas hasta el cuello. El rubor le baja por la piel como una marea. Mira el cuaderno, no a mí. Aprieta el carboncillo.

—Para.

—Es verdad.

—Que pares.

—¿Que pare de decir la verdad?

No contesta. Sigue dibujando. Pero la comisura de su boca se mueve medio milímetro hacia arriba. Medio milímetro. Lo veo porque la estoy mirando demasiado de cerca. Porque llevo un rato mirándola demasiado de cerca y no tengo intención de dejar de hacerlo.

Se hace un silencio. Pero no de los incómodos. De los que pesan bien. De los que te dan ganas de quedarte dentro como te dan ganas de quedarte dentro de una casa caliente cuando fuera llueve. Un silencio que tiene algo sólido, algo que sostiene.

Pasan veinte minutos. Puede que treinta. No los cuento porque no necesito contarlos. El tiempo aquí no funciona como en tierra, donde hay horarios y obligaciones y sitios

donde estar. Aquí el tiempo es la marea que sube despacio y el sol que se mueve detrás de las nubes.

Ella termina el dibujo. Cierra el cuaderno. Se sienta con las piernas cruzadas y me mira. Tiene carboncillo en la punta de la nariz y los ojos le brillan de esa manera que me jode un poco, porque me hace pensar en cosas que no debería pensar a las once de la mañana un martes en una roca mojada con huellas de dinosaurio.

—Gracias —dice—. Por traerme.

—Llevan aquí ciento cincuenta millones de años. No iba a costar mucho encontrarlas.

—Ya. Pero me has traído tú.

No digo nada. Hay cosas que es mejor no responder porque la respuesta sería demasiado grande para este momento. Para esta roca. Para un martes gris en una playa vacía. Para lo que sea que estamos haciendo, que todavía no tiene nombre y que quizá no necesite uno. Hay cosas que si las dices cambian de forma. Se vuelven reales. Y lo real asusta más que lo imaginado.

Subimos. Ella se agarra otra vez a mi brazo. Esta vez no aprieta tanto. O puede que yo no lo note porque estoy pensando en sus manos manchadas de negro y en la forma en

que me ha dicho gracias y en cómo sería que esas manos me tocaran la cara. La mandíbula. El cuello. El pelo.

No debería pensar eso.

Pero lo pienso.

Y cuando llegamos arriba y ella me suelta el brazo, lo que noto no es alivio. Lo que noto es el frío. El frío exacto, preciso, del sitio donde antes estaban sus dedos.

13

Subo sola.

No se lo digo a nadie. No se lo digo a Óliver, ni a Consuelo, ni a Paula. Me levanto a las seis, antes de que él salga a pescar, antes de que ella abra la ventana para airear la ropa de cama. Me pongo las zapatillas de montaña que compré en Villaviciosa la semana pasada, las que todavía me hacen ampolla en el talón izquierdo, y salgo.

El pueblo está dormido. Las casas cerradas, las farolas apagadas, el silencio espeso de los sitios pequeños a primera hora. Solo se oye el mar allá abajo, constante, indiferente, y el canto de un pájaro que no sé identificar pero que suena cada mañana desde el mismo árbol.

El sendero ya me lo sé. Los primeros doscientos metros por el camino ancho, entre helechos y eucaliptos que huelen a mentol cuando el aire está húmedo. Luego el desvío a la izquierda, el que Óliver me enseñó la primera vez, el camino más largo pero más suave, el que rodea la ladera en vez de atacarla de frente. Y después la subida.

Me tiemblan las piernas en la primera curva. Como siempre. Como cada vez. El cuerpo recuerda antes que la cabeza: el estómago se encoge, los dedos se tensan, la respiración se vuelve corta y superficial, como si los pulmones se hubieran hecho más pequeños. Es el protocolo del miedo. Lo conozco

de memoria. Lo he vivido tantas veces que ya lo reconozco como se reconoce una canción que no te gusta pero te sabes entera.

Pero no me paro. Sigo. Pongo un pie delante del otro y miro al frente, no abajo. Miro los árboles, las rocas cubiertas de musgo verde brillante, una telaraña que brilla con el rocío entre dos ramas como una trampa hecha de cristal. Miro todo lo que no sea el borde. Todo lo que no sea abajo.

En la segunda curva me paro a respirar. No porque no pueda seguir, sino porque quiero. Porque me doy cuenta de que puedo elegir parar y eso, en sí mismo, ya es distinto. Antes paraba porque el cuerpo me obligaba. Ahora paro porque me apetece. Miro el horizonte. El mar está ahí abajo, azul oscuro con vetas de plata donde la luz del amanecer le da de lado. Una línea de espuma blanca donde rompen las olas contra las rocas de la playa. Es bonito. Sigue dándome miedo, pero es bonito. Las dos cosas a la vez. Puede que siempre sea así. Puede que aprender a convivir con el miedo sea exactamente esto: no eliminarlo, sino dejarlo estar mientras miras lo bonito que hay al lado.

Sigo subiendo. La tercera curva, la cuarta, la quinta. Cada una un poco más alta, un poco más expuesta al viento, un poco más cerca del borde. El aire cambia según subes: más frío, más limpio, con ese olor a hierba cortada y salitre que ya asocio con Tazones. Con este lugar que no es mío pero que

empieza a sentirse como algo cercano a mío. Como algo que podría ser mío si me dejaran. Si me dejara yo.

Y entonces lo veo.

El faro.

Blanco, viejo, con la pintura descascarillada en la base y la linterna oxidada arriba. No es un faro bonito. No es de postal ni de cuadro ni de calendario de oficina de correos. Está gastado por el viento y la sal y los años y los temporales y el olvido, y por eso me gusta. Porque las cosas gastadas tienen más que contar que las cosas nuevas. Porque las grietas son lo más interesante que tiene una superficie.

Me siento al borde del camino. No del acantilado. Todavía no. Pero al borde del camino, con las piernas colgando sobre el sendero, la espalda apoyada contra una roca y el cuaderno en el regazo. El suelo está frío y un poco húmedo y no me importa.

Y dibujo.

Dibujo el faro con la luz de las seis y media, que es dorada y oblicua y lo convierte todo en algo que parece inventado. La sombra del faro se proyecta larga sobre la hierba, como una aguja gigante señalando el pueblo allá abajo. Dibujo las grietas de la pared encalada, la puerta cerrada con un candado oxidado que ya no abre nada, la hierba alta y salvaje que crece alrededor de la base como si quisiera tragárselo. Dibujo la linterna de arriba, los cristales rotos, la estructura de hierro que sigue en pie aunque todo lo demás se haya rendido.

Dibujo durante horas. Se me olvida el tiempo. Se me olvida el vértigo. Se me olvida la ampolla del talón y el frío del suelo y el hambre que empieza a llegar sobre las nueve. Se me olvida

todo menos la punta del carboncillo contra el papel y la forma en que la luz va cambiando segundo a segundo, minuto a minuto, como si el faro fuera un ser vivo que respira y se mueve con el sol.

Cuando bajo son casi las once. Me duelen las rodillas de estar sentada en la roca, tengo hambre, la ampolla me escuece y las manos están negras de carboncillo hasta las muñecas. Bajo por el sendero despacio, con cuidado, sin prisas, disfrutando de cada paso que me aleja del borde sin que me tiemblen las piernas. Entro al pueblo por el camino del puerto.

Óliver está allí. Sentado en el muro del puerto, con las piernas colgando hacia el agua y un cigarro entre los dedos. La Galerna ya está amarrada, con las redes recogidas y la cubierta mojada de rocío. Hace rato que ha vuelto de pescar.

Me ve. Yo lo veo. Y algo en su cara cambia cuando me mira, algo sutil que no sabría dibujar aunque quisiera. Un movimiento de las cejas, una apertura de los ojos, algo alrededor de la boca que no es sonrisa todavía pero que la anuncia.

—He subido sola.

Él sonríe. No la sonrisa educada que le pone a los vecinos. No la sonrisa de compromiso que le dedica a Tomé cuando le hace bromas. La entera. La que le llega a los ojos y le cambia la

forma de la cara y le hace arrugas en las comisuras que le quedan bien, joder, que le quedan demasiado bien.

—Lo sabía.

—¿Cómo?

—Porque ya no necesitas que te distraiga.

Me quedo quieta. Ahí, de pie en medio del paseo del puerto, con las zapatillas llenas de barro y el cuaderno apretado contra el pecho y las manos negras y la ampolla ardiendo. Y algo se rompe dentro de mí. No como cuando se rompe un plato o un vaso o algo que hace ruido al caer. Como cuando se rompe un dique. Algo que contenía algo grande y deja de contenerlo. Algo que se suelta y fluye y llena todos los huecos.

No es el faro. No es haber subido sola. Es la forma en que lo dice. Ya no necesitas que te distraiga. Como si fuera algo que ya sabía. Como si llevara tiempo esperando a que yo lo descubriera por mi cuenta. Como si nunca hubiera tenido prisa.

—Óliver.

—¿Qué?

No sé qué iba a decir. Algo grande. Algo que no me cabe en la boca ni en las manos ni en el cuaderno. Así que no digo nada.

Me quedo ahí, con la boca abierta y las palabras atascadas en algún sitio entre el pecho y la garganta.

—¿Quieres un café? —dice él, como si no hubiera pasado nada. Como si romper un dique dentro de alguien fuera algo que pasa todos los martes.

—Sí.

Vamos a El Faro. Tomé me pone un café con leche sin que se lo pida. Ya se sabe mi pedido. Ya me conocen aquí. Consuelo me saluda desde la puerta de su casa con un gesto de la mano y una bolsa de plástico que probablemente contiene comida. Elvira pasa por la acera cargada con cajas de sidra y me dice que estoy más morena. No estoy más morena, pero me lo dice igualmente, porque Elvira dice lo que le parece sin pedir permiso.

Este pueblo que no es mío. Esta gente que no me conocía hace un mes. Este chico que se sienta enfrente de mí y remueve su café con una cucharilla demasiado pequeña para sus manos y que me enseñó un camino que ya no necesito que me enseñe.

Bebo el café. Me quema la lengua. No me importa.

He subido sola.

14

Hay fiesta en el pueblo.

No una fiesta grande, no como las de Gijón con fuegos artificiales y escenarios y gente que viene de fuera y llena las calles. Esto es otra cosa. Tazones celebra San Juan a su manera: sidra, gaitas, una hoguera en la playa y todo el pueblo allí, que son doscientas personas y seis perros y un gato tuerto que es de todos y de nadie. Elvira saca las mesas de la sidrería a la calle y las carga con botellas y vasos de plástico. Tomé instala un altavoz portátil que suena a lata y que compite con la gaita como puede, que no puede mucho. Los críos corren entre las piernas de los mayores persiguiéndose con palos. Consuelo aparece con una empanada del tamaño de una rueda de bicicleta cortada en trozos y la reparte como si alimentar al pueblo entero fuera su obligación personal, su misión divina, su razón de existir.

Abril aparece sobre las diez.

La veo antes de que me vea. Baja por la calle del puerto con ese caminar suyo, un poco inseguro, un poco rígido, como si el cuerpo todavía no se hubiera acostumbrado a estar entre gente. Lleva unos vaqueros, una camiseta blanca, el pelo suelto hasta los hombros. No se ha arreglado más de lo normal. No lleva maquillaje, ni pendientes, ni nada distinto de lo que lleva cualquier día. No hace falta. Tiene esa forma de estar que me descoloca, como si no supiera que la gente la

mira. Como si no supiera que yo la miro. Como si la belleza que tiene fuera algo que le pasa sin que se entere.

—¿Bailas? —le pregunta Tomé, que ya lleva tres sidras y es el primero en todo.

—Fatal —dice ella.

—Perfecto. Aquí nadie baila bien. Es requisito.

Es verdad. La gaita suena y Tomé la saca a bailar y ella se ríe con esa risa que le sale cuando se le olvida tener vergüenza, cuando baja la guardia y se convierte en alguien que no necesita esconderse. Baila mal. Muy mal. Se tropieza con sus propios pies y con los de Tomé y con los de una señora que se llama Asunción y que baila peor todavía. Y es lo más bonito que he visto en mi vida, que ya sé que suena ridículo para un tío que ve amaneceres en el mar cada día, que ve ballenas de vez en cuando si hay suerte y delfines casi todas las semanas, pero es la verdad. Abril bailando mal en una fiesta de pueblo es lo más bonito que he visto.

Bebo sidra. Hablo con los vecinos. Dejo que la noche me arrastre como arrastra a todos: hacia la playa, hacia la hoguera, hacia el calor y las risas y el sonido de la gaita mezclado con el altavoz de Tomé que ahora pone reguetón y las señoras protestan y él dice que es cultura. La hoguera arde en la arena, naranja y alta, con llamas que suben tres metros y chispas que se despegan del fuego y vuelan hacia arriba y se confunden con las estrellas. Huele a leña de eucalipto y a sal y a empanada y a sidra y a todo eso junto que es el olor de las noches de verano en Asturias.

Sobre medianoche la gente empieza a irse. Los viejos primero, arrastrando sillas plegables y despidiéndose a voces. Luego las familias con niños dormidos en brazos. Luego los que

tienen que pescar temprano, que me miran con cara de deberías irte tú también y tienen razón pero no me voy. Tomé se va con una chica de Villaviciosa que ha venido a la fiesta y que le ha reído todos los chistes, incluidos los que no tenían gracia. Me guiña un ojo al salir. Imbécil.

Y nos quedamos solos.

La hoguera ya no es una hoguera. Es un montón de brasas que parpadean en la arena como ojos que se van cerrando. El mar suena detrás, suave, sin olas grandes, un murmullo que podría ser una respiración o un susurro o las dos cosas. La noche está quieta. Esa clase de quietud que solo existe en los sitios donde no hay farolas ni coches ni tráfico ni sirenas ni nada que tape el silencio. Una quietud que tiene peso. Que ocupa espacio.

Abril se sienta en la arena, cerca de las brasas, con las rodillas recogidas contra el pecho. Yo me siento a su lado. No demasiado cerca. No demasiado lejos. Lo justo. La distancia que llevan semanas midiendo nuestros cuerpos sin que la cabeza se entere.

—Ha sido bonito —dice. Y su voz suena distinta de noche, más baja, más íntima, como si la oscuridad la hiciera más valiente.

—Sí.

—Me gusta cómo son las fiestas aquí. Pequeñas. Sin pretensiones. Todo el mundo se conoce.

—A mí antes me parecían aburridas —digo, y es la verdad—. Quería irme a Gijón, a Oviedo, a cualquier sitio con más gente,

con más ruido, con más de todo. Pensaba que esto era poco. Ahora me parece bien.

—¿Qué cambió?

No contesto. Porque la respuesta es ella y no estoy preparado para decirlo así, en voz alta, sentado en la arena con las brasas muriéndose delante. No estoy preparado para decir tú, cambiaste tú, antes de ti esto me parecía un pueblo pequeño donde pasaban cosas pequeñas y ahora me parece el único sitio del mundo donde quiero estar.

Nos quedamos un rato sin hablar. Mirando las brasas. El mar. La línea negra del horizonte donde el cielo se junta con el agua y no se distingue uno de otro. La temperatura ha bajado y ella se frota los brazos con las manos.

—¿Tienes frío?

—Un poco.

Me quito la chaqueta. Se la pongo sobre los hombros. Ella la coge por las solapas y tira hacia delante y se envuelve en ella y no dice gracias pero me mira de una forma que vale más que gracias.

—¿Sabes a qué sabe la sidra? —dice, y su voz suena distinta otra vez. Más baja aún. Más cerca.

—¿A manzana?

—A manzana y a algo más. No sé definirlo. A verde. A hierba. A este sitio. Como si embotellasen el pueblo.

La miro. Ella mira las brasas. Tiene los labios un poco manchados de sidra y la nariz un poco roja del frío de la

noche. Hay una brasa que le ilumina la cara de naranja, intermitente, como un latido. Se le enciende el pómulo, el mentón, la curva del cuello que desaparece debajo de mi chaqueta.

—Abril.

Me mira.

No sé quién se mueve primero. Creo que los dos. Creo que llevamos semanas moviéndonos hacia esto sin darnos cuenta, cada cena, cada subida al faro, cada silencio compartido, cada vez que nuestras manos se han rozado y ninguno se ha apartado. Creo que esta noche simplemente dejamos de fingir que no.

La beso.

Suave. Despacio. Con miedo, si soy sincero. Con el miedo de alguien que sabe que esto importa, que esto no es un beso de fiesta ni un beso de sidra ni un beso que se olvida mañana. Sus labios saben a sidra y a sal y a algo que no tiene nombre pero que me hace cerrar los ojos y olvidarme de todo lo que no sea este momento exacto. Esta arena. Estas brasas. Esta chica.

Ella me pone la mano en el pecho. Ahí, encima del corazón. No me empuja. La apoya. Los cinco dedos abiertos sobre mi

camiseta, como si quisiera comprobar algo. Como si quisiera asegurarse de que esto es real.

—Tu corazón va rápido —dice contra mi boca. Un susurro.

—Es que no estoy acostumbrado.

—¿A besar?

—A esto.

No digo más. No hace falta. Ella entiende. Siempre entiende. Nos besamos otra vez. Más largo. Más despacio. Con el sonido del mar detrás y las brasas apagándose y la arena fría debajo y las estrellas arriba. Sus manos me tocan la mandíbula, el cuello, el pelo. Mis manos le tocan la cintura, la espalda, ese hueco entre los omóplatos donde la camiseta se le pega a la piel y la piel es cálida y suave.

No sé cuánto tiempo. No miro el reloj. No existe el reloj. No existen los minutos ni las horas ni nada que no sea su boca contra la mía y sus manos en mi cara y el sonido de nuestras respiraciones mezclándose con el sonido del mar.

Cuando nos separamos, ella tiene los ojos brillantes y una sonrisa que no le había visto nunca. Una sonrisa sin miedo. Sin guardia. Sin dique. Abierta.

—Deberíamos volver —digo, porque es lo responsable, porque la arena está fría y hace viento y mañana tengo que pescar a las cinco y si no duermo me voy a dormir en el barco.

—Sí.

Pero no nos movemos. No todavía. Nos quedamos ahí un rato más, sentados juntos, con su hombro contra el mío y mis

dedos entre los suyos y las últimas brasas muriéndose delante como lucecitas de Navidad que se apagan una a una.

Volvemos caminando por el pueblo dormido. No nos soltamos la mano. Ella lleva mi chaqueta sobre los hombros y camina pegada a mí y nuestros pasos suenan al mismo ritmo en los adoquines. La dejo en su puerta.

—Buenas noches —digo.

—Buenas noches, Óliver.

Es la primera vez que dice mi nombre así. Despacio. Separando las sílabas. Como si fuera algo que quiere guardarse. Algo que le gusta cómo sabe.

Entro en mi casa. Me siento en la cama sin encender la luz. Me toco los labios con los dedos. Saben a sidra. A sal. A ella.

Por la ventana veo su casa. Se enciende la luz de su cuarto. La silueta detrás de la cortina. Se mueve. Se para. Desaparece.

No duermo en toda la noche. Pero no me importa.

No me importa nada.

15

Tres días raros.

No hay otra forma de describirlo. Tres días en los que no sé dónde poner las manos ni la mirada ni las palabras cuando lo veo. Tres días en los que el cuerpo entero se convierte en un sitio incómodo donde vivir.

Nos cruzamos en la puerta de casa por las mañanas. Él saliendo a pescar con las botas de agua y el jersey grueso, yo saliendo a dibujar con las zapatillas y el cuaderno. Las casas están pegadas, las puertas a tres metros la una de la otra. Es imposible no encontrarse.

—Hola.

—Hola.

Sonrisas incómodas. Un segundo de más mirándonos. Ese segundo que dura una eternidad, en el que los dos sabemos lo que pasó en la playa y los dos fingimos que somos personas normales que se dicen hola por la mañana y ya está. Y luego cada uno a lo suyo, como si la hoguera no hubiera pasado, como si la sidra no hubiera pasado, como si sus labios no hubieran pasado.

Pero pasaron. Lo tengo grabado en la boca. En la piel del pecho donde le puse la mano y sentí su corazón latir desbocado contra mis dedos. En la forma en que me dijo no

estoy acostumbrado a esto y yo supe exactamente a qué se refería con esto. En el olor de su chaqueta, que todavía tengo y que todavía huele a él y que todavía saco del armario por las noches para olerla como una psicópata.

El primer día lo evito. No a propósito, me digo. Me lo digo tres veces mientras me preparo el café a las seis de la mañana con las manos temblando, no del frío, de él. Simplemente subo al faro temprano, antes de las siete, cuando sé que ya ha salido a pescar, y vuelvo tarde, pasadas las dos, cuando sé que estará en el bar con Tomé. Ceno sola mirando los bocetos con un plato de pasta que cocino mal y como peor. Es más fácil dibujar un acantilado que mirar a un chico al que has besado junto a una hoguera y no saber qué significa. Es más fácil enfrentarse al vértigo que enfrentarse a esto, que no tiene nombre pero que me pone las manos frías y el estómago caliente.

El segundo día me lo cruzo en la tienda de Villaviciosa. Los dos a pie, porque el coche de Óliver está en el taller y el autobús pasa cada dos horas. Los dos comprando lo mismo: café, pan, fruta. Nos vemos desde puntas opuestas del pasillo de los lácteos. Él con un brick de leche en la mano. Yo con otro. Es tan absurdo que casi me río.

—Hola.

—Hola.

Pagamos por separado. Salimos de la tienda y empezamos a caminar hacia Tazones por la carretera comarcal, que tiene un arcén estrecho y árboles a los lados y un silencio que pesa como una losa. Caminamos a medio metro de distancia, que es la distancia más ridícula del mundo: ni lo bastante lejos para ser dos desconocidos que caminan en la misma dirección

ni lo bastante cerca para ser lo que sea que somos ahora. Medio metro. Cincuenta centímetros de asfalto y aire entre mi brazo y el suyo. Cincuenta centímetros que podrían ser un muro o un puente dependiendo de quién se atreva primero.

Nadie se atreve. Un coche nos adelanta y tenemos que pegarnos al arcén y su brazo roza el mío y los dos damos un paso hacia fuera como si nos hubiéramos quemado. Patético. Llegamos al pueblo en silencio. Cada uno a su casa. Cada uno a su puerta. A tres metros la una de la otra. Tres metros que podrían ser tres mil.

El tercer día no aguanto más. Llamo a Paula.

—Le he besado.

Silencio al otro lado. Dos segundos. Luego un chillido que me obliga a apartar el teléfono de la oreja y que probablemente oigan en el piso de abajo y en el de arriba y en todo el edificio de Ourense donde vive.

—Por fin. POR FIN. Llevaba tres semanas esperando este momento. Tres semanas, Abril. Tres semanas oyéndote hablar de ese tío sin que te dieras cuenta de que estabas hablando de ese tío.

—¿Tres semanas?

—Abril, cielo, cariño, alma de cántaro. Desde la segunda llamada que me hiciste ya se te notaba. Óliver esto, Óliver lo otro, el pescador me ha llevado al faro, el pescador me ha

enseñado un camino, el pescador cocina bien, el pescador tiene una risa que no sé cómo describirte.

—No lo llamo el pescador.

—Le has besado. Cuéntamelo todo. Todo. No te dejes ni una coma.

Le cuento. La hoguera, la sidra, el pueblo vaciándose, las brasas en la arena. La quietud. Su cara a la luz naranja del fuego. El beso. Suave, despacio, con sabor a manzana y a sal. Su corazón rápido debajo de mi mano. La vuelta caminando por el pueblo dormido sin soltarnos la mano. Paula hace ruiditos de aprobación y de emoción y de algo que suena sospechosamente a llanto contenido.

—¿Y ahora qué? —dice.

—Ahora nada. Llevamos tres días sin saber hablarnos. Nos cruzamos en la puerta y es como si nos hubieran reseteado.

Como si hubiéramos desaprendido a funcionar cerca el uno del otro.

—Ay, Abril.

—¿Qué?

—Que sois imbéciles. Los dos. Profesionalmente imbéciles. Ve a hablar con él. Llama a su puerta, le dices hola, y dejas que pase lo que tenga que pasar.

—No es tan fácil.

—Sí lo es. Es exactamente tan fácil como suena. Lo difícil es lo que ya has hecho: besarle. Ahora solo falta no salir corriendo.

—¿Y si no quiere que pase nada? ¿Y si fue cosa de la sidra y de la noche y de la hoguera y ahora se ha arrepentido?

—Abril, cariño, te besó junto a una hoguera en una playa. A las doce de la noche. Solos. Con las estrellas y el mar y toda la parafernalia. No es exactamente un gesto ambiguo. Los gestos ambiguos son invitarte a un café. Esto es una declaración de intenciones con decorado incluido.

Me río. A pesar de los nervios, a pesar del nudo en el estómago que llevo tres días alimentando con pasta quemada y silencio, me río. Paula tiene esa capacidad: reducir el drama a su tamaño real. Coger algo que a las tres de la mañana parece el fin del mundo y enseñarte que a las tres de la tarde cabe en la palma de la mano. Es lo que mejor se le da. Por eso es mi persona. Por eso la llamo siempre, aunque no le abra la

puerta, aunque no le conteste al teléfono, aunque desaparezca tres meses. Siempre vuelvo a Paula. Y ella siempre está.

—No es solo un pescador —le digo, y me sorprende lo seria que me sale la voz. Lo firme.

—Lo sé —dice Paula, más suave. Más despacio—. Se te nota en la voz, Abril. Se te nota desde hace semanas.

Colgamos. Me quedo sentada en la cama, con el móvil caliente en la mano y las piernas cruzadas y un silencio nuevo en la habitación. Miro por la ventana. Su casa. La luz de la cocina encendida. La silueta de alguien moviéndose detrás de la cortina. Abriendo un armario. Cerrándolo. Sentándose.

No voy a llamar a su puerta. No hoy. No esta noche. Hoy me quedo aquí, con los pies descalzos sobre el suelo frío de baldosa y el cuaderno abierto por una página en blanco que me mira como un desafío, como todos los desafíos que me he encontrado desde que llegué a este pueblo. Dibujo las brasas. Las brasas de la hoguera de aquella noche, naranjas y rojas y muertas por los bordes, con formas que parecen caras y que parecen manos y que parecen todo lo que quiero y no me atrevo a decir. Y entre las brasas, dos siluetas sentadas juntas en la arena. Cerca. No lo bastante.

Fuera, su luz se apaga. La casa de al lado se queda a oscuras. Él se ha ido a dormir. O se ha ido a no dormir, que es lo que hacemos los dos últimamente.

Me meto en la cama. Cierro los ojos. Pienso en sidra y sal. Pienso en su corazón contra mi mano. Me duermo con los

dedos sobre mi propio pecho, buscando un latido que no es el mío.

Mañana. Mañana será otra cosa. Mañana dejaré de ser cobarde. O seguiré siéndolo pero de una forma distinta, más valiente, más cerca del borde.

Mañana.

16

La invito a pescar.

No sé por qué. Bueno, sí lo sé. Porque llevamos tres días siendo idiotas y porque no se me ocurre otra forma de romper esto que no sea volver a lo que sabemos hacer: yo haciendo cosas, ella mirando. Ella dibujando, yo cerca. El protocolo de antes del beso pero con el beso ya dentro, ocupando sitio, cambiándolo todo.

Le mando un mensaje a las nueve de la noche. Escueto, porque no soy de mensajes largos ni de emoticonos ni de darle vueltas a las palabras en una pantalla.

"Mañana salgo a las 5. Vienes?"

Tarda siete minutos en contestar. Los cuento. Los siete minutos más largos de mi vida, más largos que cualquier temporal, más largos que la espera de la marea.

"Llevo cuaderno?"

"Lleva lo que quieras."

"Vale."

Y así, sin más, tres palabras en una pantalla, se acabaron los tres días raros. Como si alguien hubiera encontrado el

interruptor en la pared y lo hubiera pulsado y la luz hubiera vuelto.

A las cinco menos diez abro la puerta y ella está ahí. En el escalón de mi casa. Sentada, con los codos en las rodillas, como si llevara un rato esperando. Lleva un jersey gordo de lana que le queda enorme, probablemente de la cómoda de la casa de Consuelo, los ojos medio cerrados de sueño, el cuaderno bajo el brazo y el pelo recogido en una coleta torcida que se ha hecho a oscuras, a tientas, sin espejo.

—No he dormido nada —dice.

—Yo tampoco.

—¿Por qué no?

No contesto. Porque la respuesta es tú y a las cinco de la mañana no tengo fuerzas para decirlo ni para fingir que no es verdad. Le hago un gesto con la cabeza hacia el puerto. Se levanta. Bajamos juntos.

El pueblo está negro. No hay farolas en esta zona del paseo marítimo, solo la luz débil de la luna menguante y el reflejo del agua en las rocas del espigón, un brillo plata y frío que se mueve con las olas. Nuestros pasos suenan en los adoquines. Los suyos rápidos y cortos, los míos largos y lentos. Dos ritmos que no coinciden y que de alguna manera encajan.

La Galerna se mece suave en el amarre. La popa golpea el muelle con un sonido sordo, como un pulso. Le tiendo la mano para que suba a bordo. Ella la coge. Su mano está fría y pequeña y encaja en la mía de una forma que no debería sorprenderme pero me sorprende cada vez. Cada vez que la

toca algo dentro de mí se recoloca, como las piezas de un motor que por fin encuentran su sitio.

—Nunca he subido a un barco de pesca —dice, mirando la cubierta con esa atención que le pone a todo. Los cabos enrollados, las cajas de plástico apiladas, el timón gastado, la cabina pequeña que huele a gasóleo y a sal.

—Se nota.

Casi se cae al pisar la cubierta mojada. El barco se balancea y ella pierde el equilibrio y da un paso en falso y la agarro de la cintura antes de que se vaya al agua. Se queda quieta un segundo. Mis manos en su cintura. Su espalda contra mi pecho. Su pelo rozándome la barbilla. Un segundo que dura lo que tiene que durar, que es demasiado y no es bastante.

Luego la suelto. Ella se sienta en la proa como si hubiera nacido ahí. Cruza las piernas, abre el cuaderno sobre el regazo y mira al frente, hacia la boca del puerto, hacia el mar abierto que todavía está negro.

Salimos del puerto. El motor de La Galerna suena como siempre: un ronquido viejo y constante que es el sonido de mi vida desde que tengo memoria. El abuelo Celso me subió a este barco por primera vez cuando tenía cuatro años. Me sentó en la misma proa donde ahora está Abril y me dijo: esto es lo que hacemos, rapaz, este es tu sitio. Las luces de Tazones se quedan atrás. Cuatro puntos naranja que se hacen pequeños. El mar se abre, negro y denso, con un oleaje suave que mece el barco como un columpio lento.

Ella no tiene miedo del agua. Su vértigo es con la altura, no con el mar. En el barco se la ve tranquila, casi a gusto, con el viento en la cara y los ojos abiertos mirando la oscuridad que se va haciendo gris a medida que el cielo se enciende. No

necesita suelo firme para estar bien. Necesita no mirar abajo. Y en el mar no hay abajo. Solo agua que se mueve.

Pesco. No es una mañana espectacular: unas jurelas, un par de verdeles de buen tamaño, un congrio pequeño que devuelvo porque no ha crecido bastante. Le pongo cebo en el anzuelo. Le doy la caña. Le enseño a lanzar, que es más difícil de lo que

parece, y ella lanza y el sedal cae a dos metros del barco, que es lo mismo que tirarlo en la bañera.

—Más lejos —digo.

—Lo intento.

—Más muñeca. Menos brazo.

Lanza otra vez. Tres metros. Progreso.

No pesca nada en una hora. Ni una picada. Ni un tirón del hilo. Nada.

—Esto es frustrante —dice, mirando la caña con la misma cara que le pone al vértigo.

—Es pescar. Se pesca o no se pesca. La mitad del oficio es esperar.

—¿Y si no se pesca?

—Se espera más.

—No se me da bien esperar.

—Se nota. A ti todo te tiene que pasar ya. Todo rápido, todo ahora.

Me mira con los ojos entrecerrados. Medio enfadada, medio divertida. Es mi expresión favorita suya. La que pone cuando no sabe si insultarme o reírse. La boca apretada, la ceja izquierda un milímetro más alta que la derecha, los ojos

brillando de esa forma que me obliga a mirar para otro lado si no quiero hacer algo estúpido.

El amanecer llega sobre las seis y media. Despacio, sin prisa, como todo lo que pasa en el mar. El horizonte se parte en dos: abajo el mar negro que va volviéndose azul, arriba una línea de naranja que se extiende y se extiende hasta que el cielo entero cambia de color. Oro. Fuego. Rosa viejo. Algo entre todos los colores y ninguno, algo que no se puede pintar con precisión porque cambia cada segundo, cada latido, cada respiración.

Abril abre el cuaderno. Dibuja rápido, con trazos largos y urgentes, intentando capturar algo que se le escapa entre los dedos, algo que se mueve más deprisa que su mano. El carboncillo vuela sobre el papel. Me doy cuenta de que tiene los ojos húmedos.

—¿Estás bien?

—Sí —dice, y se ríe—. Es que es muy bonito. Es demasiado bonito. No puedo con tanto.

Es bonito. El amanecer. El mar en calma. El silencio que no es silencio, que es agua y viento y gaviotas que empiezan a despertar. Ella sentada en la proa de mi barco con las manos llenas de carboncillo y los ojos llenos de luz y la cara llena de

algo que se parece a la felicidad y que se parece al asombro y que se parece a estar exactamente donde necesitas estar.

—Esto es lo más bonito que he visto —dice sin levantar la vista del cuaderno.

—¿El amanecer?

Levanta la vista. Me mira. Una de esas miradas suyas que duran un segundo pero pesan como una hora. Que contienen más que un discurso. Que dicen todo lo que la boca no dice.

—Todo.

Me acerco. Ella no se aleja. No se encoge. No baja la mirada. Le limpio una mancha de carboncillo de la mejilla con el pulgar. Mi dedo en su piel. Su piel fría del amanecer, suave debajo del carboncillo. No se mueve. No respira. Yo tampoco.

La beso.

En medio del mar, con el sol subiendo y La Galerna meciéndose debajo de nosotros como una cuna vieja. La beso despacio, como en la playa, pero sin los nervios de la primera vez. Ahora es distinto. Ahora sé que quiero esto. Que ella quiere esto. Que los tres días raros se han acabado y que lo que viene después es algo que me da más miedo que cualquier tormenta pero que no quiero evitar.

Ella me pone las manos en la cara. Tiene los dedos fríos y manchados de negro y me dejan marcas en las mejillas y en la

mandíbula y no me importa nada. Puede marcarme entero. Puede dibujarme en la piel.

—Se te ha caído la caña al agua —dice cuando nos separamos. Sin aliento. Con una sonrisa que le ocupa toda la cara.

Miro. Es verdad. La caña flota a tres metros del barco, alejándose con la corriente, el carrete girando en el agua.

—Joder.

Se ríe. Una carcajada limpia, sin contener, que suena sobre el mar como algo que debería existir siempre. Una carcajada que espanta a las gaviotas y que me llena el pecho de algo caliente y grande que no tiene nombre.

Recupero la caña con el bichero. Estiro, tiro, maldigo. Ella se ríe más. Cada vez que la miro con cara de esto no tiene gracia, se ríe más fuerte. Me salpica al tirar del hilo mojado.

Volvemos al puerto a las nueve. Con el sol alto y el mar brillante y las gaviotas siguiendo el barco esperando restos. Ella no ha pescado nada. Me ha manchado la cara de carboncillo. Me ha besado en mi barco al amanecer. Ha tirado mi caña al agua por culpa de un beso. Ha dibujado un amanecer con las manos temblando de frío y de algo más.

Es la mejor mañana de pesca de mi vida.

Y no he pescado casi nada. Pero he pescado lo que importa.

17

Las ilustraciones del faro son las mejores que he hecho en mi vida.

Lo sé antes de que me lo digan. Lo noto en los trazos, en la profundidad, en algo que no sé explicar con palabras porque si supiera explicarlo con palabras no dibujaría. Es como cuando escuchas una canción que te pone la piel de gallina: no puedes decir por qué lo hace, no puedes señalar la nota exacta, pero lo sientes. Lo sabes con una parte de ti que no es la cabeza.

Las láminas de abajo, las que hice las primeras semanas desde la playa y desde el puerto, son bonitas. Técnicamente correctas. Buena composición, buen trazo, buena perspectiva. Aprobado alto. Podrían estar en un trabajo de clase de cualquier alumno aplicado de cuarto. Pero les falta algo. Les falta temblor.

Las de arriba son otra cosa.

Las de arriba tienen vértigo. Se nota. Se siente. Miras el dibujo y algo dentro de ti se inclina, el suelo se mueve un milímetro bajo tus pies, el borde está ahí, cerca, un paso más y caes. Pero también sientes el viento y el mar y la amplitud brutal de todo eso, el horizonte abierto y la costa extendiéndose kilómetros hacia el este y hacia el oeste y las olas abajo como encaje blanco sobre piedra gris. El miedo y la belleza juntos.

Inseparables. Como si fueran la misma cosa vista desde ángulos distintos.

Mi tutora llama un jueves por la tarde. La profesora Lourdes Carballo, que habla siempre como si tuviera un tren que perder y corrige como si le costara dinero cada elogio. Lleva cuatro años siendo mi tutora y creo que la he visto sonreír dos veces. Puede que tres, pero la tercera pudo ser un estornudo.

—He visto los bocetos que me has mandado.

Me siento en la cama. Aprieto el móvil con las dos manos. El estómago se me cierra como un puño.

—¿Y?

—Son las mejores que has hecho, Abril. Con diferencia. Con mucha diferencia.

Se me afloja algo en el pecho. Un nudo que llevaba meses ahí, tan apretado que ya ni lo notaba, que ya formaba parte de mí como forman parte de ti las cosas que duelen siempre. Se afloja y lo que queda debajo es alivio. Alivio puro, limpio, del que te hace cerrar los ojos y soltar el aire.

—Las de la parte alta del acantilado… Hay algo en ellas. No sé definirlo técnicamente, y eso me molesta porque se supone que es mi trabajo. Pero se siente. Transmiten vértigo de verdad. No el vértigo de alguien que imagina la altura, sino el de alguien que está ahí y tiene miedo y dibuja a pesar del miedo. Eso se nota, Abril. Eso no se puede fingir.

—Gracias, profesora.

—No me des las gracias. Dime qué ha cambiado. Porque llevas tres años y medio dibujando bien y esto es otra cosa. Esto

tiene algo que no tenían los trabajos anteriores.

La pregunta. Me la esperaba y aun así me pilla sin respuesta preparada. Pienso en Óliver. En su mano sujetando la mía mientras subíamos por el sendero. En cómo me hablaba de árboles y de vacas y de la historia del faro para que no mirara abajo. En la primera vez que llegué arriba y no podía respirar del miedo y de la emoción y él estaba ahí, sentado en una roca, fumando, esperando, sin una sola prisa en el cuerpo. En cómo dijo lo sabía cuando le conté que había subido sola. En cómo lo dijo sin sorpresa. Como si hubiera estado esperándolo desde el principio.

—El lugar —digo—. Tazones es especial. No se parece a nada de lo que he dibujado antes.

—Algo más hay —dice, y suena como si lo supiera. Como si pudiera oír lo que no digo a través del teléfono—. Pero no hace falta que me lo cuentes. Se ve en los dibujos. Lo que sea que estés viviendo ahí, sigue viviéndolo.

No contesto. Trago saliva. Me arden las mejillas.

—Sigue así. Cuando vuelvas hablamos de las fechas de la defensa del proyecto. Si las últimas láminas están al nivel de estas, tienes un proyecto de sobresaliente, Abril. Te lo digo yo, que no lo digo fácil.

Colgamos. Me quedo sentada con el teléfono en la mano y una sonrisa idiota en la cara que no me puedo quitar. El lugar. Es verdad. Es parte de la verdad. Pero no es toda la verdad.

La verdad es que antes dibujaba con miedo. Miedo a la altura, miedo al borde, miedo a que las piernas me fallaran y a que el pánico me comiera entera y a que la respiración se convirtiera en algo imposible y a que el mundo se cerrara otra vez como

se cerró en Ourense. Dibujaba desde abajo, desde lejos, desde la seguridad de la playa y del puerto y de los sitios donde los pies tocan suelo firme. Y los dibujos eran correctos. Buenos, incluso. Pero les faltaba algo. Les faltaba verdad. Les faltaba riesgo. Les faltaba el temblor de la mano que dibuja desde un sitio donde tiene miedo pero se queda.

Ahora dibujo desde arriba. Con las piernas temblando todavía, sí. Con el estómago encogido y la boca seca y los nudillos blancos de apretar el carboncillo. Pero también con algo más. Con la certeza de que puedo estar ahí arriba y no morirme. De que el vértigo no me va a matar. De que el miedo es una cosa y la caída es otra y que entre las dos hay un espacio, un hueco, un sitio donde cabe una persona sentada al borde de un camino con un cuaderno abierto y las manos manchadas de negro y los ojos llenos de lo que ve.

Y eso se nota. En los dibujos y en todo lo demás.

Extiendo las láminas en el suelo del salón. Diez ilustraciones terminadas, quince bocetos en distintas fases. Las coloco en orden: las de abajo a la izquierda, las de arriba a la derecha. La diferencia es evidente. Las de la izquierda son postales. Las de

la derecha son ventanas. Miras una y sientes que podrías caerte dentro.

Alguien llama a la puerta. Abro. Consuelo. Con un plato tapado con un paño de cocina a cuadros.

—Tortilla. Todavía caliente. Con cebolla, como tiene que ser.

—Consuelo, no hace falta que me traigas comida cada...

—Calla y come. Estás en los huesos. Y no me discutas, que llevo setenta años discutiendo y no he perdido ni una.

No estoy en los huesos. Estoy delgada, que no es lo mismo. Pero no merece la pena discutir con Consuelo, que tiene razón en lo de no perder. Cojo el plato. Ella mira las láminas del suelo por encima de mi hombro, con los ojos entrecerrados y la cabeza ladeada, como si las evaluara.

—Qué bonito. El faro. Lo pintó también una mujer hace años, una que vino de Madrid. Artista también, decía ella. Pero no le salía así. Le salía muerto. Plano. Como una foto mala. A ti te sale vivo.

Se va antes de que pueda darle las gracias como es debido. Cierra la puerta con un golpe seco y la oigo bajar el escalón murmurando algo sobre las chicas de hoy en día que no comen. Así es Consuelo: aparece, alimenta, opina, sentencia y desaparece. Como un fenómeno meteorológico con mandil y zapatillas de andar por casa. Una fuerza de la naturaleza de setenta años que huele a jabón Lagarto y a cebolla pochada.

Como la tortilla sentada en el suelo, entre las láminas. Está buena. Está muy buena. Consuelo cocina como hace todo lo demás: sin pedir permiso y con autoridad. Miro el faro que he dibujado desde todos los ángulos posibles. Desde la playa,

desde el puerto, desde el sendero, desde el camino de arriba, desde el borde donde me siento a dibujar. El mismo faro, distinto cada vez. Más real cada vez. Más mío.

No digo un chico. Digo el lugar. Pero sé la verdad.

La verdad tiene un metro ochenta y cuatro y las manos ásperas de redes y nudos y los ojos azul verdoso que cambian de color con la luz del mar. La verdad tiene una risa que se le escapa antes de poder pararla y una forma de esperar que no presiona y una voz que dice ya no necesitas que te distraiga con la misma naturalidad con la que dice pásame la sal. La verdad huele a sal y a madera mojada y cocina lubinas con limón y perejil y me besa en barcos al amanecer con el sol tiñéndolo todo de naranja.

Eso es lo que ha cambiado, profesora Lourdes. Pero no sé cómo se pone eso en la memoria del proyecto de fin de grado.

Miro el móvil. Tengo un mensaje de Óliver. Un solo mensaje, sin emoticonos, sin florituras.

"Cena en mi casa. 9."

Sonrío. Cierro el cuaderno. Miro las láminas del suelo una última vez. El faro desde arriba. El faro desde abajo. El faro desde todos los ángulos posibles. Y en todas las láminas, aunque no se vea, aunque no esté dibujado, hay alguien al lado. Alguien sentado en una roca, esperando sin prisa. Alguien que me enseñó el camino y luego se apartó para que lo subiera sola.

No hay apartado para eso en la memoria del proyecto. No hay apartado para alguien me enseñó el camino y ahora lo subo sola y por eso los dibujos son mejores. No hay apartado para el carboncillo en las mejillas ni para los besos en barcos al

amanecer ni para las manos ásperas que sujetan las mías cuando el suelo tiembla.

Pero debería haberlo.

18

No lo planeo.

No es una noche especial. No hay luna llena ni sidra ni hoguera ni fiesta de pueblo. Es un martes. Un martes normal de principios de julio con el cielo cubierto y el viento soplando del oeste y el mar sonando más fuerte de lo habitual porque hay oleaje de fondo, de ese que viene de lejos y llega cansado.

Abril está en mi casa porque ya no cenamos separados, porque en algún momento que no sabría señalar en el calendario dejamos de tener dos casas y pasamos a tener una y media. Su cepillo de dientes está en mi baño. Mi sudadera está en su armario. Las cosas van migrando de una puerta a la otra como si tuvieran voluntad propia.

Hay cervezas en la nevera y sobras de algo que cocinó ella, una pasta con tomate y algo que podría ser albahaca o podría ser cualquier hierba que encontró en el jardín de Consuelo. Estaba regular. Me la comí entera sin quejarme y repetí y le dije que estaba buena y ella supo que mentía y se rió y yo me reí y así es como funcionamos.

Estamos en el sofá. Ella con las piernas encogidas contra el pecho, descalza, con los calcetines de rayas que le quedan grandes. Yo con los pies en la mesa y la cerveza en la mano y la tele apagada porque no vemos la tele, no sé por qué la tengo encendida nunca, es un mueble más. El pueblo está callado

fuera. Ni viento, ni gaviotas, ni pasos. Una de esas noches en las que Tazones parece que contiene la respiración, como si esperara algo.

Y se me sale.

No sé por qué ahora. No sé por qué esta noche y no otra. Puede que sea porque llevo dos años guardándolo y el peso ya no cabe dentro. Puede que sea porque ella me mira sin esperar nada, sin preguntar nada, sin exigir nada, y eso es exactamente lo que necesito para abrirme. La ausencia de presión. El espacio.

—Marcos —digo.

Ella no se mueve. No se gira de golpe. No pregunta quién es Marcos. Ya sabe el nombre. Lo ha oído en el pueblo, en las conversaciones que se callan cuando yo paso, en los silencios que se alargan cuando alguien menciona la pesca o las tormentas. Lo ha oído en la boca de Tomé, que a veces dice el Marcos como si fuera el nombre de un barco y no de una persona. Lo ha visto en la mirada de Elvira cuando mira hacia el mar con esa expresión que no es tristeza sino algo más viejo que la tristeza.

—Salimos con tormenta.

La cerveza está tibia en mi mano. No bebo. No me muevo. Hablo. Y es como sacar una espina que lleva tanto tiempo clavada que ya forma parte del hueso. Que ya no sabes dónde acaba la espina y dónde empieza tú.

—Era octubre. Finales de octubre, casi noviembre. Llevaba tres días lloviendo, de esa lluvia horizontal que en Asturias llamamos orbayo, y el mar estaba movido pero el parte meteorológico decía que por la tarde amainaría. Marcos

quería salir. La temporada no estaba siendo buena y necesitábamos una jornada decente. Yo dije que sí. Podía haber dicho que no. Podía haber mirado la línea del horizonte, que estaba oscura y baja y no me gustaba, y haber dicho: mañana, Marcos, mañana salimos. Pero no lo dije.

Silencio. Abril no me toca. No me mira con pena. No hace ninguno de esos gestos automáticos que hace la gente cuando les cuentas algo triste: la inclinación de cabeza, la mano en el brazo, el ay. No hace nada. Espera. Me deja espacio.

—Salimos a las cinco de la mañana. El mar estaba movido pero no parecía peligroso. Olas de metro y medio, viento de fuerza cuatro, nada que no hubiéramos visto cien veces. Llevábamos toda la vida saliendo con mar así. El abuelo Celso salía con temporales que a nosotros nos habrían dado la vuelta y volvía con las cajas llenas. Nos creíamos eso. Que estábamos hechos de lo mismo. Que el mar nos conocía y nos respetaba porque éramos de aquí. Una estupidez. El mar no conoce a nadie.

Trago. Noto cómo las palabras me rascan la garganta al subir, como si tuvieran aristas, como si cada frase fuera un trozo de cristal roto.

—La tormenta llegó a las ocho. Antes de lo que decía el parte. Mucho antes. El viento cambió de dirección en veinte minutos, de sur a noroeste, y las olas empezaron a crecer. Tres metros, cuatro, cinco. La Galerna es un barco pequeño. Aguanta, pero no aguanta todo. Empezó a escorar y yo le dije a

Marcos que recogiéramos los aparejos y volviéramos. Él asintió. Fue a cubierta a recoger las nasas.

La cerveza me tiembla en la mano. La dejo en la mesa. No puedo sostenerla.

—Una ola nos pilló de costado. Grande. La más grande que he visto en mi vida. Escoró el barco cuarenta grados, puede que más. Marcos estaba en cubierta, de pie, recogiendo el último aparejo. Yo estaba al timón, dentro de la cabina, agarrado al asidero. Grité su nombre. Él no me oyó. O me oyó y no le dio tiempo a agarrarse. La ola pasó por encima de la cubierta y cuando el agua bajó él ya no estaba.

Cierro los ojos. Los cierro fuerte, tanto que veo manchas de luz detrás de los párpados, como estrellas falsas.

—Se fue al agua. Así. En un segundo. Estaba y dejó de estar. Como si alguien hubiera pulsado un botón y lo hubiera borrado de la cubierta. Sin ruido. Sin grito. Nada.

La casa está tan callada que oigo el reloj de la cocina. Tic. Tic. Tic. Y el zumbido de la nevera. Y mi propia respiración, que suena como la de alguien que ha corrido mucho.

—Tardé en girar el barco. Con el mar así, con las olas de costado, girar es lo más peligroso que puedes hacer. Pero lo hice. Tardé cuatro minutos. Cuatro minutos con el agua a tres grados y Marcos ahí abajo, en algún sitio. Cuando llegué al punto donde cayó… no estaba. Busqué una hora. Circulos en el agua. Gritando su nombre hasta quedarme sin voz. Llamé a Salvamento Marítimo. Vinieron dos lanchas. Un helicóptero.

Nada. Lo encontraron al día siguiente, en las rocas de la playa de Rodiles. A ocho kilómetros de donde cayó.

Abro los ojos. Abril me mira. Tiene los ojos húmedos pero no llora. Tiene esa cara que me desarma: la de alguien que está dentro de tu dolor contigo, no fuera mirándolo. No de visita. Dentro.

—Podía haber dicho que no —repito, y cada vez que lo repito suena más cierto y más injusto y más verdad—. Podía haber mirado el cielo y haber dicho: Marcos, hoy no, chaval, hoy nos quedamos en tierra tomando sidra en el bar de Elvira como las personas sensatas. Pero no lo dije. Porque me daba vergüenza decir que no. Porque los pescadores de aquí no dicen que no. Porque el abuelo Celso nunca dijo que no. Porque Marcos me habría llamado cobarde y me habría dolido y me daba más miedo eso que la tormenta.

La voz se me rompe. No lloro. No exactamente. No salen lágrimas. Es algo peor. Es un crujido seco en algún sitio dentro del pecho, como una rama que lleva dos años doblándose bajo un peso que no es suyo y que por fin se parte. Un sonido que no se oye pero que se siente en los huesos.

Abril no dice no fue tu culpa.

No dice el mar es impredecible. No dice no podías saberlo. No dice lo que me han dicho todos. Elvira con su voz dura y sus manos en mis hombros. Tomé con sus chistes que intentan tapar lo que no se puede tapar. Mi tía por teléfono desde Gijón

llorando más que yo. El psicólogo de Gijón al que fui tres veces y dejé de ir porque cada sesión era peor que la anterior.

Lo que dice es:

—Cuéntame cómo era.

La miro. Ella me devuelve la mirada. Firme. Sin pena. Sin lástima. Con algo que es más grande que todo eso. Algo que dice: no necesito que te disculpes, necesito que me hables de él.

—¿Marcos?

—Marcos. Cuéntame quién era.

Y le cuento.

Le cuento que Marcos Pola tenía veintisiete años y era un tío grande, ancho de hombros, con las manos como palas y una risa que oías desde el otro extremo del puerto. Que jugábamos al fútbol de críos en la playa de la Griega y él siempre iba de portero porque no le gustaba correr y porque con ese cuerpo tapaba media portería de estar quieto. Que se comía tres tortillas de Consuelo de un tirón y luego decía que no había cenado, con cara de no haber roto un plato. Que tenía una novia en Gijón, Laura, que le esperaba cada viernes, y él conducía una hora por la carretera comarcal con un ramo de flores del campo en el asiento del copiloto porque decía que

las de floristería eran trampas, que las flores de verdad crecen donde quieren y no donde les dicen.

Que era el único que me llamaba Oli. Que cuando lo decía sonaba a algo bueno, a algo cálido, y que cuando dejó de decirlo nadie más lo dijo y nadie más lo dirá.

Que quería un barco más grande. Uno que llegara hasta Irlanda, decía. Hasta Islandia. Hasta los bancos de bacalao del norte, donde los barcos grandes hacen dinero de verdad. Hablaba de ello cada noche en El Faro, con una cerveza en la mano y los ojos brillando, como si fuera un plan real y no un sueño de pescador de pueblo. Puede que fuera las dos cosas.

Hablo de Marcos toda la noche.

Toda la noche. Sin parar. Sin ordenar las historias ni buscar las palabras correctas. Se las doy como vienen: mezcladas, desordenadas, unas encima de otras. Las historias buenas y las malas y las que están en medio. Las veces que nos emborrachamos en la playa y nos bañamos de noche y el agua estaba helada y gritábamos como idiotas. La vez que se cayó del muro del puerto y se rompió la muñeca y dijo que no dolía mientras se le ponía la cara blanca. La vez que me cubrió en una pelea en Villaviciosa y le rompieron el labio y se rió con sangre en los dientes.

Y Abril escucha. Asiente. A veces se ríe con las historias buenas, con una risa suave que no interrumpe. A veces se le escapa una lágrima con las malas, una lágrima que no se limpia, que deja estar. Y en algún momento me coge la mano y no me la suelta. Y yo hablo y hablo y hablo y es la primera vez en dos años que hablo de Marcos sin intentar disculparme. Sin calcular las palabras. Sin buscar la absolución en la cara del

que escucha. Solo le cuento quién era mi amigo. Y alguien escucha.

Cuando amanece la cerveza está caliente y los ojos me escuecen y la garganta me arde y ya no me duele igual.

Sigue doliendo. Siempre va a doler. Pero distinto. Como una herida que por fin ha dejado de infectarse y empieza a cerrar. Todavía está ahí. Todavía duele si la tocas. Pero ya no supura. Ya no crece.

Abril se ha quedado dormida en el sofá, con la mano aún en la mía y la mejilla apoyada en un cojín y el pelo tapándole media cara. La tapo con la manta gris que era del abuelo Celso. No la despierto.

Salgo a la puerta. El amanecer está ahí. Naranja y gris. El mar está quieto, liso, como un espejo enorme que refleja un cielo que todavía no ha decidido qué tiempo va a hacer. El mismo mar que se llevó a Marcos. El mismo mar en el que salgo cada mañana. El mismo mar que me da de comer y que me quitó lo que más quería.

Respiro.

Y por primera vez en dos años, el aire me cabe entero en los pulmones.

19

Le debo una verdad.

Él me dio la suya. Me la dio entera, sin recortar, sin maquillar, sin los bordes limados. Me habló de Marcos hasta que amaneció y se le acabaron las palabras y yo me quedé dormida en su sofá con su mano entre las mías y la manta del abuelo Celso sobre los hombros. Me dio lo más oscuro que tenía y confió en que yo no saldría corriendo. No salí.

Ahora me toca a mí.

Es sábado. Media tarde. Estamos en mi casa. Él ha venido después de pescar, con olor a sal y a gasóleo, y se ha duchado aquí porque dice que mi agua caliente sale antes que la suya, lo cual es mentira, los dos lo sabemos, pero ninguno lo cuestiona ya. Ahora huele a mi champú, que es de romero y menta, y el contraste entre su pelo revuelto y el olor a mi cuarto de baño es un detalle estúpido e insignificante que me descompone cada vez. Que me recuerda que está aquí. Que viene. Que se queda.

Estamos sentados en el suelo del salón, entre las láminas extendidas. Él mira los dibujos con atención, pasando de uno a otro, acercando la cara a los detalles, señalando cosas. Yo le miro a él mirar los dibujos. Miro cómo inclina la cabeza cuando algo le llama la atención, cómo entrecierra los ojos,

cómo pasa un dedo por el borde de una lámina sin tocar el trazo, con cuidado, como si pudiera borrarlo.

Y antes de poder pensarlo dos veces, antes de que la parte de mí que se protege pueda meter un candado, lo digo.

—No vine aquí solo por el faro.

Me mira. Deja la lámina que tenía en la mano. Se queda quieto. Atento. Con ese silencio suyo que no presiona, que no exige, que simplemente deja espacio. El mismo silencio que le di yo cuando empezó a hablar de Marcos.

—La beca fue la excusa. O el motivo oficial. El que puse en la solicitud y el que le conté a mi madre y a Paula y a la profesora Lourdes. Pero no es la razón. No es la razón de verdad.

Cojo aire. Me aprieto las manos una contra otra en el regazo. Los nudillos blancos. Las uñas clavándose en la piel. El cuerpo preparándose para soltar algo que lleva año y medio cerrado con llave.

—En segundo de carrera tuve un episodio de ansiedad.

Lo digo y la palabra se queda en el aire del salón, flotando entre las láminas y el olor a carboncillo, ocupando un espacio que antes estaba vacío.

—No uno de esos que salen en las películas, donde alguien respira en una bolsa de papel y se le pasa en treinta segundos

y luego hace un chiste y sigue con su vida. Uno real. De los que duran meses. De los que te tragan.

La palabra meses la digo más bajo. Como si pudiera hacerla más pequeña susurrándola. Como si susurrar cambiara el tamaño de las cosas.

—Empezó con insomnio. Eso fue lo primero. No dormía. Tres noches seguidas, cuatro, cinco. El cuerpo agotado pero la cabeza encendida, dando vueltas, como un motor que alguien dejó arrancado y se fue. No podía apagar nada. Los pensamientos venían solos, a las tres de la mañana, a las cuatro, pensamientos que no tenían sentido y que sin embargo se sentían urgentes, como alarmas que sonaban sin motivo.

Óliver no dice nada. Está sentado con la espalda contra el sofá y las piernas estiradas y me mira con esos ojos suyos que no juzgan. Que no clasifican. Que no ponen etiquetas. Que solo están ahí.

—Luego me costaba salir de casa. Primero a clase. Me levantaba, me vestía, llegaba a la puerta y no podía abrirla. El picaporte era un muro. Después a comprar. Después a cualquier sitio. El mundo se volvió un lugar con demasiadas aristas. Demasiadas cosas que podían salir mal. Demasiada gente que podía mirarme, hablarme, preguntarme cosas. Todo me hacía daño. La luz, el ruido, las preguntas, los autobuses, las colas del supermercado, los bares, las clases, las voces de los profesores. Todo.

El silencio de la habitación es tan denso que puedo oír mi propio pulso en las sienes.

—Dejé de ir a clase. Dejé de contestar al teléfono. Paula venía a mi piso tres veces por semana y yo no le abría. Oía sus

golpes en la puerta y su voz diciendo Abril, abre, soy yo, y me quedaba en la cama con la almohada sobre la cabeza. Mi madre llamaba los domingos y yo dejaba sonar el móvil hasta que se cansaba. Le mandaba un mensaje después, estoy bien, mamá, solo estoy cansada. Estoy bien. Esa frase que dicen las personas que peor están.

Óliver se mueve. Solo un poco. Acerca su rodilla a la mía. No me toca. La acerca. Deja que el calor de su cuerpo llegue al mío a través del centímetro de aire que queda entre los dos.

—Pasé tres meses sin salir de mi cuarto en Ourense. Tres meses. Noventa y tantos días. El mismo cuarto, la misma cama, las mismas paredes con los mismos pósteres que colgué en primero y que ya no me decían nada. Dibujaba a veces, cuando las manos me obedecían. Cosas oscuras, pequeñas, repetitivas. Círculos, sobre todo. Muchos círculos. Uno dentro de otro dentro de otro, como si buscara un centro que no existía.

Se me escapa una risa corta. No es de humor. Es de nervios. De vergüenza. De la incomodidad de decir en voz alta lo que llevo año y medio empaquetando en algún cajón de la cabeza con un letrero que dice no abrir.

—Perdí segundo de carrera. Tuve que repetir curso completo. Mis compañeros se graduaron y se fueron y yo seguía ahí, un curso atrás, con gente nueva que no me conocía y que no necesitaba conocerme. Cuando alguien preguntaba, decía que

había tenido problemas de salud. Problemas de salud. Como si fuera una gripe. Como si la cabeza no fuera parte del cuerpo.

Óliver se acerca otro milímetro. Su rodilla toca la mía. No dice nada. No dice frases. No busca soluciones. Está.

—El vértigo empeoró entonces. Ya lo tenía de antes, de niña, de siempre. Le tengo miedo a las alturas desde que me acuerdo. Pero después de aquello se multiplicó. Como si el cuerpo hubiera aprendido un truco nuevo de tener miedo y ya no pudiera desaprenderlo. Las alturas, los espacios abiertos, los bordes, las ventanas altas, los puentes, las escaleras mecánicas. Todo lo que no tuviera suelo firme debajo, todo lo que implicara un abajo, se convirtió en amenaza. En peligro. En algo que evitar.

—¿Por eso viniste?

Su voz suena suave. Baja. Sin juicio.

—Por eso vine. La beca era la última oportunidad. Si no terminaba el proyecto de fin de grado este curso, ya no había más prórrogas. La facultad me lo dijo claro: o presentas en septiembre o pierdes la plaza. Y el proyecto que elegí, el que llevo diseñando desde tercero, era sobre paisaje vertical.

Acantilados. Faros. Vistas desde arriba. Es decir: sobre las cosas que más miedo me dan en el mundo.

—Suena a ti.

Le miro. Él me mira.

—Elegir lo que más miedo te da —dice, y lo dice suave, sin subrayarlo, sin ponerle énfasis, como si fuera algo obvio. Como si decirlo fuera señalar el cielo y decir es azul.

—No fue valentía, Óliver. Fue desesperación. No tenía más opciones. Era esto o dejarlo todo. Era venir a un pueblo de Asturias a dibujar acantilados que me dan pánico o admitir que la ansiedad había ganado y que yo ya no podía hacer nada más.

—A veces no hay diferencia entre las dos. Entre la valentía y la desesperación. A veces son la misma puerta vista desde dentro y desde fuera.

Se hace un silencio. Pero no de los que pesan. No de los que aplastan. De los que sostienen. De los que dicen sigo aquí, no me he ido, no me asustan tus monstruos porque tengo los míos y sé de qué están hechos.

—No se lo he contado a nadie aquí —digo, y la voz me sale más pequeña de lo que querría—. Consuelo cree que soy tímida. Elvira cree que soy rara de pueblo. Tomé cree que soy borde. Nadie sabe que la razón por la que me cuesta hablar con la gente, la razón por la que tardo en relajarme, la razón por la que a veces me quedo callada en mitad de una conversación con los ojos fijos en algún punto, es que pasé tres meses sin ver a otro ser humano y mi cuerpo todavía no

ha terminado de creerse que puede volver a estar entre la gente.

—Ahora lo sé yo.

—Ahora lo sabes tú.

Óliver me coge la mano. No dice nada. No dice eres valiente. No dice yo te entiendo. No dice has sido muy fuerte ni todo va a salir bien ni ninguna de las frases que la gente dice cuando no sabe qué decir y necesita llenar el silencio con algo. Me coge la mano y la aprieta y se queda ahí, con los ojos fijos en los míos, y es suficiente. Es exactamente suficiente. Es más que cualquier frase.

Se me caen dos lágrimas. Solo dos. Las noto bajar por las mejillas, calientes, lentas, y no me las limpio. Él tampoco. Las deja estar. Como yo dejé estar las suyas cuando me habló de Marcos. Porque hay lágrimas que no necesitan que las limpien. Necesitan que las dejen existir.

—¿Y ahora? —dice después de un rato largo, un rato que podría ser un minuto o una hora porque el tiempo hace cosas raras cuando alguien te sujeta la mano y te mira sin miedo.

—¿Ahora qué?

—¿Cómo estás ahora?

Miro alrededor. Mi salón temporal en una casa alquilada en un pueblo costero de Asturias que no sale en ningún mapa grande. Las láminas en el suelo, diez terminadas, quince en proceso, todas con olor a carboncillo y a fijador. La ventana abierta y el sonido del mar entrando como una respiración lenta, constante, que ya no me da miedo sino que me calma. La luz de la tarde cayendo sobre las baldosas del suelo y sobre

sus manos que sujetan las mías. Este chico con las manos ásperas de redes y los ojos azul verdoso y la paciencia infinita de quien sabe lo que es cargar con algo y no soltarlo nunca y un día descubrir que puedes.

—Mejor —digo—. Estoy mejor.

Y por primera vez en mucho tiempo, cuando lo digo, es verdad.

20

Empezamos besándonos y no paramos.

Eso no es nuevo. Llevamos días besándonos en cualquier sitio: en el puerto cuando no mira nadie, en el barco con olor a sal, en mi cocina mientras ella corta limones mal y yo le digo que los corta mal y ella me calla con la boca, que es la mejor forma de callar a alguien que existe. Pero esta noche es distinta. Esta noche los besos no se quedan en besos. Los besos van a algún sitio. Los besos tienen dirección.

Estamos en mi casa. Ha cenado aquí. Ha llovido otra vez, esa lluvia obstinada del Cantábrico que no para de verdad nunca, que descansa un rato y vuelve, y hay algo en la lluvia que nos empuja hacia dentro, hacia lo cerrado y lo cálido, hacia el sofá y la manta y la proximidad de los cuerpos que ya no necesitan excusa para estar cerca.

Ella lleva mi sudadera gris, la del forro desgastado, porque se dejó la chaqueta en su casa y no quiso salir a buscarla con la lluvia. Le queda enorme. Le llega a medio muslo. Las mangas le tapan las manos y solo se le ven las puntas de los dedos, manchadas de carboncillo como siempre. No debería ser algo que me descoloca. Una sudadera demasiado grande no debería hacerle eso a nadie. Pero me lo hace. Me descoloca entera.

Porque es mi ropa sobre su cuerpo y hay algo en eso que es íntimo de una forma que no esperaba.

Nos besamos en el sofá. Sus manos en mi cuello, frías al principio y luego calientes, con los dedos enredándose en el pelo de la nuca. Mis manos en su cintura, por debajo de la sudadera, por debajo de la camiseta, sobre su piel, que es suave y cálida y tiembla un poco bajo mis dedos. Un temblor fino, constante, como una cuerda de guitarra después de pulsarla.

—Óliver.

—¿Qué?

—La luz.

La miro. Tiene los ojos muy abiertos. No de miedo, no exactamente. De algo que se le parece pero que no es igual. De vulnerabilidad. De estar a punto de dar un paso y necesitar ver dónde pisa.

—No apagues la luz.

—Vale.

—Es que… necesito ver. Necesito saber dónde estoy. Si no veo me agobio y la cabeza empieza a hacer cosas y necesito…

—Abril.

Se calla.

—La luz se queda encendida.

No lo digo como una concesión. No lo digo como vale, si insistes. Lo digo como algo que se decide y punto. Porque

entiendo. Porque sé lo que es necesitar ver, necesitar controlar algo, necesitar que al menos una cosa sea como tú la necesitas cuando todo lo demás te supera. Yo tengo el mar. Ella tiene la luz.

Asiente. Se muerde el labio inferior. Le paso el pulgar por la mejilla, despacio, siguiendo la línea del pómulo hasta la mandíbula, y ella cierra los ojos un segundo. Solo un segundo. Como quien coge impulso.

—No tenemos que hacer nada —le digo—. Podemos quedarnos aquí. Puedo poner una película. Puedo preparar algo caliente. No tiene que pasar nada más que esto.

—Quiero. Es que...

—Lo sé.

—No lo sabes.

—Sé que te tiemblan las manos. Y sé que eso no significa que no quieras. Significa que importa. Que esto importa. Que no es cualquier cosa.

Me mira. Y algo cambia en su cara. Algo se suelta. Como cuando llegó al faro por primera vez y dejó de apretar la mandíbula y se le relajaron los hombros y por un segundo fue alguien sin miedo. No porque el miedo desapareciera, sino porque decidió que el miedo no iba a decidir por ella.

Eso.

Exactamente eso.

Vamos a mi cuarto. No es un cuarto bonito. No es un cuarto de revista ni de película. Es el cuarto de un tío de veintiséis años

que vive solo en un pueblo costero: la cama hecha a medias, con las sábanas torcidas y la almohada sin funda porque la otra está tendida, los libros en el suelo apilados sin orden, una foto del abuelo Celso en la mesilla con un marco de madera que le hice yo de crío en el colegio, el olor a sal que ya forma parte de las paredes como la humedad y la pintura. Pero la lámpara de la mesilla da una luz cálida, anaranjada, suave, y la cama es grande, más grande de lo que necesita un tío solo, y las sábanas están limpias porque las cambié esta mañana sin pensar en por qué las cambiaba.

La luz se queda encendida.

Nos sentamos en la cama. Los dos en el borde, como dos personas en una sala de espera. Me río de lo absurdo.

—¿Qué? —dice ella.

—Nada. Que parecemos dos críos.

—Somos dos críos.

—Tengo veintiséis años.

—Y te comportas como si tuvieras catorce.

—Tú también.

—Ya. Pero yo tengo excusa: soy más joven.

Nos reímos. Y la risa afloja algo. Abre una puerta que estaba cerrada. Hace que el cuarto sea más cuarto y menos escenario.

La beso. Despacio. Sin prisa. Con la certeza de que esto es lo que quiero y la precaución de quien sabe que la persona que tiene delante es algo frágil, no porque sea débil sino porque es valiente, y las personas valientes son las que más cuidado

necesitan. Porque han decidido no protegerse. Porque han elegido el borde. Y el borde necesita que alguien lo cuide.

Le quito la sudadera. Mi sudadera. La saco despacio, por la cabeza, y ella levanta los brazos y el pelo se le alborota y se ríe y yo me río y es mejor así. Debajo tiene una camiseta de tirantes blanca, fina, de esas de algodón barato que se venden en paquetes de tres. Tiene los hombros blancos, pálidos, con pecas que no sabía que tenía, pequeñas, dispersas, como si alguien le hubiera salpicado canela en la piel. Y una cicatriz pequeña en la clavícula izquierda, una línea fina y clara que no le pregunto de qué es. Ya habrá tiempo. Habrá tiempo para todas las preguntas.

Ella me quita la camiseta. Sus manos frías contra mi piel caliente. Un contraste que me eriza los brazos. Me recorre el pecho con las yemas de los dedos, los hombros, el costado, las costillas, con la concentración de alguien que estudia un mapa. Me mira como mira el faro cuando dibuja: intentando memorizar cada línea, cada sombra, cada forma. Grabándolo.

—Estás temblando —le digo.

—Tú también.

Es verdad. Las dos cosas son verdad.

Nos desnudamos despacio. Con torpeza. Con risa. Ella se enreda con el botón del vaquero y tira y no sale y tira más fuerte y se ríe y yo me río y ayudo y nuestras manos se chocan y son demasiadas manos para un solo botón y eso lo hace todo más fácil. Más real. Porque no es una escena de película con música de fondo y luz perfecta y dos cuerpos que encajan sin esfuerzo. Es real. Es dos personas que se gustan y que tienen miedo y que se ríen del miedo para que no les gane. Dos

personas que se chocan con las rodillas y que se disculpan y que se ríen otra vez.

Su cuerpo es lo que imaginaba y lo que no imaginaba. Pequeño, pálido, con la línea de las costillas marcándose suave cuando respira hondo y las caderas estrechas y las manos manchadas de carboncillo en los nudillos, siempre, como un tatuaje que no se va por más que se lave. Un lunar en el costado izquierdo, debajo del pecho, que parece puesto a propósito. La piel blanca que contrasta con la mía, bronceada de años de sol y sal. La miro como si fuera un sitio al que acabo de llegar y del que no quiero irme.

—No me mires así —dice, y la voz le sale un poco rota.

—¿Así cómo?

—Así. Como si fuera algo.

—Es que eres algo.

—Para.

—No sé parar.

Se le escapa una sonrisa. Temblorosa. Pequeña. Con los ojos húmedos. Perfecta.

No cuento los detalles porque hay cosas que no se cuentan. Hay cosas que pertenecen al cuarto y a la luz de la lámpara y a las sábanas y al silencio y que contarlas sería traicionar algo que es de dos y de nadie más. Diré que fue torpe. Que nos chocamos con las rodillas más de una vez y que ella se rió y que yo me reí y que en algún momento dejamos de reírnos y empezamos a respirar más fuerte y más cerca. Que le pregunté tres veces si estaba bien y las tres me dijo que sí, la

primera con una voz aguda que la hizo reírse de sí misma, la segunda con un susurro, la tercera sin hablar, solo asintiendo con los ojos cerrados.

Que fue lento. Que nos miramos todo el rato porque la luz estaba encendida y porque mirarse es una forma de decir estoy aquí que funciona mejor que cualquier palabra. Que sus manos me recorrían la espalda como si dibujaran algo sobre mi piel. Que mi nombre en su boca sonaba distinto, más corto, más urgente, más verdad.

Diré que fue imperfecto. Que la cama crujió y que ella se tapó la cara de vergüenza y que yo le aparté las manos y la besé y le dije que la cama cruje porque es vieja, no por nosotros. Que nos enredamos con las sábanas. Que su pelo se me metía en la boca y en los ojos y no me importaba.

Fue imperfecto. Y por eso fue perfecto. Porque lo perfecto no tiembla. Y esto temblaba entero.

Después nos quedamos tumbados. Ella con la cabeza en mi pecho, el pelo extendido sobre mi piel como una mancha oscura, escuchando algo que espero que sea mi corazón y no mi estómago. Yo con la mano en su pelo, pasando los dedos entre los mechones lisos, con el ritmo lento de quien acaricia algo que quiere conservar. Las piernas enredadas. La respiración todavía un poco rápida. La lámpara de la mesilla sigue encendida, derramando esa luz anaranjada sobre las sábanas revueltas y sobre nuestros cuerpos quietos.

La lluvia golpea la ventana. El mundo sigue girando fuera, con sus olas y su viento y su pueblo dormido y su faro allá arriba

en la oscuridad. Pero aquí dentro se ha parado un momento. Aquí dentro no hay tiempo. Solo piel y calor y respiración.

—Óliver.

—¿Qué?

—No he tenido pesadillas.

Tardo un segundo en entender. Luego lo entiendo. Se refiere a las otras noches. A las noches de Ourense. A los tres meses encerrada. A la oscuridad dentro de la oscuridad, a los sueños que eran acantilados de los que se caía sin llegar nunca al fondo. A todo lo que me contó el otro día sentada en el suelo entre sus láminas, con las manos apretadas y los nudillos blancos.

—Aquí no vas a tener pesadillas —le digo. Y lo digo como si pudiera prometérselo. Como si tuviera ese poder.

—No lo puedes prometer.

—No. Pero puedo dejar la luz encendida.

Se ríe. Esa risa suya, corta, baja, un poco rota por los bordes. Se acurruca contra mí. Se hace pequeña. Me agarra la camiseta que ya no llevo, así que me agarra a mí, al pecho, a la piel, a las costillas, como si pudiera caerse del mundo si me suelta. Y yo le pongo el brazo alrededor y la aprieto y pienso que hay formas de caer que no dan miedo.

No la suelto.

La lluvia sigue. Constante. Suave. Como una canción que alguien canta desde lejos sin esperar que la escuchen. Ella se duerme despacio. La respiración se le va acompasando con la

mía, como dos relojes que empiezan a la vez y se sincronizan sin darse cuenta.

Me quedo despierto un rato más. Mirando el techo. Mirando la lámpara encendida y las sombras que proyecta en la pared. Escuchando su respiración y la lluvia y el mar detrás de la lluvia. Pensando que hay formas de naufragio que no dan miedo. Formas de hundirse que se parecen mucho a estar a salvo. Formas de perder el control que son exactamente lo contrario de caerse.

La luz sigue encendida.

No la apago en toda la noche.

21

Me despierto con el brazo de Óliver sobre la cintura y el sonido de las gaviotas como despertador. Huele a sal, a sábanas tibias, a él.

No me muevo.

Me quedo así, con los ojos cerrados, notando el peso de su brazo y el calor que desprende. Fuera, las gaviotas gritan. El mar rompe contra las rocas del puerto. Un motor arranca: algún pescador que sale antes que Óliver. Todo suena lejano, amortiguado, como si la cama fuera una isla.

Llevo casi seis semanas en Tazones y la rutina se ha construido sola, sin que ninguno de los dos la planease. Él sale a pescar antes de que amanezca. Yo me quedo en la cama un rato más, escuchando el motor de La Galerna alejarse por la bocana del puerto hasta que se convierte en un zumbido y luego en nada. Luego me levanto, caliento café en el hornillo que chirría, abro la ventana para que entre el aire frío de la mañana y saco el cuaderno.

Dibujo hasta que me duelen los nudillos.

Las ilustraciones van bien. Tengo veintitrés de las treinta que necesito. Las mejores son las de arriba, las del faro: tienen algo que las de abajo no tienen. Una tensión. Un temblor en las líneas que no es un error, es el vértigo colándose en los

trazos. Mi tutora me llamó la semana pasada: dijo que eran las mejores que había visto en todo el curso. Me preguntó qué había cambiado. Le dije que el lugar. No le dije que el lugar incluye a un pescador de ojos azul verdoso que me espera sentado en una roca mientras yo dibujo.

A mediodía, Óliver vuelve con las manos oliendo a mar y el pelo revuelto. A veces trae pescado. A veces trae un bollo de Villaviciosa que ha comprado de camino. Siempre trae esa sonrisa que me desordena el estómago, la que empieza en los ojos antes de llegar a la boca.

Comemos juntos. En su casa o en la mía. No hay diferencia: las puertas no se cierran con llave. A veces ni siquiera llamamos. Entramos y ya está, como si las dos casas fueran la misma con un pasillo raro en medio.

Por las tardes subo al faro. A veces sola, a veces con él. Dibujo los acantilados desde ángulos que hace un mes me habrían paralizado. La cornisa norte, donde el viento pega más fuerte. La escalera rota del lado este. El borde del camino, donde la hierba se acaba y empieza el aire. El vértigo sigue ahí, no se ha ido. Pero ya no manda. Es como un perro viejo que ladra pero no muerde: sé que está, lo noto, y aun así camino.

Hoy, cuando bajo, Consuelo me espera en la puerta con un táper. Lleva un delantal de flores y tiene las manos rojas de fregar. Me mira con esos ojos pequeños, arrugados, que lo ven todo.

—Hija, te he hecho pote. Para los dos, ¿eh?

Dice para los dos como quien dice para la familia. Como si fuera obvio. Como si Óliver y yo fuéramos una cosa que

siempre ha existido y ella simplemente la hubiera descubierto antes que nosotros.

—Gracias, Consuelo.

—Y he metido un trozo de compango que me ha sobrado. Que ese chico come poco, con lo grande que es.

Le doy un beso en la mejilla y me llevo el táper a casa. Huele a fabas y a pimentón. A invierno asturiano, aunque estemos casi en verano.

Óliver aparece diez minutos después, con el pelo mojado de la ducha y una camiseta limpia que le marca los hombros. Entra sin llamar. Se apoya en el marco de la puerta de la cocina.

—Consuelo —digo, señalando el pote.

—Si es que esa mujer nos quiere casar.

—Ya estamos medio casados. Compartimos comida de la vecina.

Se ríe. Me gusta cómo se ríe: alto, abierto, sin guardarse nada. Se sienta y come directamente del táper. Yo como del mío. Nuestros pies se tocan debajo de la mesa y ninguno de los dos los aparta.

Le cuento lo que he dibujado hoy: una vista del faro desde el sendero del norte, con la niebla baja cubriendo la base del acantilado. Él me cuenta que ha visto delfines cerca de la

costa, tres o cuatro, saltando entre las olas. Me dice que mañana me lleva a verlos si salen otra vez.

—¿En el barco?

—¿Dónde si no?

—La última vez que subí al barco no pesqué nada.

—Pero dibujaste un amanecer que vale más que cien kilos de bonito.

Después de comer vamos a la sidrería. El sol de junio pega fuerte pero en cuanto entras en el local de Elvira huele a madera vieja y a sidra derramada y la temperatura baja cinco grados. Elvira nos sirve sin preguntar. Dos sidras, un par de cachopos que no hemos pedido.

—Ya era hora, chaval —le dice a Óliver. Y luego a mí—: Llevo un mes esperando que espabiléis.

—Un mes es mucho.

—En este pueblo un mes es media vida, guapa. Aquí el tiempo pasa diferente. Un año en Madrid son tres meses en Tazones.

Tomé aparece desde la barra de El Faro, que está justo al lado, separado por una pared de piedra que no llega al techo. Lleva

una camiseta de los Ramones que le queda dos tallas grande y tiene migas de bollo en la barba de tres días.

—¿Qué tal la pareja del año?

—No somos la pareja del año —digo.

—Sois la única pareja del pueblo. Eso os convierte automáticamente en la del año. Es pura estadística.

Óliver le da un empujón. Tomé se ríe y casi tira la sidra. Elvira pone más sin que nadie lo pida. Y yo pienso: esto es lo que se siente cuando perteneces a un sitio. Cuando la gente te conoce por tu nombre y te guarda un sitio en la barra y te hace pote sin que lo pidas.

El problema es que no pertenezco.

Eso lo pienso después, sola, en mi casa. Sentada en el suelo de la cocina, con la espalda contra la pared y las piernas cruzadas. Mirando el calendario que tengo clavado con una chincheta junto a la ventana. Las fechas tachadas con rotulador rojo. Las que quedan, limpias, blancas, acusándome.

Dos semanas.

La beca acaba en dos semanas y no he dicho nada. Ni una palabra. Ni una mención. Como si ignorar la fecha pudiera hacer que desapareciese. Como si el tiempo fuera algo que puedo controlar dibujándolo despacio.

Cojo el móvil. Llamo a Paula.

—Tía —contesta al primer tono. Como siempre. Paula siempre coge al primer tono, como si tuviera el móvil pegado

a la mano.

—Paula.

—¿Qué pasa? Se te oye rara.

Me siento en el suelo, con la espalda contra la pared. Las piernas cruzadas. El cuaderno en el regazo, abierto por un dibujo del puerto que hice ayer. Los barcos, las redes colgando, los gatos en el muelle. En la esquina hay un Óliver pequeñito, apoyado en una barca, con las manos en los

bolsillos. Lo dibujé sin darme cuenta. Últimamente aparece en todos mis dibujos, como una firma involuntaria.

—Estoy bien. Estoy muy bien.

—¿Y entonces?

—Que estoy bien y me da miedo.

—¿Miedo de qué?

—De acostumbrarme. De levantarme cada mañana con su brazo encima y que eso se convierta en lo normal. Y luego tener que irme y que lo normal desaparezca.

Silencio. Paula tarda en contestar, lo que significa que se lo está tomando en serio. Cuando Paula contesta rápido es que está de broma. Cuando tarda es que piensa.

—¿Se lo has dicho?

—No.

—Abril.

—Ya lo sé.

—No puedes hacer como si la fecha no existiera. La fecha existe. Está ahí, en el calendario, y cada día que pasa sin que se lo digas es un día más de mentira.

—No es una mentira. Es una… omisión.

—Es lo mismo y lo sabes.

—Ya lo sé —repito. Porque lo sé. Lo sé desde hace días. Lo supe la primera vez que miré el calendario y conté las fechas y

sentí el estómago encogerse.

—¿Y qué vas a hacer?

Miro el dibujo del puerto. El Óliver diminuto, de trazos rápidos, con las manos en los bolsillos y el pelo cayéndole sobre la frente.

—No lo sé.

—Eso no es una respuesta, Abril.

—Es la única que tengo.

Paula suspira. La oigo moverse, cambiar el móvil de oreja.

—Habla con él. Antes de que sea demasiado tarde. Antes de que se entere por otro lado. En un pueblo de doscientas personas, todo se sabe.

—Lo sé.

—Pues hazlo.

Cuelgo. Me quedo sentada en el suelo un rato largo. Fuera, el mar suena como siempre. Constante. Indiferente. No le importa si me quedo o me voy. El mar sigue rompiendo igual.

El cuaderno se me cae al suelo. Lo recojo. Lo cierro. Apago la luz.

Me tumbo en la cama que todavía huele un poco a Óliver. A su champú barato, al salitre que se le queda en la piel, a algo

cálido que no tiene nombre.

Dos semanas.

Mañana se lo digo, pienso. Mañana.

No duermo.

22

Hoy La Galerna necesita trabajo serio.

La pintura del casco se levanta por la proa como piel quemada, hay un par de tablas que crujen más de la cuenta y el motor ha empezado a hacer un ruido que no me gusta. Un ruido como de queja, de cansancio, de barco que lleva demasiados años peleándose con el Cantábrico. La Galerna tiene más años que yo y ha visto más tormentas. Fue del abuelo Celso, que la construyó con sus propias manos en un astillero de Lastres, y ahora es mía, con todas sus cicatrices.

La saco a tierra con la ayuda de Tomé y nos ponemos a lijar la proa. El sol de junio pega fuerte y las gaviotas hacen círculos por encima como si supervisaran la obra.

Tomé trabaja callado, lo que en Tomé es un milagro. Normalmente no para de hablar: de fútbol, de la temporada de pesca, de la chica del supermercado de Villaviciosa que le

sonrió una vez hace tres meses y que él sigue interpretando como una declaración de amor.

Abril aparece a las once con un café en un vaso de cristal y el cuaderno bajo el brazo. Tiene una marca de almohada en la mejilla y los ojos todavía un poco hinchados de sueño.

—¿Puedo ayudar?

—¿Has lijado un barco alguna vez?

—No.

—Se nota —digo, aunque no ha empezado.

Le paso una lija. Se arrodilla junto al casco y se pone a trabajar con una concentración que me recuerda a cuando dibuja: el ceño fruncido, la mandíbula apretada, los labios entreabiertos. Pero lija fatal. Demasiada fuerza en un sitio, nada en el de al lado. Le quedan franjas desiguales que parecen arañazos de gato gigante.

—Abril, esto parece un cuadro abstracto.

—Igual es arte.

—No lo es.

—¿Cómo lo sabes? A lo mejor en veinte años esto se vende en el Reina Sofía. Barco lijado por manos inexpertas. Técnica mixta.

Se ríe de su propio chiste. Tiene manchas de pintura vieja en la camiseta y una raya de polvo blanco en la mejilla derecha.

Me acerco y se la quito con el pulgar. La piel debajo está caliente, suave. Ella se queda quieta. Me mira.

—Tienes… —digo.

—¿Qué?

—Nada. Ya está.

No aparto la mano. Ella no se mueve. Nos quedamos así un segundo, dos, hasta que Tomé carraspea desde el otro lado del barco con la sutileza de un elefante en una cristalería.

—Cuando queráis seguimos lijando, ¿eh? Que este barco no se arregla solo.

Abril vuelve a su trozo de casco. Yo al mío. Pero noto el calor de su piel en el pulgar durante un buen rato.

Trabajamos hasta la una. El sol sube y el calor aprieta. Tomé se quita la camiseta y se queda en tirantes, quemándose los hombros. Abril abandona la lija y se sienta en el muelle a

dibujar La Galerna varada en tierra, con la quilla al aire como un animal boca arriba.

Tomé se acerca a mí cuando ella no oye.

—Nunca te había visto así —dice, bajando la voz.

—¿Así cómo?

—Así de tonto. De los que sonríen sin motivo. De los que se quedan mirando a alguien cuando creen que nadie les ve.

—Calla.

—No, en serio. —Se apoya en el casco con los brazos cruzados. Tiene la cara roja del sol y virutas de pintura en el pelo—. Llevas dos años con cara de velatorio, primo. Desde lo de Marcos. Y ahora mírate. Hace un rato le has quitado una mancha de la cara con el pulgar como si fueras el protagonista de una película mala.

—No ha sido para tanto.

—Ha sido exactamente para tanto.

Le doy un empujón. Él se ríe. Volvemos al trabajo.

Abril vuelve a media tarde con tres botellas de agua y un paquete de galletas María que ha comprado en la tienda de Consuelo. Nos sentamos los tres en el borde del muelle, con las piernas colgando sobre el agua. El puerto huele a algas y a brea caliente. Las barcas se mecen despacio. Un gato naranja duerme enrollado en una red.

Abril dibuja La Galerna mientras come galletas. Trazos rápidos, seguros, sin mirar el papel. Mira el barco, baja la

mano, mira el barco, baja la mano. El dibujo crece como si lo hiciera solo.

Tomé me da un codazo. Señala con la barbilla hacia Abril, luego hacia mí, y mueve las cejas como un imbécil.

—Calla —digo antes de que hable.

—No he dicho nada.

—Ibas a hacerlo.

—Solo iba a decir que hacéis buena pareja.

—Tomé.

—Vale, vale. Me callo.

No se calla, pero al menos baja la voz.

Por la tarde, Abril se va a dibujar al faro y yo me quedo terminando la proa. Lijo, imprimo, doy una primera capa de pintura azul —el mismo azul que eligió el abuelo Celso hace treinta años, el mismo que mi padre repintaba cada

primavera antes de irse a Gijón—. Trabajo hasta que el sol baja y la pintura se vuelve naranja con la luz del atardecer.

Limpio las brochas. Guardo las lijas. Cubro el barco con la lona.

Subo a casa. Me ducho. El agua caliente me destensa los hombros. Me pongo ropa limpia.

Y entonces me quedo quieto en la cocina. La luz del techo zumba. El grifo gotea.

Miro el calendario que tengo clavado en la pared junto a la nevera. Junio. Las casillas tachadas con una equis de rotulador, una detrás de otra, como una fila de días que ya no existen. Cuento las que quedan. Cuento las semanas. La beca de Abril era de dos meses. Llegó a principios de mayo.

Dos meses.

Hago las cuentas despacio, como si al hacerlas despacio pudiera cambiar el resultado. Pero el resultado no cambia. Quedan pocas semanas. Puede que menos. Puede que ya esté contando los días y no me haya dicho nada.

Me siento en la silla. Pongo las manos sobre la mesa, planas, mirando el calendario como si fuera una sentencia.

No ha dicho nada. Ni una vez. Ni una mención a cuándo se va, a qué pasa después, a si esto que tenemos tiene fecha de caducidad como un yogur en la nevera. Hemos cenado juntos cada noche. Hemos dormido juntos. Me ha ayudado a lijar un barco que ella no sabe lijar. Y en todo ese tiempo, ni una sola

palabra sobre cuándo acaba la beca. Sobre lo que viene después.

Ceno solo. Pan, queso, un vaso de vino del que apenas bebo. Me siento en la cocina con la luz del techo zumbando y el mar sonando fuera, constante, indiferente, como si no pasara nada.

A las once veo la luz de Abril encendida por la ventana. Está dibujando, seguro. Siempre dibuja hasta tarde, con esa obsesión silenciosa que tiene, como si el mundo solo existiera dentro de su cuaderno.

Aprieto el vaso.

No es justo enfadarse por algo que todavía no ha pasado. Lo sé. Pero la inquietud no pide permiso. La inquietud entra por la puerta de atrás, se sienta en el sofá y se queda.

Me acuesto. Tardo en dormirme. Me doy la vuelta. Otra vez. Otra vez.

No digo nada.

23

Quedan once días.

Los cuento cada mañana. Es lo primero que hago cuando abro los ojos: mirar el techo, escuchar el mar, restar. Como una cuenta atrás que no he activado yo pero que no puedo parar. Un reloj dentro del pecho que marca los días con un golpe seco.

Once días para terminar las ilustraciones. Once días para empaquetar los carboncillos y los lápices y los cuadernos manchados. Once días para volver a Ourense, presentar el proyecto fin de grado y cerrar el capítulo de la carrera que lleva colgándome desde hace dos años como una piedra atada al tobillo.

Once días para decirle a Óliver que me voy.

No sé cómo se dice eso. No sé qué palabras se usan cuando alguien te ha abierto la puerta de su vida entera —su casa, su barco, su pueblo, su historia con Marcos, todo— y tú tienes

un billete de vuelta guardado en el cajón de la mesilla, debajo de un cuaderno, como si esconderlo lo hiciera menos real.

Me levanto. Café. El hornillo chirría. El agua tarda en hervir. Me quedo de pie mirándola, con los brazos cruzados y el frío de la mañana en los pies descalzos.

Cuaderno. Carboncillos. Botella de agua.

Dibujo más que nunca. Hay una urgencia en los trazos que no estaba antes. Las líneas salen más rápidas, más profundas, como si apretara el carboncillo contra el papel con la fuerza que no uso para hablar. Cada dibujo es un intento de atrapar algo que no me puedo llevar en la maleta. El olor del mar al amanecer. La luz rasante de las tardes en el acantilado. La forma en que las nubes se enganchan en la cima del faro cuando hay humedad.

Si dibujara a Óliver, sería más fácil. Pero Óliver no cabe en un cuaderno. Óliver es el sonido de La Galerna volviendo al puerto, el olor a sal en las sábanas, la risa que se cuela por la pared que separa nuestras casas.

Subo al faro a las ocho. El camino ya me lo sé de memoria. Cada piedra, cada raíz que cruza el sendero, cada curva donde el viento cambia de dirección y huele a eucalipto en vez de a mar. Mis piernas ya no tiemblan. Mis manos sí, pero por otras razones.

Me siento en el mismo sitio de siempre, a cinco metros del borde, con el cuaderno apoyado en las rodillas. El faro está blanco contra el cielo gris. El mar abajo, oscuro, moviéndose como un animal enorme que respira. No miro abajo. Dibujo lo que tengo delante: la torre, la puerta oxidada con el candado

roto, la hierba que crece entre las grietas del cemento como si quisiera recuperar lo que es suyo.

Pero hoy no me sale bien.

Las líneas se tuercen. La proporción del faro está mal: demasiado ancho, demasiado bajo, como una caricatura. El carboncillo se me parte entre los dedos. Mierda. Arranco la hoja, la hago una bola, la tiro al suelo. Empiezo otra.

La torre. La puerta. La hierba.

Tampoco.

Arranco. Bola. Suelo.

Me quedo mirando el papel en blanco. El viento me tira del pelo, me mete mechones en la boca. Una gaviota pasa tan cerca que oigo el batir de las alas y siento el aire que mueve. El cuaderno se me ondula por el viento.

No es el dibujo. Es lo que hay detrás. No puedo dibujar porque lo único que ocupa mi cabeza son los billetes del cajón y las

palabras que no digo y la cara que pondrá Óliver cuando se lo cuente.

El móvil vibra en el bolsillo. Paula.

—¿Se lo has dicho ya?

—Buenos días a ti también.

—Abril. ¿Se lo has dicho?

—No.

—Han pasado cuatro días desde que hablamos. Cuatro días, Abril.

—Lo sé.

—¿Qué esperas? ¿Que se entere solo? ¿Que lo lea en tu cara? ¿Que Consuelo se lo diga mientras le da un táper de pote?

Me muerdo el labio. Eso es exactamente lo que estoy haciendo: esperar que el tiempo hable por mí. Que Óliver mire el calendario y lo entienda. Que la fecha llegue y yo no tenga que pronunciar las palabras.

Cobarde. Soy una cobarde. Puedo subir a un acantilado que me da vértigo pero no puedo abrir la boca y decirle al hombre con el que duermo que me voy en once días.

—No es fácil —digo.

—Nada es fácil, tía. Vivir en Ourense con mil doscientos euros no es fácil. Aprobar cuarto de Bellas Artes no es fácil. Subir a un faro con acrofobia no es fácil. Y lo has hecho todo. Pero si

no se lo dices tú, se va a enterar de otra forma y va a ser peor. Mucho peor.

Tiene razón. Lo sé.

—¿Qué le digo? —pregunto, y mi voz suena más pequeña de lo que querría.

—La verdad. Que te tienes que ir. Que tienes una carrera que terminar. Que el proyecto necesita una defensa presencial y una tutora que te apruebe y un tribunal que te puntúe. Y que eso no significa que lo vuestro se acabe.

—¿Y si para él sí significa eso?

Paula no contesta. Oigo su respiración al otro lado. Un claxon de fondo: está en la calle, seguramente camino de algún sitio, con el móvil entre el hombro y la oreja como hace siempre.

—Entonces mejor saberlo ahora —dice al final—. Que dentro de nueve días.

Cuelgo. Guardo el cuaderno. Miro las bolas de papel arrugado en el suelo: cuatro, cinco. Las recojo y me las meto en el bolsillo. Bajo del faro con las manos vacías por primera vez en semanas.

El camino de bajada se hace largo. Normalmente dibujo algo en cada parada: la curva del sendero, una roca con forma de

cara, el perfil de la costa. Hoy no paro. Bajo recto, con las manos en los bolsillos y la cabeza llena de ruido.

Cuando llego al pueblo son las doce. El sol ha salido entre las nubes y el puerto brilla. Las barcas se mecen. Huele a sal y a fritanga de alguna cocina cercana.

Paso por la sidrería. Elvira me ve desde la barra y me hace un gesto con la mano para que entre. Entro. Me pone una sidra sin que la pida.

—¿Estás bien, moza?

—Sí.

—Mientes fatal. Se te nota en los ojos. Y en las manos: no traes el cuaderno.

Miro mis manos. Vacías. Sin carboncillo, sin lápiz, sin mancha. Manos de no haber dibujado nada.

—Día raro —digo.

Elvira me mira pero no insiste. Seca un vaso. Pone otro debajo del grifo. El bar está vacío a esta hora.

Óliver pasa por la puerta. Me ve. Entra. Se sienta a mi lado en la barra. Pide una sidra. Huele a mar y a jabón: acaba de volver

de pescar y ducharse.

—¿Has subido hoy? —pregunta.

—Sí.

—¿Has dibujado?

—He intentado.

Me mira. Sabe que algo pasa. Óliver siempre sabe. Tiene esa forma de mirarme como si leyera las cosas que no digo, como si los silencios tuvieran subtítulos que solo él puede ver.

—¿Qué pasa? —pregunta. Su voz suena suave, abierta, sin presión.

Y aquí es donde debería decírselo. Aquí, ahora, con Elvira secando vasos al fondo y la luz de la tarde entrando por la ventana y el olor a sidra y a madera vieja. Debería abrir la boca y decir: me voy en once días. Debería decir: tengo billetes en el cajón. Debería decir: perdona por no habértelo dicho antes.

—Nada. Día raro.

—Vale.

No insiste. Óliver nunca insiste. Es su virtud y su defecto: respeta los silencios de los demás como si fueran sagrados. Me pone la mano en la rodilla por debajo de la barra. La deja ahí. Callada. Firme. Cálida.

Cenamos en su casa. Él hace una tortilla de patatas que le queda un poco cruda por el centro, como siempre, y yo la como entera sin quejarme, como siempre. Corto el pan. Abro una botella de vino blanco que sobró de la semana pasada. Comemos en silencio, pero un silencio cómodo, de los que

solo existen cuando te conoces de verdad, cuando no necesitas llenar el aire con palabras para sentirte acompañada.

Después me quedo en su sofá, con los pies encima de sus piernas, repasando las ilustraciones del proyecto. Las extiendo sobre la mesa baja, una al lado de otra, como un mapa de los últimos dos meses. Hay veintitrés. Necesito treinta. Puedo hacerlo en once días. Las siete que faltan ya las tengo en la cabeza: sé qué ángulos, qué luces, qué encuadres.

Tengo que hacerlo en once días.

Óliver ve la tele con el volumen bajo. Un partido de algo que no me importa. Me acaricia el tobillo con el pulgar sin darse cuenta, un gesto automático, como respirar.

Miro sus manos. Grandes, ásperas, con callos de las redes y una cicatriz fina en el dorso que nunca me ha explicado. Manos que me han sujetado en los caminos cuando el vértigo me empujaba hacia abajo. Manos que me han tocado despacio, con paciencia, como si yo fuera algo frágil que mereciera cuidado.

Mañana se lo digo.

Me prometo eso cada noche, cuando me tumbo en su cama o en la mía, con el mar sonando fuera y las estrellas que aquí se ven de verdad, no como en Ourense.

Y cada mañana lo pospongo otra vez. Un día más. Solo un día más.

Once. Diez. Nueve.

La cuenta atrás no para.

24

Los encuentro en la mesa de su cocina.

No los busco. No estoy curioseando ni abriendo cajones. Entro a dejarle una bandeja de bocartes que me ha sobrado de la captura —mentira, los he apartado para ella como hago cada mañana, escogiendo los más gordos, los más brillantes, los que ella dice que parecen de plata— y los veo ahí, junto al

cuaderno y una taza de café a medias que todavía echa un hilo de vapor.

Dos billetes de autobús. Impresos en papel normal, con los bordes arrugados como si alguien los hubiera cogido y soltado muchas veces.

Tazones-Villaviciosa. Villaviciosa-Ourense.

Fecha: veintisiete de junio.

Cuento. Estamos a dieciocho.

Nueve días.

Me quedo de pie con la bandeja en la mano. El plástico cruje porque estoy apretando. Los bocartes se deslizan hacia un lado.

Nueve días.

Ella lo sabía. Lleva días, semanas sabiéndolo. Y cada mañana me ha besado como si no pasara nada. Cada noche ha cenado conmigo, ha dormido conmigo, se ha quedado en mi sofá con los pies en mis piernas mirando las ilustraciones. Y los billetes estaban aquí. En la mesa. Esperando.

Dejo los bocartes en la encimera. Miro los billetes otra vez, como si fueran a cambiar. Como si la fecha fuera un error de imprenta. No cambian. Veintisiete de junio. Ourense. Ida.

No de ida y vuelta.

Ida.

Abril no está. Habrá subido al faro, como todas las mañanas. Con el cuaderno y los carboncillos y la botella de agua y esa

mochila vieja que se le cae de un hombro. Se pasa horas arriba, dibujando con las manos temblando y los ojos encendidos, y luego baja con el pelo revuelto y las mejillas rojas del viento y me enseña lo que ha hecho y yo le digo que es increíble porque lo es.

Yo me quedo de pie en su cocina, mirando dos trozos de papel que me dicen lo que ella no me ha dicho.

Se va.

Se va y no me lo ha contado.

Me siento en la silla. Pongo las manos sobre la mesa, planas, a los lados de los billetes. Respiro. El aire entra raro, como si no me cupiera en los pulmones, como si la cocina se hubiera encogido.

El grifo gotea. Una, dos. El sonido me taladra.

Pienso en mi padre.

Roque se fue hace un año. No hubo discusión, ni maleta en la puerta, ni escena grande. Un martes cualquiera, después de cenar, con los platos todavía en la mesa, me dijo que necesitaba estar en Gijón una temporada. Que el pueblo le recordaba demasiado a Marcos. Que el puerto, el bar, la sidrería, la casa: todo le dolía. Y yo le dije que a mí también me dolía, que yo también veía a Marcos en cada rincón, pero que no por eso me iba.

Se fue igual. La temporada se convirtió en un año. Las llamadas se hicieron más cortas, más espaciadas, más vacías.

Ahora somos dos extraños que comparten apellido y cinco minutos de teléfono cada quince días.

Pienso en Marcos.

La última vez que hablé con Marcos fue en el muelle, antes de salir. Las nubes estaban bajas, moradas, y el viento había cambiado. El Cantábrico estaba revuelto, con ese color gris oscuro que los viejos del pueblo llaman mar de leche agria. Marcos dijo vamos. Yo dije vale. Ninguno dijo: a lo mejor hoy no. Ninguno dijo: las nubes están feas, el parte dice temporal. Salimos. Y la tormenta nos pilló a tres millas, con olas de cuatro metros y un viento que cortaba. Y Marcos no volvió. Y yo sí. Y llevo dos años preguntándome por qué.

Nadie avisa.

Nadie dice: me voy, esto se acaba, prepárate para el hueco que voy a dejar. Simplemente desaparecen. Un día están ahí, sólidos, reales, con su voz y su olor y su forma de reírse. Y al siguiente hay un sitio vacío. Una silla que sobra. Una taza que nadie usa. Un nombre que duele cada vez que alguien lo pronuncia.

Miro los billetes.

Oigo la puerta. Abril entra con el cuaderno bajo el brazo, el pelo revuelto por el viento del acantilado, las mejillas coloradas del esfuerzo de la subida. Tiene una mancha de carboncillo en la frente y los dedos negros. Sonríe al verme. Esa sonrisa que le cambia la cara entera, que le saca las

arrugas de los ojos que no tiene todavía pero que se le adivinan.

—Eh. ¿Qué haces aquí?

No contesto. Ella mira la mesa. Ve que estoy sentado frente a los billetes. Ve mis manos planas sobre la madera, a los lados, como si estuviera sujetando algo que se me escapa. La sonrisa se le cae despacio, como una hoja que se suelta de una rama en otoño. Primero un temblor, luego la caída.

—Óliver...

—¿Cuándo me lo ibas a decir?

La voz me sale plana. No quiero que suene así. Quiero sonar calmado, adulto, razonable. Quiero sonar como alguien que entiende que las becas se acaban y las carreras se terminan y la vida real existe fuera de este pueblo de doscientos habitantes. Pero la voz me sale plana, muerta, como el mar antes de una tormenta. Falsa calma.

—Iba a decírtelo —dice. Deja el cuaderno en la silla. Se queda de pie, a dos metros de mí, con los brazos a los lados como si no supiera qué hacer con ellos—. No sabía cómo.

—No sabías cómo. —Repito sus palabras y me suenan huecas, como una moneda falsa—. No sabías cómo decirme que te vas en nueve días.

—Tengo que volver, Óliver. La carrera. El proyecto. La defensa del trabajo de fin de grado. Lo sabes. Lo he mencionado desde el principio.

—Lo que sé es que llevas días callándotelo. Semanas, probablemente. Que tienes los billetes comprados y no me has

dicho ni una palabra. Que me has mirado a la cara cada noche y has decidido que no merecía saberlo.

—No es eso. No es que no merezcas… —Se pasa la mano por el pelo. Le tiembla la voz—. Tenía miedo, Óliver. Miedo de decirlo y que cambiara todo.

—Ya ha cambiado.

Silencio. El grifo gotea.

—No es tan fácil —dice.

—No. —Me levanto. La silla chirría contra el suelo de baldosas viejas—. No es fácil. Pero tampoco es tan difícil. Abres la boca y dices: me voy. Dos palabras. Me voy.

Abril me mira con los ojos muy abiertos. Avellana. Siempre avellana, con esas motas doradas que le brillan con la luz del atardecer. Me miran como si les doliese lo que estoy diciendo. Y me duele a mí también. Me duele tanto que necesito apretar los puños para no dejar que se note.

—Igual que Marcos —digo.

Y no debería decirlo. Lo sé en cuanto las palabras salen de mi boca. Es injusto, es cruel, es una comparación que no tiene sentido. Marcos murió. Abril se va a Ourense. No es lo mismo. No se parece. Pero las palabras salen igual, empujadas por algo que no controlo, algo viejo y roto que se activa cuando alguien se va.

—Se fueron sin avisar.

La cara de Abril cambia. Algo se endurece en la mandíbula. Algo se rompe en los ojos. Un destello de dolor, luego de rabia,

luego de algo que no sé nombrar.

—Yo no soy Marcos —dice. La voz le tiembla pero no aparta la mirada. Me sostiene la mirada con una firmeza que no le había visto—. Y no me estoy muriendo. Me voy a Ourense a terminar la carrera. No a desaparecer.

—Te vas.

—Sí. Me voy. Pero no es lo mismo y lo sabes.

—Para mí se siente igual.

Silencio. Largo, espeso, como la niebla que baja de los acantilados por la mañana y se mete en el pueblo hasta que no ves ni la barca del vecino. Estamos a dos metros el uno del otro y parece que hay un océano entre nosotros. El grifo sigue goteando.

—No es justo que me compares con eso —dice. Casi en un susurro. Con la voz rota.

Tiene razón. No es justo. Pero la injusticia no impide que lo sienta. Los sentimientos no entienden de justicia.

—Tengo que irme —digo.

—Óliver. Por favor.

—Necesito… Necesito no estar aquí ahora mismo.

Salgo. Paso por su lado sin tocarla. La puerta se cierra detrás de mí. No doy un portazo. Es peor: la cierro despacio, con

cuidado, como si ya no me importara lo suficiente como para enfadarme.

Cruzo a mi casa. Tres pasos. Echo el cerrojo. Me quedo en el recibidor, de pie, con la frente contra la puerta.

Luego me siento en el suelo del salón, con la espalda contra la pared, como hacía los primeros meses después de Marcos. Cuando todo el pueblo dormía y yo no podía cerrar los ojos porque cada vez que los cerraba veía el mar negro y las olas de cuatro metros y la linterna de búsqueda barriendo la superficie sin encontrar nada.

No lloro. Todavía no.

Me quedo ahí sentado, en el suelo, con las manos sobre las rodillas y la oscuridad entrando por la ventana.

Abril llama a la puerta una hora después. Suave, con los nudillos, como si no quisiera molestar.

No abro.

Llama otra vez. Más fuerte.

No abro.

La tercera vez no llama. Solo dice mi nombre. Una vez. Desde el otro lado de la puerta.

—Óliver.

No abro.

Oigo sus pasos alejarse. Su puerta que se cierra. Y luego nada. Solo el mar y el goteo de un grifo que no es el mío.

25

Dos días sin Óliver.

Dos días en los que su puerta no se abre cuando paso por delante. En los que La Galerna sale del puerto al amanecer y vuelve al mediodía sin que él mire hacia mi ventana. En los que su luz se enciende por la noche y se apaga pronto, demasiado pronto para alguien que nunca duerme antes de las doce, y yo me quedo mirando la pared que nos separa como si pudiera atravesarla a base de quererlo.

Le he escrito tres mensajes. Los tres los ha leído. Ninguno ha contestado.

El primero: Perdóname. Debería habértelo dicho. El segundo: Podemos hablar, por favor. El tercero, a las dos de la mañana, con los ojos hinchados y la nariz roja: No soy Marcos.

Nada. Dos ticks azules y silencio.

El pueblo lo nota. Consuelo me mira más tiempo del habitual cuando me cruzo con ella en la puerta. Tomé no hace bromas. Elvira, que dice las cosas a la cara, no me dice nada, y eso es peor que cualquier palabra.

Dibujar no funciona. Cojo el carboncillo y las líneas salen torcidas, sin fuerza, como si la mano no obedeciera. Empiezo el faro y me sale un borrón. Empiezo el puerto y me sale un borrón. Empiezo su cara —sus ojos azul verdoso, la línea de la

mandíbula, el pelo ondulado por la sal— y ni siquiera puedo terminar la nariz antes de que el trazo se tuerza y el dibujo se convierta en algo que no se parece a él.

Arranco la hoja. La hago una bola. La tiro al suelo.

El suelo de la cocina está lleno de bolas de papel. Parecen pelotas de nieve sucias. Las cuento: once. Once intentos fallidos de dibujar algo que no sea la cara de un hombre que no me abre la puerta.

El cuaderno se queda abierto en la mesa, en blanco, acusándome.

Llamo a Paula. Lloro. No hablo mucho, solo lloro, con el móvil contra la oreja y los mocos cayendo y la voz entrecortada. Paula me deja. No intenta consolarme ni darme soluciones. Solo respira al otro lado, presente, firme, como un faro en la niebla. Eso es lo bueno de Paula: sabe cuándo las palabras no sirven y cuándo basta con estar.

—Ha dicho que soy igual que Marcos —digo cuando puedo hablar.

—¿Marcos, el amigo que se ahogó?

—Sí.

—Joder, Abril.

—Lo sé.

—Eso no es justo.

—Lo sé. Pero él tiene miedo. Tiene miedo de que la gente se vaya sin avisar. Su amigo, su padre. Y yo he hecho

exactamente eso: callarme, esconder los billetes, fingir que la fecha no existía.

Paula se queda callada un momento.

—No es el fin del mundo —dice al rato.

—Se siente como si lo fuera.

—Porque estás dentro. Desde fuera se ve diferente.

—¿Y cómo se ve desde fuera?

—Se ve como dos personas que se quieren y que tienen miedo. Los dos. Tú de irte, él de que te vayas. Es el mismo miedo visto desde dos lados.

—Él no quiere hablar conmigo. Tres mensajes. Nada.

—Dale tiempo. Está procesando.

—No tengo tiempo, Paula. Me quedan nueve días. Bueno, siete ya. Siete.

Silencio. Oigo a Paula moverse, sentarse en algún sitio.

—Entonces deja de esperar a que él venga y ve tú —dice—. No a su puerta. No a insistir. Ve a ti. Haz lo que tengas que hacer. Sube a ese faro, termina tus dibujos, prepárate para irte. Y si él quiere hablar, que hable. Pero no te quedes paralizada esperando.

Cuelgo. Me limpio la cara con la manga de la sudadera. La tela está mojada, rasposa. Me miro las manos: manchadas de

carboncillo a medias, con restos de los intentos fallidos. Las lavo en el fregadero. El agua sale negra.

Miro por la ventana. El cielo está gris, como casi siempre. El mar, gris. Las casas de piedra, grises bajo las nubes. Todo gris, monocromático, como un dibujo sin terminar.

Menos el faro. El faro está blanco, arriba del todo, recortado contra las nubes como un hueso limpio.

Cojo el cuaderno. Las llaves. La botella de agua. Los carboncillos buenos, los que reservo para los dibujos importantes.

Subo.

No por el proyecto. No por las ilustraciones que me faltan. No por la nota, ni por la carrera, ni por el tribunal que tendrá mi trabajo entre las manos dentro de un mes. Subo porque necesito estar arriba, donde todo se ve pequeño. Donde los problemas del pueblo y las puertas cerradas y los mensajes sin respuesta se reducen a lo que son: cosas diminutas en un mundo enorme.

El camino lo hago en cuarenta minutos. Antes me costaba una hora y media. Antes paraba cada diez metros a respirar, a agarrarme a un tronco con las dos manos, a cerrar los ojos y contar hasta diez mientras el corazón me latía tan fuerte que me dolía el pecho. Ahora subo sin parar, con las piernas

firmes y los pulmones abiertos, sintiendo el aire húmedo en la cara y el olor a eucalipto que baja de los árboles.

La única diferencia es que antes Óliver iba delante. Con su espalda ancha y su voz tranquila y sus historias del pueblo que me hacían olvidar que estaba subiendo.

Llego al faro. El viento pega fuerte aquí arriba, me empuja el pelo contra la cara. Me lo recojo con una goma. Respiro.

No me siento en mi sitio de siempre, a cinco metros del borde. Hoy no.

Hoy me acerco.

Camino despacio hasta donde el sendero se estrecha y la hierba da paso a la roca desnuda. Donde el suelo se termina y empieza el aire. Me siento ahí, a un metro del borde. Puede que menos.

Las piernas me tiemblan. El estómago se me cierra como un puño. El vértigo me sube por la columna como una corriente eléctrica, me llega al cuello, me aprieta la garganta. El cerebro me grita: atrás, atrás, aléjate del borde, estás demasiado cerca. Cada célula de mi cuerpo me dice que me retire.

Miro abajo.

El acantilado cae en vertical. Cien metros, puede que más. Las rocas negras del fondo, afiladas, con charcos de agua de mar entre ellas. La espuma blanca rompiéndose contra la base con

un ruido sordo que sube por la piedra. Un vértigo enorme, total, como si la gravedad tirara de mí hacia abajo.

Respiro. Agarro la hierba con las dos manos. Siento las raíces tensas bajo mis dedos.

Miro otra vez.

El mar está ahí abajo. Enorme, indiferente, violento. Da miedo. Me da miedo. El corazón me va tan rápido que lo siento en las sienes, en las muñecas, en la garganta. Las manos me sudan.

Pero no me caigo.

Estoy aquí, sentada al borde de un acantilado, mirando abajo, y no me caigo. No me desmayo. No me paralizo. Tiemblo, sí. Tengo miedo, sí. Los ojos se me llenan de agua, no sé si por el viento o por otra cosa. Pero estoy aquí. Entera. Mirando.

El vértigo no se cura.

Lo entiendo ahora, sentada en este borde con el viento tirándome del pelo y las gaviotas girando abajo, entre las rocas. El vértigo no desaparece. No se va un día y ya está, curado, superado, archivado. Se queda. Se queda como una cicatriz, como un acento, como una forma de mirar el mundo. Y aprendes a convivir con él. A mirar abajo sabiendo que te vas a marear, que el estómago se te va a cerrar, que las piernas te van a temblar. Pero que tus manos van a sujetarte.

Se habita.

Como el dolor de perder a alguien. Como el miedo a que te dejen. Como la ansiedad que te dice a las tres de la mañana que no eres suficiente, que todo se va a acabar, que estás sola.

No se cura. Se habita. Aprendes a vivir con ello dentro, como un inquilino molesto que paga poco y hace ruido.

Abro el cuaderno. Dibujo lo que veo: el acantilado desde arriba. Las rocas. El mar. La caída. El vértigo hecho líneas.

Es el mejor dibujo que he hecho en semanas. Las líneas salen limpias, firmes, con una urgencia que no es miedo sino verdad. Dibujo rápido, como si pudiera perder la imagen en cualquier momento. El carboncillo me mancha los dedos, la muñeca, la manga de la sudadera.

Cuando termino, tengo las manos negras y los ojos húmedos y una ilustración que lo cambia todo.

Miro el dibujo. Es el proyecto. Es el faro desde dentro. No desde fuera, no desde la distancia segura donde las cosas son bonitas y manejables. Desde aquí, desde el borde, desde donde da miedo de verdad. Y es mejor. Infinitamente mejor.

Cierro el cuaderno. Me levanto. Las piernas me fallan un segundo, se me doblan las rodillas, y me apoyo en la pared del

faro con la mano. La piedra está fría, rugosa, sólida. Respiro. Me estabilizo.

Bajo el camino despacio. Cada paso es una decisión. Cada paso es elegir no rendirme.

Cuando llego al pueblo, el sol ya está bajo. Las sombras se alargan. Los gatos del puerto dormitan en las redes. Miro la puerta de Óliver. Cerrada. La luz apagada.

No llamo.

Pero decido algo, de pie en la cuesta, con el cuaderno apretado contra el pecho y las piernas cansadas de la subida.

No voy a irme sin pelear. No voy a ser otra persona que desaparece de su vida sin dar la cara. No soy Marcos. No soy Roque. No soy nadie que se va sin avisar.

Soy alguien que se va porque tiene que irse. Y que piensa volver.

Pero primero tengo que conseguir que me escuche.

26

Salgo a pescar antes del amanecer porque en el mar no hay puertas que llamar ni silencios que llenar ni ojos avellana que evitar.

La Galerna se porta bien. El motor ronronea después de la reparación, el casco aguanta la marejada suave, las redes se tiran limpias y se recogen llenas. Buena mañana de pesca. El cielo está gris pero luminoso, con esa claridad que tiene el Cantábrico cuando las nubes son finas y dejan pasar la luz sin que se note el sol.

Estoy tres horas fuera, solo con las gaviotas y el ruido del agua contra el casco y mis propios pensamientos, que son peor compañía que las gaviotas.

Pienso en Marcos. Siempre pienso en Marcos cuando estoy solo en el barco. Pero hoy es diferente. Hoy no pienso en la tormenta ni en el mar negro ni en la linterna que barría la superficie sin encontrar nada ni en el grito que se me quedó pegado a la garganta durante semanas.

Pienso en antes. En cuando éramos críos y robábamos manzanas de la huerta de Consuelo y ella nos perseguía con la escoba y nos llamaba sinvergüenzas pero después nos daba un trozo de tarta. En cuando salíamos con la barca vieja del abuelo Celso, la que no tenía motor y había que remar, y volvíamos empapados y muertos de risa y con las manos

llenas de ampollas. En cuando me dijo que quería ser pescador como yo y yo le dije que era un imbécil porque un pescador gana una miseria y se levanta a las cuatro y huele a pescado todo el día, y él dijo que ser imbécil era requisito para el oficio.

Marcos era mi mejor amigo. Mi hermano que no lo era de sangre. El que sabía cuándo callarse y cuándo hablar, cuándo dar un empujón y cuándo ponerte una mano en el hombro.

Marcos no eligió irse. Marcos se fue porque el mar se lo llevó. Porque una ola de cuatro metros le golpeó el costado y la barca volcó y el chaleco no bastó y el agua estaba a ocho grados y el cuerpo humano no aguanta eso mucho tiempo.

No fue una decisión. Fue un accidente. Fue mala suerte, mal tiempo, mala mar.

Abril no es el mar.

Abril es una mujer de veintitrés años que tiene una carrera que terminar y un proyecto que presentar y una vida que no puede poner en pausa porque un pescador de Tazones se ha enamorado de ella.

Enamorado.

La palabra me sale sola, en medio del mar, con las manos en la red y las gaviotas gritando. No la he dicho en voz alta. No se

la he dicho a ella. Pero está ahí, flotando como una boya entre las olas.

Vuelvo al puerto al mediodía. Amarro La Galerna. Llevo la captura a la lonja. Subo al pueblo por la cuesta de siempre, con las botas mojadas y el mono de agua sobre el hombro.

Elvira me está esperando en la puerta de la sidrería. Brazos cruzados sobre el delantal. Cara de pocos amigos, que en Elvira es cara de voy-a-decirte-algo-que-no-quieres-oír-pero-que-necesitas-oír.

—Ven aquí —dice.

—Tengo que llevar el mono a casa…

—Ven aquí.

No se discute con Elvira. He visto a hombres de cien kilos agachar la cabeza cuando Elvira usa ese tono. Me siento en la barra. Elvira me pone una sidra. No me la cobra.

—¿Cuántos días llevas sin hablar con la chica?

—Dos.

—Tres. He contado. Y antes de que me digas que no es asunto mío, sí lo es. Todo lo que pasa en este pueblo es asunto mío. Llevo veinticinco años detrás de esta barra y he visto de todo: bodas, separaciones, entierros y reconciliaciones. Y lo tuyo me suena a imbécil.

—Elvira.

—No. Escúchame. —Se apoya en la barra. Me mira a los ojos. Elvira tiene los ojos oscuros, duros, de alguien que ha visto

mucho y no se calla nada. Pero también tiene algo detrás de la dureza: algo que se parece al cariño—. Esa chica no es Marcos.

Se me cierra la garganta.

—Y tú no eres tu padre.

—No metas a mi padre en esto.

—Roque se fue porque no supo quedarse después de lo que pasó. Huyó del dolor. Huyó de este pueblo, de esta casa, de ti. Porque cada vez que te miraba veía a Marcos y no lo soportaba. No está bien, no es justo, pero es lo que hizo. Y tú estás haciendo lo mismo, pero al revés: no huyes del pueblo. Te encierras en él. Cierras la puerta, apagas el teléfono y esperas a que el dolor pase solo. Huyes de ella. De lo que sientes. Porque si sientes y luego se va, duele.

No contesto. La sidra se calienta en el vaso. Un rayo de luz entra por la ventana y le da a la madera de la barra un color de miel.

—Duele igual —continúa Elvira—. Duele igual si la quieres desde tu casa con la puerta cerrada. La diferencia es que así duele y además estás solo. Al menos si hablas con ella, duele con dignidad. Duele con alguien al lado.

—No es tan fácil.

—Claro que no es fácil. ¿Quién ha dicho que las cosas buenas son fáciles? Eso es mentira de anuncio de perfume. Las cosas buenas son difíciles, complicadas, desordenadas. Pero merecen la pena.

Me río. Sin querer, sin ganas, pero me río. Un resoplido corto que sale solo. Elvira sonríe. Solo un segundo, apenas un

destello.

—Deja de huir de lo que te quiere, chaval.

Me quedo en la barra un rato más. Elvira no dice nada más. Me sirve otra sidra. Pone la radio, una emisora vieja que suena a estática y a los ochenta. Luego cambia y suena algo asturiano, una canción que cantaba el abuelo Celso cuando arreglaba las redes por la tarde, sentado en el muelle con las manos enormes y los ojos en el mar.

Lloro.

No mucho. No con ruido. Solo se me caen las lágrimas, despacio, sin avisar, mientras miro la sidra y la barra de madera y las marcas circulares de los vasos en la superficie. Lloro por Marcos, que no eligió irse. Por mi padre, que eligió irse y no ha sabido volver. Por Abril, que tiene que irse y yo no la dejo ni hablar.

Elvira me pone un plato de queso y membrillo sin decir nada. Eso es lo que hace la gente de este pueblo cuando no sabe qué decir: pone comida delante. Es su forma de decir estoy aquí.

Salgo de la sidrería cuando empieza a oscurecer. El cielo se ha puesto naranja por el oeste, sobre el mar, y las nubes parecen brasas. Camino despacio hasta casa. Paso por delante de la puerta de Abril.

Hay luz. Siempre hay luz en su casa a cualquier hora, porque ella no duerme bien, porque dibuja hasta las tantas, porque

tiene miedo de lo mismo que yo: de la oscuridad y de lo que se piensa en ella.

Me paro. Respiro. El aire huele a mar y a la leña que quema alguien en alguna chimenea, aunque estemos en junio.

Levanto la mano. Llamo.

Pasos al otro lado. Rápidos, como si estuviera esperando. La puerta se abre. Abril está ahí, con una sudadera gris que le queda enorme —creo que es mía— y las manos manchadas de carboncillo y los ojos rojos de haber llorado. Tiene el pelo recogido en un moño que se le deshace.

—Perdona —digo.

Es lo único que me sale. La palabra más simple, la más necesaria. Perdona.

—No —dice ella. La voz le tiembla pero me sostiene la mirada —. Tenías razón. Debería habértelo dicho. Debería habértelo dicho el primer día que supe la fecha. El primer día que compré los billetes. Cada día que cenaba contigo y callaba era un día que te estaba mintiendo, y lo sé, y lo siento.

—No debería haber dicho lo de Marcos. No es lo mismo. No se parece. Fue injusto y fue cruel.

—No. No deberías haberlo dicho.

—Lo sé.

Nos miramos. Dos personas de pie en una puerta, en un pueblo de doscientos habitantes, a las nueve de la noche, con

el mar de fondo y todo lo que no hemos dicho ocupando el espacio entre nosotros como un mueble demasiado grande.

—¿Puedo entrar? —pregunto.

—Sí.

Entro. Ella cierra la puerta. Nos quedamos en el pasillo estrecho, tan cerca que puedo oler el carboncillo y el café frío y algo dulce que no sé qué es.

—Me voy el veintisiete —dice. Sin rodeos. Mirándome a los ojos—. Tengo que presentar el proyecto. Terminar la carrera. Defender las ilustraciones ante un tribunal. No es opcional, Óliver. No puedo quedarme.

—Lo sé.

—Pero quiero volver.

—¿Quieres?

—Sí. Quiero volver.

Levanto la mano. Le quito una mancha de carboncillo de la mejilla, como hice el día del barco. Despacio, con el pulgar. Ella cierra los ojos.

—Tengo miedo —digo. Y decirlo en voz alta es más difícil que cualquier tormenta—. Tengo miedo de que te vayas y no vuelvas. De que la distancia sea demasiado. De que llegues a Ourense y te acuerdes de tu vida de allí y este pueblo se convierta en un recuerdo bonito que cuelgas en la pared y miras de vez en cuando.

—No hay nada mejor en Ourense. En Ourense hay un piso de cuarenta metros que huele a humedad y una facultad con

goteras y una vida que me quedaba pequeña antes de venir aquí. Aquí estás tú. Y el faro. Y Consuelo y su pote. Y este pueblo raro que me ha adoptado sin pedirme nada.

Me besa. O la beso yo. No sé quién empieza. Solo sé que sus manos me sujetan la cara y las mías le sujetan la cintura y estamos aquí, en este pasillo, besándonos como si el tiempo fuera algo que podemos parar si apretamos lo suficiente.

La llevo al dormitorio. Despacio. Sin prisa. Tropezamos con sus zapatillas en el suelo y nos reímos contra la boca del otro y la risa se convierte en besos y los besos en algo más.

Es diferente a la primera vez. Aquella noche fue temblorosa, torpe, nueva. Dos personas descubriéndose a oscuras, con las manos inseguras y la respiración entrecortada. Esta es serena. Lenta. Como una conversación que por fin dice lo que necesita decir. No hay prisa. No hay urgencia. Solo el sonido de su respiración y la mía, y sus dedos en mi espalda trazando líneas como si me dibujara, y mi boca en su cuello, y la certeza tranquila de que esto es real. De que esto existe fuera del miedo.

Después nos quedamos en la cama. Ella con la cabeza en mi pecho, el pelo suelto sobre mi brazo. Yo con la mano en su espalda, sintiendo cómo sube y baja con cada respiración. La ventana abierta, el mar entrando con el aire fresco de la noche.

—Vuelvo —dice contra mi piel.

—Vale.

—No vale. Escúchame. —Levanta la cabeza. Me mira. Los ojos avellana, serios, encendidos—. Vuelvo. No es una promesa

vacía, no es un ya veremos, no es un ojalá. Vuelvo. Presento el proyecto, termino lo que tengo que terminar y vuelvo.

Le beso la frente. El pelo le huele a champú y a sal.

—Te creo —digo.

Y es verdad. Le creo. Porque Abril no es Marcos. No es mi padre. Abril es alguien que mira abajo desde los acantilados aunque le dé miedo, que sube al faro aunque le tiemblen las piernas, que se sienta al borde del vacío y no se cae. Alguien que no huye. Alguien que se va porque tiene que irse pero que te mira a los ojos y te dice vuelvo y lo dice de verdad.

Nos dormimos así. Enredados. Con la ventana abierta y el mar cantando fuera y la promesa flotando entre nosotros como algo vivo.

Es la primera noche en tres días que duermo de un tirón.

27

Al día siguiente hablamos. De verdad.

No en la cama, ni en el pasillo, ni con besos de por medio que suavizan las aristas. Sentados en la mesa de mi cocina, con café recién hecho, con la mañana gris entrando por la ventana y la radio apagada. Como dos adultos que saben que el amor no resuelve la logística y que las promesas necesitan un plan detrás.

—Tengo que volver a Ourense —digo. Y esta vez no se me cierra la garganta al decirlo—. Presentar el proyecto fin de grado. Son treinta ilustraciones. Tengo veintiocho, me faltan dos que quiero hacer desde un ángulo nuevo. La defensa es a mediados de julio.

—¿Cuánto tiempo?

—Dos semanas. Quizá tres, si la tutora pide cambios. Le gusta pedir cambios, aunque sean buenos. Dice que un artista tiene que acostumbrarse a que le rompan el trabajo.

Óliver asiente. Tiene las manos alrededor de la taza, los nudillos un poco blancos. Me mira con atención, con esos ojos que cambian de color según el día: hoy son más azules, como el cielo cuando se despeja después de la lluvia.

—Y después —continúo—, puedo volver. No tengo trabajo fijo en Ourense. No tengo nada que me ate allí, nada que me

haga falta. El piso lo puedo dejar, o subalquilar la habitación a alguien de la facultad. Puedo volver en verano. En julio, si todo va bien.

—¿Quieres?

La pregunta suena simple pero no lo es. Detrás hay todo lo que nos ha pasado esta semana: los billetes, el silencio, Marcos, la puerta cerrada.

—Sí.

—¿Segura? Ourense no es Tazones. Allí tienes tu vida. Tu gente. La facultad, los profesores, las exposiciones. Allí eres una artista que va a terminar la carrera con un proyecto de acantilados. Aquí eres la chica de Galicia que dibuja en las rocas.

—No me importa lo que sea aquí para los demás. Me importa lo que soy aquí para mí.

—¿Y qué eres?

Le cojo la mano. Tiene un callo nuevo en el índice, del día que lijamos La Galerna. La piel áspera, caliente. Noto los tendones bajo la superficie, la fuerza contenida.

—Entera —digo—. Aquí estoy entera. Aquí soy yo sin la capa de miedo que llevo puesta en Ourense. Sin la ansiedad de antes, sin el vértigo que me paralizaba, sin la sensación de que todo se me escapa. Aquí subo al faro y miro abajo y tiemblo pero no me caigo. Y eso no lo he encontrado en ningún otro sitio.

—Es un pueblo de doscientas personas, Abril. No hay cine. No hay librería. El supermercado más cercano está en

Villaviciosa. En invierno llueve cuarenta días seguidos.

—¿Me estás intentando convencer de que no venga?

—Te estoy intentando decir la verdad. Para que si vienes, sea con los ojos abiertos.

—Quiero venir con los ojos abiertos. Y con lluvia. Y sin cine. Y con el supermercado a veinte minutos. Quiero venir porque aquí estás tú.

Se le ablanda la cara. Solo un segundo, un destello. Luego vuelve a su expresión seria, concentrada, de pescador que mira el mar antes de salir.

—Vale —dice.

—¿Vale?

—Vale. Tú te vas, presentas, y vuelves. Julio, agosto, lo que dure el verano. Luego ya veremos.

—Ya veremos no me gusta —digo.

—A mí tampoco. Pero es lo más honesto que podemos decir ahora mismo. No sé qué va a pasar en septiembre. Ni en octubre. No sé si vas a querer quedarte cuando el pueblo se

quede vacío de turistas y solo queden las gaviotas y yo y Consuelo con sus táperes.

—Ya veremos —repito. Y luego—: Pero que sepas que ya veremos en mi pueblo, en Ourense, quiero decir, significa que probablemente sí.

—En Tazones también.

Le tiro una servilleta. Él la esquiva. Se ríe. Me río. Y así, con la risa, la conversación se afloja como un nudo que llevaba días apretándose.

Pasamos la mañana juntos. Limpiamos la cocina, que tiene cacharros de tres días acumulados en el fregadero. Abrimos las ventanas para que entre el aire. Él pone música desde un altavoz viejo que tiene en la estantería, un cacharro cuadrado con una esquina rota: algo acústico, lento, una guitarra y una voz que no reconozco.

—¿Qué es?

—No tengo ni idea. Lo puso Tomé la última vez que vino y se quedó grabado en el bluetooth. Pero suena bien.

—Suena bien —confirmo.

Me siento en el suelo de la cocina, con la espalda contra el mueble del fregadero y el cuaderno en las rodillas. Lo dibujo a él: de espaldas, fregando los platos, con los hombros anchos bajo la camiseta gris, la tela mojada por las salpicaduras, el

pelo cayéndole sobre la nuca. Los antebrazos tensos, las manos grandes metidas en la espuma.

El trazo sale limpio, seguro. Los carboncillos se mueven solos, como si la mano supiera el camino.

Esta ilustración no entrará en el proyecto. Es solo para mí. Para los días de Ourense en los que la facultad sea gris y las goteras del techo me recuerden que existen sitios mejores. La guardaré en la última página del cuaderno, donde nadie mira.

—¿Me estás dibujando? —pregunta sin darse la vuelta.

—No.

—Mentirosa.

—Mentirosa no. Artista. Hay una diferencia.

Sonríe sin girarse. Lo sé porque se le mueven las orejas cuando sonríe. Es un detalle ridículo que me encanta.

Por la tarde subo al faro. Última sesión de dibujo seria antes de cerrar la carpeta del proyecto. Me llevo todo: carboncillos, lápices, goma, el cuaderno grande, la carpeta de cartón con las veintiocho ilustraciones que ya tengo. Me siento en mi sitio y dibujo durante tres horas seguidas, sin parar, sin levantar la cabeza más que para mirar el faro y el mar y las nubes que pasan.

Las dos últimas ilustraciones: el faro desde abajo, con la perspectiva del que mira desde la playa, con el acantilado como una pared imposible. Y el faro desde arriba, desde el borde mismo, con el mar abajo y el vacío delante. Las dos

caras del vértigo: el que mira y tiene miedo, y el que mira y se queda.

Cuando bajo, me cruzo con Consuelo en la puerta de su casa. Lleva el delantal de flores y un cubo de basura.

—Hija, ¿es verdad que te vas?

En este pueblo todo se sabe. No sé cómo, no sé quién habla, pero se sabe. Imagino que el aire transporta las noticias junto con el olor a mar.

—Sí. Pero vuelvo.

—Más te vale. El chaval ha comido solo tres días y ha adelgazado dos kilos. Se le nota en la cara.

—Lo sé, Consuelo. Ya hemos hablado.

—Ah, ¿sí? —Sonríe. Se le arrugan los ojos, toda la cara se le arruga, como un papel que se pliega—. Pues entonces ya está. Si habéis hablado, lo demás se arregla. Lo que no se arregla nunca es lo que se calla.

Entra en su casa. Dos minutos después sale con un táper.

—Pote. Para los dos.

Le doy un abrazo. Huele a jabón de toda la vida, de pastilla, y a guiso caliente. Como una abuela. Como la abuela que me habría gustado tener pero que no tuve porque las mías murieron antes de que yo cumpliera diez.

Ceno con Óliver. Pote de Consuelo, que está espectacular: fabas, compango, chorizo, morcilla, todo bien hecho, todo en su punto. Pan del día que ha traído Tomé de Villaviciosa. Un

vaso de vino blanco del Ribeiro que alguien trajo de fuera y que es lo mejor que he bebido en semanas.

A mitad de la cena, con el vino haciendo su trabajo y la conversación fluyendo fácil, digo algo que llevo pensando desde la mañana.

—Llama a tu padre.

Óliver levanta la cabeza del plato. La cuchara se queda a medio camino.

—¿Qué?

—Llama a tu padre. A Roque. Ve a verle. O dile que venga.

—¿Por qué?

—Porque llevas un año sin hablar con él de verdad. Porque me has echado la bronca a mí por no decir las cosas y tú llevas un año haciendo lo mismo con tu padre. Llamadas de cinco minutos donde los dos fingís que estáis bien.

Me mira. Un segundo, dos, tres. Sé que estoy cruzando una línea. Sé que no me corresponde, que cada familia tiene sus tiempos y sus muros. Pero lo digo igual, porque a veces querer a alguien es exactamente esto: decirle lo que no quiere oír.

—No es lo mismo —dice. La voz se le pone baja.

—No. Pero se parece.

No contesta. Seguimos cenando. No insisto. El pote se acaba. El vino también. Recogemos los platos sin hablar,

moviéndonos por la cocina como dos personas que ya conocen el espacio del otro.

Me voy a mi casa sobre las once. Le doy un beso en la puerta. Largo, despacio, con las manos en su cuello.

Pero cuando me tumbo en mi cama, veo su luz encendida hasta tarde. La sombra moviéndose detrás de la cortina. Paseando por la casa, seguramente, de un lado a otro, como hace cuando piensa.

Y a la mañana siguiente, cuando me despierto y miro por la ventana, el coche de Óliver no está. La plaza vacía, solo el gato naranja dormido en el muro.

Bajo al pueblo. Tomé está abriendo el bar, con cara de sueño y las llaves en la boca.

—¿Y Óliver? —pregunto.

Se quita las llaves de la boca. Me mira con esa sonrisa de medio lado que significa que sabe algo que yo no.

—Ha cogido el coche temprano. Ha ido a Gijón.

No pregunto más. No hace falta.

28

Gijón huele a ciudad. A gasolina, a pan industrial, a lluvia sobre asfalto caliente. Después de meses en Tazones, donde el aire sabe a sal y a hierba y a leña mojada, la ciudad me parece ruidosa, apretada, demasiado. Demasiados coches, demasiadas ventanas, demasiadas voces que no conozco.

Aparco en doble fila frente al bloque de mi padre. Es un edificio de los setenta, ladrillo oscuro, cinco plantas, un portal con baldosas sueltas y un portero automático que lleva cascado desde que tengo memoria. Tercer piso, puerta B.

No le he avisado de que vengo.

Subo por la escalera porque el ascensor hace un ruido que no me fío. Cada peldaño cruje. Las paredes tienen desconchones y alguien ha pintado un corazón con spray en el segundo rellano. Llego al tercero. Respiro. Llamo al timbre. Es uno de esos timbres viejos que suenan como el teléfono de un hospital.

Pasos dentro. Lentos. Pesados. La puerta se abre.

Mi padre está más viejo. Solo ha pasado un año, pero parece más. Tiene el pelo más blanco, sobre todo en las sienes, y las ojeras más profundas, más oscuras. Las manos le tiemblan un poco, algo que antes no hacía. Lleva un jersey de lana marrón

que ya tenía cuando yo era crío, con un agujero en el codo que nunca ha cosido.

—Óliver.

—Padre.

Nos miramos. No nos abrazamos. En esta familia no se abraza. Se mira, se asiente con la cabeza y se pasa al salón sin hacer ruido, como si las emociones fueran algo que hay que llevar con cuidado para que no se derramen.

El piso es pequeño, limpio, triste. Un sofá tapizado en verde oscuro que ya estaba cuando él se mudó. Una tele vieja, de las gordas. Una mesa con un mantel de plástico con estampado de frutas. Todo huele a cerrado, a café recalentado, a soledad organizada.

Pero hay fotos en la estantería. Eso me para.

Mi madre, joven, con el pelo recogido y los ojos que yo heredé. Murió cuando tenía quince, un cáncer rápido que la consumió en seis meses. Marcos y yo en el puerto, con catorce años, sujetando un besugo enorme que pesaba más que nosotros, los dos morenos, despeinados, con la sonrisa de los que todavía no saben lo que la vida puede quitarte. La Galerna del abuelo Celso, pintada de azul, antes de que yo la heredara, antes de las tormentas y la sal y el óxido.

—¿Café? —pregunta mi padre.

—Vale.

Lo prepara en la cocina. Oigo el agua hervir en un cazo viejo, la cucharilla golpeando contra la taza, el sonido del azúcar

cayendo. Gestos automáticos de un hombre que lleva un año viviendo solo.

Me siento en el sofá y miro las fotos. Marcos. En esa foto tiene la nariz quemada por el sol y una camiseta de tirantes que dice Tazones en letras desteñidas. Me la regaló a mí y yo se la devolví porque le quedaba mejor. Así éramos: todo era de los dos.

Mi padre vuelve con dos tazas. Se sienta en la silla de enfrente. No en el sofá, conmigo. En la silla, al otro lado de la mesa

baja, como si necesitara la distancia del mueble entre nosotros para poder hablar.

—¿Pasa algo? —pregunta. Con tono neutro, como quien pregunta por el tiempo.

—No. Solo venía a verte.

—No vienes nunca a verme.

—Tú tampoco vienes a Tazones.

Silencio. Bebemos café. Está amargo, sin azúcar a pesar del ruido que he oído en la cocina. Puede que el azúcar fuera para el suyo.

—He conocido a alguien —digo. Las palabras salen más rápido de lo que esperaba, como si llevaran rato empujando.

Mi padre levanta las cejas. No dice nada. Espera. Es pescador: sabe esperar.

—Se llama Abril. Tiene veintitrés años. Es de Ourense. Estudia Bellas Artes. Está en Tazones con una beca para dibujar los acantilados y el faro.

—¿Y?

—Y se va en una semana. Vuelve a Ourense a terminar la carrera.

—¿Y? —repite. Como si cada información necesitara un empujón para llegar a la siguiente.

—Y me he comportado como un imbécil. —Dejo la taza en la mesa. Me miro las manos: ásperas, con los callos de siempre, con restos de pintura azul de La Galerna—. Me he cerrado. He

dejado de hablarle durante tres días porque me enteré de que se iba y no me lo había dicho. He cerrado la puerta y no he contestado al teléfono y la he comparado con Marcos.

—¿Con Marcos?

—Le he dicho que la gente se va sin avisar. Igual que Marcos.

Mi padre no dice nada. Se queda mirando su café. Tiene las manos alrededor de la taza, igual que yo hago. Es raro cómo los gestos se heredan aunque las conversaciones no.

—Se parece a lo que hice yo —dice al fin. Y la voz le sale baja, rasposa, como si le costara sacar las palabras del pecho.

No me lo esperaba. Mi padre no habla así. Mi padre habla de pesca, de mareas, de vedas, de si va a llover o a escarchar, de motores que fallan y redes que hay que remendar. No habla de lo que siente. No habla de lo que hizo mal.

—Me fui porque no podía mirar el mar sin ver a Marcos —continúa. Mira la ventana, no a mí—. No podía caminar por el puerto sin ver su barca amarrada al lado de la tuya. No podía ir al bar sin oír su risa. Y tú... —traga— tú estabas ahí, en el mismo pueblo, en el mismo barco, pescando la misma agua donde él se ahogó. Y cada vez que te veía, me acordaba de que él no estaba. De que podías haber sido tú. De que podría haberme tocado a mí enterrar a mi hijo en vez de al hijo de otro. —Pausa—. No es justo. No está bien. Pero es la verdad.

—Lo sé —digo. Y es verdad. Lo sé. Lo he sabido siempre, aunque nunca lo hayamos dicho en voz alta.

—No quiero que hagas lo mismo. —Deja la taza en la mesa. Me mira con algo que se parece al dolor, o al amor, o a la mezcla de los dos que tienen los padres que no saben expresar

ninguno—. No te cierres cuando alguien se va, Óliver. No eches el cerrojo. Porque si te cierras, la otra persona se acostumbra a la puerta cerrada. Se cansa de llamar. Y luego, cuando quieras abrirla, ya no hay nadie al otro lado.

Trago. El café me sabe a nada.

—¿Hablas de Abril o de ti? —pregunto.

—Hablo de los dos.

Nos quedamos callados un rato. Fuera, los coches pasan. Un claxon. Voces de niños en el parque de enfrente. La ciudad moviéndose, ajena a esta conversación en un piso de sesenta metros con cortinas que no pegan.

—Vuelve algún fin de semana —digo.

—¿A Tazones?

—A tu casa. Que sigue siendo tu casa. Tu cama sigue ahí. Tu ropa de pesca. Los cuadros de mamá. Todo está igual.

Mi padre aprieta los labios. La mandíbula le tiembla un segundo. Asiente una vez. No dice que sí. No dice que no. Asiente, que en mi familia es casi una promesa. Lo más cercano a un compromiso que somos capaces de hacer.

Me quedo a comer. Hace arroz con algo que saca del congelador: unas gambas que tienen pinta de llevar ahí meses. No está bueno. El arroz se pasa, las gambas saben a nada, le falta sal. Pero lo comemos los dos, sentados frente a frente, con el mantel de frutas y la tele apagada. Hablamos de pesca, de la temporada, de si el bonito va a llegar pronto o se retrasa como el año pasado. Hablamos de La Galerna, del

motor que he arreglado y del casco que he pintado. De las redes nuevas que quiero comprar.

Hablamos de lo que sabemos hablar. Y está bien. No es una reconciliación de película. No hay abrazo largo ni lágrimas ni música de fondo. Es un arroz malo y dos hombres que están aprendiendo a estar en la misma habitación sin que duela demasiado.

Cuando me voy, mi padre se queda en la puerta. Apoyado en el marco, con el jersey marrón y las manos en los bolsillos. Igual que yo. Somos iguales y no lo sabemos.

—Óliver.

—¿Qué?

—No la dejes ir sin decirle lo que quieres decirle.

—Vale.

—Y cuida La Galerna. El motor de estribor siempre ha dado problemas con el calor. Cámbiaselo antes de agosto.

Sonrío. Así es mi padre: pasa de lo importante a lo práctico en medio segundo. Como si las emociones fueran un anzuelo al que hay que soltar rápido antes de que se clave más de la cuenta.

Conduzco de vuelta a Tazones. Una hora y media de carretera entre montañas verdes, curvas cerradas, prados con vacas que pastan sin preocuparse de nada. El Cantábrico aparece y desaparece entre las colinas, gris, enorme, eterno.

Pienso en Marcos. En mi padre. En Abril. En las puertas que cierro cuando tengo miedo y en lo que cuesta abrirlas

después.

Llego al pueblo al atardecer. El sol se pone naranja sobre el mar, como ayer, como siempre. Aparco en la plaza. Subo la cuesta del puerto.

Abril está sentada en el muro, dibujando las barcas. Tiene el cuaderno en las rodillas y las manos negras de carboncillo y una concentración en la cara que la hace parecer que el mundo no existe fuera de ese papel. Me ve llegar. Se levanta. El cuaderno se le cae y lo recoge antes de que toque el suelo.

—He ido a ver a mi padre —digo.

No me pregunta cómo ha ido. No me pregunta qué le he dicho. No me pregunta si ha sido difícil o fácil o si hemos llorado o gritado o callado. No me pregunta nada. Se acerca y me abraza. Fuerte, con los dos brazos, con la cara contra mi pecho, con las manos apretándome la espalda.

La abrazo de vuelta. La aprieto. Huele a carboncillo y a mar y a la sudadera mía que no me ha devuelto.

—He subido al faro y he mirado abajo —dice contra mi camiseta.

—¿Y?

—No me he caído.

—Claro que no.

Nos quedamos así, en el muro del puerto, abrazados, mientras el sol baja y las barcas se mecen y el pueblo sigue su ritmo lento de siempre. Consuelo pasa con la compra y nos

mira y sonríe y no dice nada. El gato naranja se estira en una red. Una gaviota se posa en el mástil de La Galerna.

Los últimos días.

Los vamos a aprovechar.

29

El día que me voy, el cielo está azul.

Es la primera mañana sin nubes desde que llegué a Tazones. Un azul limpio, profundo, de los que duelen de tan bonitos. Como si el pueblo quisiera lucirse justo cuando no voy a poder verlo. Como si el Cantábrico hubiera decidido portarse bien el único día que no me sirve de nada.

La maleta está hecha desde anoche. No es grande: la misma que traje hace dos meses, la de ruedas rotas que compré en un bazar de Ourense por quince euros. Ropa, material de dibujo, la carpeta de cartón con las treinta ilustraciones del proyecto metidas entre láminas de papel de seda para que no se manchen. El cuaderno personal me lo llevo aparte, en la mochila, contra el pecho, donde nadie lo toque.

Me despierto a las seis sin alarma. El sol ya ha entrado por la ventana y calienta la pared de enfrente. Me quedo tumbada un minuto, mirando el techo que llevo dos meses mirando: las grietas finas, la mancha de humedad que parece un mapa de Italia, la bombilla sin pantalla.

Esta habitación. Esta cama. Esta ventana desde la que se ve el acantilado y el faro en lo alto.

Me levanto. Me visto. Recojo las últimas cosas: el cargador del móvil, el bote de champú, el carboncillo suelto que se había

caído detrás de la mesilla.

Consuelo llama a la puerta a las siete. Sé que es ella por el golpe: tres toques suaves con los nudillos, como si pidiera permiso para existir. Abro. Está ahí, con el delantal de flores y un tarro de cristal entre las manos.

—Para el viaje —dice. Mermelada de ciruela. Hecha por ella, con las ciruelas del huerto de detrás de su casa, las que recoge en septiembre y guarda en el arcón hasta que están maduras.

—Consuelo, que no me voy a la guerra. Es Ourense. Están a cuatro horas en autobús.

—Tú llévala. Y que sepas que en este pueblo la mermelada es sagrada. Es como un contrato: si te la llevas, tienes que volver a por más.

Me abraza. Huele a jabón de pastilla y a guiso. Siempre huele a guiso, como si cocinara desde las cinco de la mañana, que probablemente hace. Me aprieta fuerte para ser una mujer de setenta años que no llega al metro sesenta y que tiene las manos más duras que muchos hombres del pueblo.

—Vuelve, ¿eh? —dice cuando me suelta. Y la voz le tiembla, solo un poco, en la última sílaba.

—Vuelvo.

—Más te vale. Ya he comprado las patatas del pote de julio. Y he preparado la habitación de arriba, por si necesitas más espacio para los cuadernos. Ya sabes, para cuando vuelvas.

Me río. Ella no. Está seria. Me mira con esos ojos oscuros, pequeños, rodeados de arrugas, que lo han visto todo: maridos que se iban a pescar y no volvían, hijos que se

marchaban a la ciudad, inviernos de tres meses sin sol. Y aun así sigue ahí, cocinando pote y poniendo mermelada en tarros.

—Ese chico te necesita —dice, señalando con la barbilla hacia la casa de Óliver—. Aunque no lo diga. Los hombres de este pueblo no dicen nada. Hay que leerles las manos, no la boca.

Bajo la maleta al puerto. Las ruedas crujen sobre los adoquines. El sol pega en la cara y las gaviotas hacen su escándalo de siempre.

Óliver me espera junto a su coche. Un Peugeot viejo, gris, con una abolladura en el parachoques delantero que lleva ahí desde antes de que yo llegase. El maletero no cierra bien: lo sujeta con una goma elástica. Me va a llevar a Villaviciosa, donde sale el autobús a Oviedo y de ahí a Ourense.

Tomé aparece corriendo desde El Faro con un trapo al hombro y el pelo revuelto.

—Eh, gallega. —Me abraza sin preguntar. Sin permiso, sin aviso, un abrazo de oso que me levanta del suelo medio segundo. Huele a fritanga de desayunos y a café recién hecho

—. No seas borde, manda fotos. Del proyecto, de la facultad, de lo que sea. Que aquí no tenemos Instagram propio.

—No mando fotos.

—Manda fotos o le digo a Óliver que lloras viendo Buscando a Nemo.

—No lloro viendo Buscando a Nemo.

—El otro día llorabas. En el sofá. Con un paquete de clínex al lado.

—Era una mota de polvo.

—Era la escena del padre. Llorabas a moco tendido.

—Tomé.

—Fue precioso.

Le doy un empujón. Él se ríe. Le da una palmada a Óliver en el hombro, una de esas palmadas entre hombres que significan cuídate o te quiero o las dos cosas. Se va al bar.

Elvira no baja al puerto. No es su estilo. Elvira no hace despedidas públicas ni escenas de película. Pero cuando paso por delante de la sidrería, la veo en la ventana. De pie, con el trapo al hombro, los brazos cruzados. Levanta la mano una vez. Seca, rápida, sin aspavientos. Levanto la mía. No hace falta más. Elvira dice más con un gesto que la mayoría de la gente con un discurso.

En el coche, Óliver conduce en silencio. La carretera entre Tazones y Villaviciosa es corta, veinte minutos entre prados verdes y vacas que no se inmutan cuando pasamos. El

Cantábrico aparece a la derecha, azul hoy, brillante, casi insultantemente bonito.

Pongo la mano en su rodilla. Él pone la suya encima. Las dos manos juntas, sobre la tela del pantalón, mientras el paisaje pasa por la ventanilla.

—¿Tienes todo? —pregunta. Sin mirarme, con los ojos en la carretera.

—Sí.

—¿Las ilustraciones?

—Sí.

—¿El tarro de Consuelo?

—Sí, Óliver.

—Es que la mermelada de Consuelo es lo más importante de tu equipaje. Más que el proyecto. Sin esa mermelada no apruebas.

Sonrío. Él también. Pero es una sonrisa con peso, de las que llevan algo detrás. De las que dicen no quiero que te vayas pero no lo voy a decir porque ya hemos hablado de esto.

Aparca en la estación de autobuses de Villaviciosa. Es pequeña: un edificio bajo de ladrillo con dos marquesinas de metal, un bar que huele a café quemado y una máquina de tabaco que parece de los noventa. El autobús a Oviedo ya está ahí, aparcado, con el motor en marcha y el conductor fumando en la puerta.

Bajamos del coche. Saco la maleta del maletero, peleándome con la goma elástica. Nos quedamos de pie, uno frente al otro,

en un aparcamiento feo de una estación de pueblo, con el sol dándome en los ojos.

—Bueno —digo.

—Bueno.

No sé qué hacer con las manos. Las meto en los bolsillos de la chaqueta. Las saco. Las meto otra vez. Es absurdo: llevo dos meses tocando a este hombre y ahora no sé dónde poner las manos.

—Oye —dice.

—¿Qué?

—Que vas a sacar un sobresaliente.

—No lo sabes.

—Lo sé.

—No has visto el proyecto entero. Solo has visto trozos.

—He visto cómo dibujas. He visto tu cara cuando subes al faro y te sientas y sacas el cuaderno y el mundo deja de existir. He visto tus manos. —Me coge una mano. La gira. Mira las manchas de carboncillo que ya son permanentes, que no se van ni con estropajo, ni con piedra pómez, ni con nada. Están en los surcos de los dedos, en las líneas de la palma, como un tatuaje involuntario—. Unas manos que hacen esto no sacan menos de un sobresaliente.

Me besa. Despacio, con las dos manos en mi cara, con los pulgares en mis mejillas, como si quisiera memorizar la

forma exacta. Sabe a café y a pasta de dientes y a la sal que se le queda en la piel aunque se duche tres veces.

—Vuelvo —digo contra su boca.

—Lo sé.

—En serio. No es un ya veremos. No es un ojalá. Es un vuelvo. Con maleta, con cuadernos, con todo.

—Lo sé, Abril.

Me suelta. Da un paso atrás. Se mete las manos en los bolsillos. El pelo le cae sobre la frente y el viento se lo mueve.

Cojo la maleta. Subo al autobús. Las ruedas crujen en el escalón. Me siento junto a la ventanilla, en un asiento de tela azul que huele a gasoil. Busco a Óliver con la mirada.

Está ahí. De pie en el aparcamiento, con las manos en los bolsillos y el pelo revuelto por el viento y los hombros un poco caídos. Exactamente como lo dibujaré dentro de tres minutos.

El autobús arranca. El motor vibra bajo mis pies. Óliver levanta la mano. Levanto la mía.

Se hace pequeño. El aparcamiento se hace pequeño. Villaviciosa se hace pequeña. Todo se reduce hasta que solo queda un punto en la ventanilla trasera y luego nada.

Saco el cuaderno. El de verdad, el personal, el que no va al tribunal ni a ninguna exposición.

Dibujo a Óliver en el aparcamiento. Las manos en los bolsillos. Los hombros un poco caídos. El pelo. La boca que acaba de

besarme. Los ojos que no puedo dibujar del color correcto porque el carboncillo no tiene azul verdoso.

Lo dibujo rápido, con trazos firmes, antes de que se me borre la imagen. No se me va a borrar. Lo sé. Pero dibujo igual, porque dibujar es mi forma de decir: esto importa. Esto ha pasado. Esto es real.

El autobús toma la curva y Villaviciosa desaparece detrás de una colina verde. Delante, la carretera hacia Oviedo, hacia Ourense, hacia la vida que dejé aparcada hace dos meses y que ahora me parece una vida que le pasaba a otra persona.

Cierro el cuaderno. Aprieto el tarro de mermelada de Consuelo contra la mochila.

Vuelvo. Vuelvo. Vuelvo.

Me lo repito como un mantra, con el ritmo del autobús, hasta que Asturias se extiende verde y enorme a los dos lados de la ventanilla y las montañas empiezan a parecer las de Galicia.

30

Cuatro semanas.

Veintiocho días de levantarme antes del amanecer, salir a pescar, volver al mediodía, comer solo en la cocina con la radio puesta para que haya ruido, arreglar cosas que no necesitan arreglo, ir a la sidrería a las siete, volver a casa a las diez, mirar el teléfono, hablar con ella, colgar, mirar la pared que separa nuestras casas, dormir. Repetir.

Veintiocho días sin Abril.

Hablamos por teléfono. Todas las noches, a las once, cuando ella ya ha cenado en su piso de Ourense y yo ya he recogido la cocina y nos tumbamos cada uno en su cama con el móvil en la oreja como adolescentes. Ella me cuenta la defensa del proyecto: la tutora que le pide cambios en dos ilustraciones, la que es del faro desde abajo y la que es del sendero del norte. Le dice que les falta contraste, que el negro no es lo bastante negro. Abril dice que el negro del carboncillo tiene un límite y que la tutora no ha subido a un acantilado en su vida.

Me cuenta la facultad con goteras, el aula donde defiende que tiene una ventana que no cierra y un proyector que se calienta cada diez minutos. Me cuenta el piso húmedo de Ourense, el

calentador que falla por las noches, la vecina de arriba que pone reguetón a las siete de la mañana.

—Echo de menos el silencio de Tazones —dice una noche.

—Aquí no hay silencio. Hay gaviotas.

—Las gaviotas son silencio comparadas con el reguetón de doña Carmen.

Yo le cuento la pesca, el tiempo, que Consuelo le guarda un tarro de mermelada cada semana como si fuera una ofrenda. Le cuento que Tomé pregunta por ella todos los días, sin excepción, y que Elvira ha puesto una foto suya en la pared de la sidrería, entre un póster de los Picos de Europa y un calendario de 2019.

—¿Una foto mía?

—La que te hizo Tomé el día de la fiesta. Salís las dos en la barra, con las sidras, y tú tienes los ojos cerrados.

—Dios. Esa foto es horrible.

—Elvira dice que es la mejor clienta que ha tenido.

—Dile a Tomé que sigo sin llorar con Buscando a Nemo.

—Mentirosa.

—Mentirosa no, orgullosa. Hay una diferencia.

Me río. Cada noche me río con ella al teléfono, en la oscuridad de mi habitación, con el mar sonando fuera y la risa de Abril entrando por el altavoz como algo vivo. Y cada noche cuelgo y

la casa se queda callada. Demasiado callada. Demasiado grande para una persona sola.

Pero no me cierro. No echo el cerrojo. No dejo de coger el teléfono cuando suena ni de mandarle fotos del amanecer desde La Galerna ni de guardarle un sitio imaginario en la barra de Elvira.

Mi padre viene un domingo. El primero en un año.

Llega en su coche a las once de la mañana, con el jersey marrón de siempre y una bolsa de plástico con un bizcocho comprado en una gasolinera. Se queda de pie en la plaza un momento, mirando el pueblo como si lo viera por primera vez. O como si lo viera por última vez. O como si lo recordara.

Consuelo sale a recibirlo antes que yo. Le hace pote, como si llevara esperándolo, como si tuviera las fabas listas desde hace un año por si acaso. Lo trata como si no hubiera pasado el tiempo, sin reproches, sin preguntas incómodas. Le pone un plato y se sienta enfrente y le pregunta por la pesca en Gijón y si ha engordado o adelgazado.

Tomé le da un abrazo largo, de los suyos, de los que levantan del suelo. Mi padre se deja, que es mucho para un hombre que no abraza.

Elvira le dice que está más flaco y que tiene peor color que un boquerón pasado.

—La comida de Gijón no es comida —dice, cruzada de brazos —. Eso no se llama comer, se llama sobrevivir.

Mi padre come tres platos. Pote, cabrales con membrillo, un trozo del bizcocho de gasolinera que resulta estar bueno. Se queda callado la mayor parte del día, pero es un silencio

diferente al que tenía en Gijón. No es el silencio de irse. Es el de alguien que intenta volver. Que mira el puerto y las barcas y los acantilados y no aparta la vista.

Por la tarde caminamos juntos al muelle. Sin hablar. Sin necesidad de hablar. Nos sentamos en el muro donde Abril se sentaba a dibujar. El mar rompe abajo. Las gaviotas gritan.

—Sigue igual —dice mi padre. Mirando el mar.

—Sí.

—Menos tú.

No contesto. Pero sé lo que quiere decir.

Cuando se va, de pie junto a su coche, con el sol de la tarde dándole en la espalda, me dice:

—El mes que viene otra vez.

Asiento. En mi familia, eso es un te quiero.

A mediados de julio, Abril me llama a las diez de la mañana. No suele llamar por la mañana. Por la mañana ella está en la facultad, o con la tutora, o corrigiendo ilustraciones. Las mañanas son de silencio y mensajes cortos.

Pero hoy suena el teléfono a las diez.

—Sobresaliente —dice. Sin hola. Sin preámbulo. Solo eso, la palabra entera, como una bandera.

—¿Qué?

—Sobresaliente, Óliver. El tribunal me ha puesto sobresaliente. Tres votos a favor, unanimidad. Han dicho que

las ilustraciones del faro son las mejores de la promoción. Que tienen algo que las demás no tienen. Han usado la palabra vértigo. Han dicho que se siente el vértigo en los trazos.

Me siento en la silla de la cocina. Sonrío. La sonrisa entera, la que Tomé dice que no había visto en dos años. La que me empieza en los ojos y me baja hasta las manos.

—Te lo dije.

—No vale decir te lo dije.

—Te lo dije. Te lo dije en la estación de Villaviciosa. Unas manos que hacen eso no sacan menos de un sobresaliente.

Se ríe. Yo me río. Y luego los dos nos quedamos callados un segundo, porque sabemos lo que viene después de la nota, después de la carrera, después de las últimas correcciones y las firmas y los papeles.

—¿Cuándo? —pregunto.

—El sábado.

Hoy es miércoles.

Tres días.

Los tres días más largos de mi vida. Más largos que las cuatro semanas anteriores juntas. Más largos que las noches después

de Marcos, más largos que el año sin mi padre. Tres días en los que miro el reloj cada media hora y el reloj parece burlarse.

El sábado me levanto antes del amanecer. No salgo a pescar. Por primera vez en meses, La Galerna se queda amarrada y yo me quedo en tierra.

Limpio la casa. Barro el suelo de la cocina, que tiene arena de las botas. Paso un trapo por los muebles. Abro las ventanas de par en par para que entre el aire fresco. Cambio las sábanas: las blancas, las que huelen a suavizante. Pongo flores en un vaso de cristal, las que crecen al lado del camino del faro, amarillas y moradas, sin nombre pero bonitas.

Tomé pasa a las ocho. Se asoma por la ventana abierta con cara de circunstancias.

—¿Qué haces?

—Limpio.

—Se nota. Huele a producto. ¿Has fregado el suelo dos veces?

—Lárgate.

—¿Viene hoy?

—Lárgate, Tomé.

Se ríe. Se larga. Pero le oigo silbar mientras baja la cuesta hacia El Faro, una melodía que no reconozco pero que suena a buen humor.

A las once bajo al puerto. No porque haya quedado con ella a una hora concreta. No me ha dicho a qué hora llega, solo que el sábado. Pero no puedo estar quieto en casa, mirando las

flores en el vaso y las sábanas limpias y las ventanas abiertas. Necesito moverme.

Me siento en el muro. Arreglo redes que no necesitan arreglo: las extiendo, las reviso, las enrollo. Miro el mar. Miro la carretera que baja al pueblo desde la colina. Miro el reloj del móvil.

Once y cuarto. Once y media. Doce menos cuarto.

A la una y cuarto oigo un motor.

No es un autobús. Es un coche. Pequeño, blanco, que baja la cuesta del pueblo haciendo un ruido de frenos que necesitan cambio urgente. No lo reconozco. Puede ser un alquiler, un coche prestado, cualquier cosa.

Se para en la plaza. El motor se apaga. La puerta del conductor se abre.

Abril baja del coche.

Lleva el pelo más largo que cuando se fue. Le pasa de los hombros, le roza las clavículas. La misma camiseta de siempre, la blanca con la mancha de pintura acrílica en el costado izquierdo que lleva ahí desde segundo de carrera. Las zapatillas gastadas, las de lona, las que estaban en su cocina la primera vez que entré.

Y una maleta.

Una maleta más grande que la primera.

Me levanto del muro. Ella me ve. Cierra la puerta del coche. Cruza la plaza. No corre. Camina rápido, con la maleta

arrastrando detrás haciendo ruido sobre los adoquines y la mochila saltando en la espalda.

Se para delante de mí. A medio metro. Con el sol dándole en la cara y los ojos entrecerrados.

—He aprobado. Sobresaliente.

—Ya lo sabía.

—Quería decírtelo en persona. Quería ver tu cara.

Tiene los ojos brillantes. Avellana, con motas de oro cuando les da el sol de julio. Las manos manchadas de carboncillo, como siempre, como si fuera algo permanente, parte de ella, parte de sus huellas dactilares.

—¿Cuánto tiempo? —pregunto. Y la voz me sale baja, como si tuviera miedo de que la respuesta sea poco.

—Todo el verano. —Suelta la maleta. Se queda de pie, con las manos a los lados—. Y luego ya veremos.

—Ya veremos en este pueblo significa que sí.

—Lo sé. Por eso lo digo.

La abrazo. Fuerte, levantándola un poco del suelo, como hizo Tomé el día que se fue pero más largo, más fuerte, más de todo. Ella se ríe contra mi cuello. Me agarra de la camiseta con las dos manos. Huele a viaje, a café de gasolinera, a carboncillo, a esa mezcla que es solo ella.

La bajo. La miro. Le pongo las manos en la cara, como hice en la estación de Villaviciosa hace cuatro semanas. La beso. En la plaza, a la una y media de un sábado de julio, con el sol pegando y Consuelo mirándonos desde su ventana con las

manos juntas como si estuviera rezando y Tomé soltando un silbido que se oye en todo el pueblo desde la puerta de El Faro y Elvira asomada a la ventana de la sidrería con los brazos cruzados y una sonrisa que intenta disimular y no puede.

—Vamos —digo cuando nos separamos.

—¿Adónde?

—Arriba.

Subimos al faro.

El camino está seco, polvoriento, con el sol de julio pegando fuerte entre los árboles. Las cigarras cantan. El aire huele a eucalipto y a hierba caliente. Abril sube a mi lado, no detrás de mí como la primera vez. A mi lado, paso a paso, sin pararse. Sin agarrarse a los árboles. Sin cerrar los ojos en las curvas. Sube como quien sube a su casa.

Llegamos arriba en treinta y cinco minutos. El faro está ahí, blanco, viejo, con la pintura saltada y la puerta oxidada y la hierba creciéndole en los cimientos. Nuestro faro. El mar debajo, enorme, brillante, azul como el cielo, rompiéndose

contra las rocas con un ruido que aquí arriba suena como un latido.

Abril se acerca al borde. No duda. No para. Camina hasta donde el sendero termina y la roca empieza, hasta donde la hierba se acaba y solo queda el aire y la caída.

Yo me quedo un paso atrás. La miro. La veo caminar hacia el borde con las zapatillas gastadas y el pelo moviéndose con el viento y la espalda recta.

Se sienta. Mira abajo.

El acantilado cae en vertical. Cien metros de roca negra, cortada a cuchillo, hasta las rocas del fondo donde el mar

explota en espuma blanca. El vacío enorme, total, que te tira hacia abajo como si la gravedad pesara el doble.

Pero ella se queda.

Mira abajo y se queda. No se agarra. No cierra los ojos. Mira.

Me siento a su lado. Nuestros hombros se tocan. El viento nos empuja el pelo hacia la misma dirección. Abajo, el mar ruge. Arriba, las gaviotas giran en círculos lentos.

—¿Miedo? —pregunto.

—Sí.

—¿Quieres irte?

—No.

Le cojo la mano. Ella aprieta. Tiene los dedos finos, fuertes, manchados de carboncillo. Me la aprieta con una fuerza que no esperaba. O sí.

Mira abajo. No se cae. Tiene miedo. Pero ya sabe que miedo y caída no son lo mismo. Que se puede temblar y no romperse. Que se puede mirar al vacío y decidir quedarse. Que el vértigo

no es el final: es el principio de algo que solo ven los que se atreven a asomarse.

—Óliver.

—¿Qué?

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por subir conmigo. La primera vez y todas las demás.

Se apoya en mi hombro. Yo aprieto su mano. Nos quedamos ahí, sentados al borde del acantilado, con el faro a nuestras espaldas y el mar delante y el cielo azul arriba y todo lo que hemos pasado —el miedo, el silencio, los billetes, Marcos, la puerta cerrada, las llamadas de medianoche, la mermelada de Consuelo, el sobresaliente— debajo de nosotros, como los cimientos de algo que empieza.

No digo nada. No hace falta.

El sol calienta. El viento sopla. Las gaviotas giran.

Estamos arriba. Juntos.

Y desde aquí se ve todo.